

a sacrificar cualquier cosa por El Jesucristo no es para ellos el salvador. Y como no es eso, lo demás es insuficiente, la conclusión es muy amarga para el apóstol que les ha anunciado el misterio de la salvación.

En otra ocasión la palabra llanto aparece en un escrito paulino: es en la carta a los Romanos, en la que describe las características de la caridad, y les dice que "se alegren con los que se alegran y lloren con los que lloran" (Rom 12, 15). En este caso, la recomendación del apóstol apunta a que los discípulos de Cristo *no sean insensibles* ante las situaciones que afectan a los demás hombres. La razón de fondo no es otra que la de ver una misteriosa presencia de Cristo en los hombres, especialmente en los que sufren (Mt 25, 35-45). Pudiera ilustrarse la recomendación de san Pablo con la parábola del buen samaritano. Tanto el sacerdote judío como el levita pasaron de largo ante el hombre que había caído en poder de los ladrones (Lc 10, 31s): no fueron capaces de "llorar con el que gemía" ni de sentir como propia su desgracia. El samaritano -hombre perteneciente a una raza menospreciada por los judíos- tuvo en cambio compasión del herido, y lo atendió generosamente. Tuvo "com-pasión", es decir, tuvo el sentimiento de "padecer con él", sufrió con sus sufrimientos. Pienso que de un modo muy especial recae la bienaventuranza evangélica sobre los que son capaces de "llorar con los que lloran".

Hay otro texto paulino en que el apóstol dice haber llorado, y es cuando asegura a los Corintios que "les escribió en medio de gran aflicción y angustia de corazón, con muchas lágrimas, no para entristecerlos, sino para que conocieran el amor desbordante que les tenía, sobre todo a ellos" (2 Cor 2, 4). Se trata de un episodio un tanto oscuro, en el que el mismo apóstol, o un representante suyo, había sido ofendido por algunos miembros de la comunidad de Corintio. En este caso, la aflicción de san Pablo tiene un *cariz netamente eclesial*: su amor de padre sufre al ver que hay hacia él sentimientos díscolos que ciertamente perjudican la comunión. En el fondo es una aflicción que nace al comprobar que hay quienes no aceptan los caminos concretos de la salvación y de la vocación cristiana cuyo ámbito propio es la *vida en la comunidad eclesial* y en la *comunión* con quienes son sus legítimos pastores.

6. María Magdalena

No sabemos si la mujer pecadora que ungió a Jesús, derramando sobre sus pies un costoso

perfume (Lc 7, 37ss), es la misma que María Magdalena, de la que Jesús había expulsado siete demonios (Lc 8, 2; Mc 16, 9-11); hay exégetas que piensan que podría tratarse de otra persona. En todo caso, la pecadora que realizó esa unción a Jesús lo hizo no sólo como un homenaje, sino *como una expresión de amor y arrepentimiento*. Dice el Evangelio que bañaba los pies de Jesús con sus lágrimas y se los enjugaba con sus cabellos.

De María Magdalena sabemos por el Evangelio que "estaba junto al sepulcro (de Jesús), fuera, *llorando*. Y mientras lloraba, se inclinó hacia el sepulcro y ve dos ángeles de blanco... que le dicen: "Mujer, ¿por qué lloras?" Ella les responde: "Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto". Dicho esto, se volvió y vio a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Le dice Jesús: "Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?" (Jn 20, 11-18). María Magdalena no parece haber estado en actitud de esperar la resurrección del Señor: estaba más bien preocupada de su cuerpo mortal, y deseaba sepultarlo decorosamente, si es que alguien lo hubiera retirado del sepulcro. Sin embargo, detrás de su preocupación se adivina un *amor grande* al Señor, en quien reconoce a su maestro (ibíd. v. 16). Hay, pues, en las lágrimas de María Magdalena un afecto grande hacia el Señor, un *afecto de gratitud* porque la había liberado del poder del Maligno. Afecto humano, gratitud espiritual, dolor grande por la muerte.

Sea lo que fuere, acerca de la identidad entre la pecadora de la primera unción y María Magdalena, la frase de Jesús en la oportunidad contiene una enseñanza capital: "Quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor" (Lc 7, 47). Hay, pues, motivo sólido para pensar que esas lágrimas fueron *de amor y de dolor*, o mejor todavía, de un *dolor profundo movido por un amor muy sincero*.

7. Las lágrimas del cristiano

Si lloró Cristo, si con toda probabilidad lloró su Madre Santísima, si lloraron Pedro y Pablo, María Magdalena y la pecadora de la primera unción, ¿no querrá decir eso que las lágrimas tienen un lugar de honor en la vida de cada uno de los discípulos de Cristo?

En las Escrituras hay *lágrimas de dolor físico*, hay lágrimas de *aflicción* y *pena*, causadas por *sufrimientos humanos*, hay lágrimas que *acompañan la oración*, hay *lágrimas de alegría* y hay, tal vez lo más importante, *lágrimas de arrepentimiento y dolor por los pecados*. Vayan

aquí referencias que ilustran esos diversos tipos de llanto.

Ana, la madre del profeta Samuel, antes de concebirlo, lloraba su esterilidad y las amarguras que le hacía pasar su rival (1 Rey 1, 8). La hija de Jefté lloró en los montes su virginidad, ya que moriría sin dejar descendencia (Jue 11, 38). Lloraban los israelitas que habían conocido el primer Templo, al ver la modestia con que había sido reconstruido (Esd 3, 12). Lloró de alegría José al encontrarse con sus hermanos (Gén 42, 24; 43, 30). Lloró inconsolablemente el rey Ezequías ante la perspectiva de morir (2 Rey 20, 3; Is 38, 8). Lloraron en la aflicción los judíos (Jdt 7, 18; Est 4, 3); y hubo lágrimas que acompañaban la oración (Sal 6, 9; 101, 10; 2 Mac 11, 10).

Quizás la bienaventuranza evangélica tiene un antecedente en el salmo que expresa a Dios la gratitud del orante "porque transformó mi llanto en gozo" (Sal 29, 12), y en esa misma línea hay que leer en el libro del Apocalipsis la descripción de la Jerusalén celestial, imagen de la gloria, cuando Dios "enjugará toda lágrima de sus ojos (de los hombres salvados), y no habrá ya muerte, ni habrá llanto, ni gritos, ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado. Entonces dijo El que estaba sentado en el trono: Mira, que hago un mundo nuevo" (Apoc 21, 4s). El *consuelo* que promete la bienaventuranza no es otra cosa que el gozo, y sobre todo la *alegría inadmisible de la gloria*; ésta es el único consuelo pleno y definitivo, y su promesa, garantizada por la palabra de Dios, es también *gozo en medio de la tribulación*. No puede ser otro el sentido de las palabras del Apóstol cuando dice que "sobraban de gozo en todas nuestras tribulaciones" (2 Cor 7, 4).

San Lucas refiere sintéticamente los últimos encargos de Jesús, quien "abrió las inteligencias de los apóstoles para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: Así estaba escrito que el Cristo padeciera, y resucitara de entre los muertos al tercer día, y se predicara en su nombre la *conversión para perdón de los pecados*, a todas las naciones" (Lc 24, 45-47). El mismo san Lucas es quien sugestivamente describe el ambiente que reinaba en las primeras comunidades cristianas, diciendo que "se edificaban y progresaban en el temor del Señor y estaban llenas de la *consolación del Espíritu Santo*" (Hech 9, 31). *Es la conversión la que conduce al gozo y al consuelo del Espíritu Santo*, el único que es verdadero y duradero.

En la memoria litúrgica de santa Mónica, que se celebra el día 27 de agosto, se emplea la si-

guiente oración, cuyo contenido tiene una profunda relación con la bienaventuranza que se ha comentado:

"Oh Dios, consuelo de los que lloran, que acogiste piadosamente las lágrimas de santa Mónica que suplicaba la conversión de su hijo Agustín; concédenos por la intercesión de madre e hijo la gracia de llorar nuestros pecados, y alcanzar tu misericordia y tu perdón. Por Jesucristo nuestro Señor".

Cuenta san Agustín en sus "Confesiones" que su madre, santa Mónica, suplicaba a un obispo que se entrevistara con él para tratar de apartarlo de la herejía maniquea, que por entonces profesaba. El obispo, al ver su insistencia y su llanto, le dijo: "Anda y vive muchos años. *Es imposible que se pierda el hijo de tantas lágrimas*". Santa Mónica, hablando mucho tiempo después con su hijo Agustín, ya convertido, le decía que había recibido esas palabras como un anuncio del cielo (Confesiones, Lib. III, cap. 12, n. 21).

San Benito, Patriarca de los monjes de occidente, para ilustrar a sus discípulos acerca de los caminos de la búsqueda de Dios y de la santidad, hace una prolija enumeración de los que él llama "los instrumentos de las buenas obras".

En el número 58 de esa lista, leemos: "Confesar todos los días a Dios, en la oración, *con lágrimas y gemidos*, los excesos de su vida pasada, y enmendarse en adelante de ellos" (Regla de monjes, capítulo 4).

En el Misal Romano de san Pío V, que estuvo en vigor hasta hace unos veinte años, había entre las "Oraciones diversas" que se podían emplear en la celebración de la Santa Misa, una que llevaba un título muy sugerente: "*Oración para pedir lágrimas*". He aquí su texto:

"Oh Dios todopoderoso y compasivo, que hiciste brotar de una piedra una vertiente de agua viva para el pueblo sediento, saca lágrimas de arrepentimiento de la dureza de nuestro corazón, de tal modo que podamos llorar nuestros pecados y merezcamos, por tu misericordia, recibir el perdón. Por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos".

Lástima que en el nuevo Misal no aparezca esa bella oración, porque quienes pidan a Dios

la gracia de llorar sus pecados, alcanzarán esdon, y con él la gracia del perdón.

Pero ¿serán muchos los que hoy día piden la gracia de las lágrimas?

Dos cosas sobre las lágrimas oí decir, en mi juventud, a Mons. Manuel Larraín Errázuriz. Una, que en los retiros era mucho más fácil hacer reír a los ejercitantes, que hacerlos llorar. Y la otra, su relato emocionado de un anciano que lloraba amargamente y que, al preguntarle el obispo acerca de la causa de su llanto, le contestó que lloraba por los pecados que cada día se cometen contra Dios.

¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!

IV. BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA

1. El texto evangélico

El evangelio según san Mateo dice: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" (Mt 5, 6). En el evangelio de san Lucas hay un texto aparentemente paralelo que expresa simplemente: "Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados" (Lc 6, 21). Una vez más el texto lucano carece de las precisiones que agrega el de san Mateo: es distinto hablar del "hambre y sed de justicia", que, simplemente, del "hambre": en este lugar hay un paralelo con la bienaventuranza que se refiere, en Mateo, a los "pobres en el espíritu", y en san Lucas, simplemente a "los pobres". En el caso de la bienaventuranza de los que "tienen hambre", si no se le agrega la precisión "de justicia", vendría a semejarse mucho, si no a identificarse, con la que se refiere a "los pobres", sin aditamento alguno.

Por el contrario, la bienaventuranza referida a los que "tienen hambre y sed de justicia" es significativamente paralela a la que se refiere a los "pobres en el espíritu" o a los que "tienen un espíritu de pobres". La simplificación del texto de san Lucas es del todo evidente cuando se tiene presente la "desdicha" correlativa: "¡Ay de vosotros, los que ahora estáis satisfechos!, porque tendréis hambre" (Lc 6, 25).

Para esta reflexión servirá de base el texto de san Mateo. Queda para más adelante el comentario de otra bienaventuranza que tiene relación con ésta, pero que se refiere al tema de quienes "sufren persecución por la justicia" (Mt 5, 10):

en ella la razón de la dicha espiritual no es ya la justicia en sí misma, sino el hecho de sufrir por su causa.

2. Una primera aproximación a la idea de justicia

El gran jurisconsulto romano Ulpiano sintetizó en dos palabras la esencia de la justicia: "Unicuique suum" ("a cada cual lo suyo"). La célebre fórmula, típica de la "brevedad imperial" de que hablan los clásicos, aparece hasta hoy, cada día, en la primera página del diario de la Santa Sede, *L'Osservatore Romano*.

La idea de justicia supone una que le es anterior: el derecho. En latín "derecho" se dice "jus", palabra que es la raíz de "justicia". El derecho, a su vez, supone un titular, una persona que lo posee; o a quien le corresponde. La idea de "derechos" que corresponden a las personas, implica que quien tiene un "derecho" puede ejercitarlo, y que cada cual debe respetar el derecho ajeno.

Impedir que alguien ejercite sus legítimos derechos es una "injusticia", como lo es también el abuso, o el mal uso de los derechos propios. Frente a cada derecho hay correlativos deberes, y por eso toda convivencia humana es un tejido delicado que comporta el ejercicio armónico de derechos y deberes. Hay personas que sólo piensan y actúan en función de sus derechos, pensando muy poco en sus deberes, pero obsesivamente atentos a los ajenos. Esas personas, cuya actitud denota un profundo egoísmo, exigen la justicia cuando se trata de sus derechos, pero no parecen tener idea de sus deberes, correlativos a los derechos de otras personas, por lo que su "justicia" es unilateral y por lo mismo no es verdadera justicia.

Como las relaciones de justicia entre los hombres son difíciles de establecer con exactitud, no es raro que surjan controversias acerca del alcance de los derechos y deberes correlativos entre las personas o entre las personas y las sociedades o grupos. Para establecer los respectivos derechos y deberes, si no hay acuerdo entre las partes, se recurre al "juez", palabra derivada también de "justicia", y que designa a quien tiene el oficio de declarar y establecer lo que es "justo", dando a cada cual lo suyo. En la antigüedad, la función de juez era propia del príncipe; hoy día, en los estados modernos, la separación de los poderes políticos exige que los titulares de la judicatura sean personas distintas e independientes de las autoridades ejecutivas o legislativas. En la Iglesia, cuyo gobierno

pastoral no se ejerce según la teoría moderna del derecho político, sigue siendo una misma persona (en ciertos niveles) quien detenta el oficio de juez, el de gobierno y el de legislador pastoral.

En toda sociedad es preciso que la autoridad cuide efectivamente que se respeten los derechos y deberes correlativos de las personas entre sí y para con la comunidad misma, sin olvidar que la sociedad tiene también derechos y deberes para con las personas. El "Estado de derecho" es aquel en que hay un sistema legal y político que tutela los derechos de las personas y hace exigibles sus deberes. El sistema legal objetivo, público y sin discriminaciones es lo que se opone directamente a la arbitrariedad, cuya expresión refranescas es que "la voluntad del rey es ley". Hay que tener presente que *muchos derechos de las personas son anteriores a la legislación de los Estados*, y que ésta no puede desconocer o anular esos derechos, ni siquiera por la vía de leyes, ya que tampoco los parlamentos están por encima del derecho natural que compete a las personas por ser tales y no por graciosa concesión del Estado. Por eso es exacto sostener que *"una ley injusta, no es ley"*, no obliga, por ende, en conciencia.

3. La justicia en la Sagrada Escritura

En la Sagrada Escritura aparece muchas veces la palabra "justicia", como también "justo" y "justificación". De muchos personajes bíblicos se dice, como un gran elogio, que fueron "justos". Muchísimas veces se alaba la justicia de Dios, sobre todo en los salmos: el israelita está profundamente persuadido de que Dios es justo, y que por eso no puede sino recompensar al que se conduce bien y castigar al malvado. Haciendo un esfuerzo por describir la justicia humana, es decir, aquella actitud del hombre que merece ese nombre, se puede decir que en la Sagrada Escritura ella es *la correcta relación con Dios, la conformidad con la voluntad o querer de Dios*. Cuando se habla de la justicia de Dios, se está hablando de la *santidad de Dios*, de lo inobjetable de sus juicios y mandatos. En el fondo, la justicia tiene *gran relación con la verdad*: una actitud justa es la que se amolda a la verdad del ser, habida consideración de todo el entorno de la acción de una persona. Y por eso la justicia es expresión de sabiduría. Vistas así las cosas, y puesto que sólo Dios es la verdad y la sabiduría, es claro que *sólo El es justo*, sólo El es la justicia misma.

Los hombres, por el contrario, erramos fácilmente, porque ignoramos muchas cosas, querámoslo o no; esas ignorancias ofuscan la valoración de lo que nos rodea y nos alejan de la sabiduría. Por lo mismo resulta afectada nuestra justicia. Todo ello en el plano del conocimiento. Pero queda todavía la flaqueza de nuestra voluntad, porque puede darse el caso de que nuestra inteligencia sea lúcida y nuestro conocimiento correcto y suficiente, pero aun así nuestra voluntad rehúse dar a cada cual lo suyo, a pesar de ver con claridad que debe hacerlo. Estamos muy lejos de que la justicia sea siempre la característica de nuestras acciones, a pesar de que la apreciamos sinceramente y la consideramos un gran bien. Nuestra flaqueza en materia de justicia es ya una advertencia que nos debería inclinar a pensar que *sólo una muy estrecha relación con Dios*, la justicia misma, podemos encontrar la lucidez y la fortaleza indispensables para ser justos, lo que equivale a ser verdaderamente sabios y santos.

4. ¿Quiénes son justos?

Aunque sea en forma rápida, veamos quiénes son llamados "justos" en las Sagradas Escrituras.

4.1. Dios es justo

Recojamos algunos textos bíblicos acerca de la justicia de Dios:

"Dios es fiel, recto y *justo*" (Deut 32, 4); "*Justo* eres, Señor, y todos tus juicios son justos" (Tob 3, 2); Porque "*justo es el Señor, y ama la justicia*" (Sal 10, 8); "Dios es misericordioso y *justo*" (Sal 111, 4); "*Justo* eres, Señor, y *recto* es tu juicio" (Sal 118, 137); "*Justo* es el Señor en todos sus caminos, y *santo*" (Sal 144, 17); "Aparte de mí, no hay ningún Dios *justo* y salvador" (Is 45, 21); "Y éste es el nombre con que (los israelitas) le llamarán: Dios, *justicia* nuestra" (Jer 23, 6; 33, 16); Jesús, dirigiéndose al Padre, lo llama "Padre *justo*" (Jn 17, 25); "Quien obra la *justicia* es *justo*, como El (Dios) es *justo*" (1 Jn 3, 7).

El atributo de "justo" es tan *connatural a Dios*, que sería inimaginable un Dios que no fuera justo. Y como ese atributo se yuxtapone a otros, parece que la Escritura sugiere que la justicia divina se *identifica con la rectitud, la fidelidad, la misericordia y la santidad*. Precisamente porque es justo y fiel, por eso Dios es salvador, porque la salvación es comunicación de sí mismo al hombre, comunicación de su naturaleza, de su santidad y de su gloria.

4.2. Jesucristo es justo

Aquí van algunos testimonios de las Escrituras:

"He aquí que viene a ti tu rey, *justo* y victorioso..." (Zac 9, 9); "Por su conocimiento *justificará* mi Siervo a muchos, y soportará las culpas de ellos" (Is 53, 11); "Abrase la tierra y produzca salvación y germine juntamente la *justicia*; soy yo, Dios, quien lo ha hecho" (Is 45, 8); (Dios dice) "no he de estar quieto hasta que salga como resplandor su *justicia* y su salvación brille como antorcha: verán las naciones tu *justicia*" (Is 62, 1s); En el Calvario, el centurión reconoce que Jesús "verdaderamente era un hombre *justo*" (Lc 23, 47); Pilato, viendo la iniquidad de las acusaciones contra Jesús, declara: "Inocente soy de la sangre de este *justo*" (Mt 27, 24); Judas dice: "He pecado entregando la sangre del *justo*" (Mt 27, 4); La mujer de Pilato le envía un recado, diciéndole: "No te metas con ese *justo* (Jesús), porque hoy he sufrido mucho en sueños por su causa" (Mt 27, 19); "Vosotros —dice Pedro a los judíos— renegasteis del santo y del *justo*" (Hech 3, 14); "Si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre, a Jesucristo, el *justo*. El es víctima de propiciación por nuestros pecados" (1 Jn 2, 1s); "Vuestros padres mataron —dice Esteban a los judíos— a los que anunciaban de antemano la venida del *justo*" (Hech 7, 52); "Cristo fue hecho para nosotros *justicia* y santificación" (1 Cor 1, 30); A Juan Bautista, que vacilaba en bautizarlo, le dice Jesús: "Déjame ahora, pues conviene que cumplamos así toda *justicia*" (Mt 3, 15).

En los textos bíblicos en que se habla de Cristo como justo, es posible distinguir *tres niveles*. El *primero* corresponde al empleo de la palabra "*justo*" como "*inocente*", "*sin culpa*", un "*hombre de bien*", un "*santo*" incluso, como diríamos hoy. En este mismo sentido, la justicia implica una actitud correcta para con Dios, y por eso quienes se ajustan al querer de Dios son llamados "*justos*" en la Escritura (Noé: Gén 6, 9; Si 44, 17; Sal 63, 11; 91, 13; 111, 7; Prov 20, 7; 14, 11; Si 3, 1; Mt 13, 49; 23, 29, etc.).

En el segundo nivel, Cristo es "*justo*" porque "*justifica*" a la humanidad pecadora: *da a los hombres la posibilidad de volver a la comunión con Dios y de situarse rectamente ante El, de adorarlo "en espíritu y en verdad"* (Jn 4, 23). Jesucristo es, pues, el "*justificador*", el que, por su vida, muerte y resurrección comunica la justicia a los hombres, sacándolos del pecado que es iniquidad, a fin de que vivan en Dios y para Dios (ver 1 Jn 1, 8s; 3, 4-9). La obra de la "*justifica-*

ción" es realmente *obra de verdad, porque lleva al hombre a ser lo que está llamado a ser.*

En un *tercer* nivel Jesucristo es llamado "*justo*", como si ése fuera *su nombre propio*, el *distintivo* que le pertenece en una medida que no corresponde a nadie más. Sucede con este nombre de "*justo*" algo semejante a lo que se insinúa cuando el mismo Jesús dice: "Yo soy el *camino, la verdad y la vida*" (Jn 14, 6), idea que retoma san Juan cuando dice que "nosotros estamos en el *verdadero*, en su Hijo, Jesucristo" (1 Jn 5, 20). En estos textos, "*verdad*" y "*verdadero*" adquieren tal fuerza que es evidente que a nadie se los puede aplicar con la plenitud que corresponde a Cristo. Y como *Cristo es la justicia misma*, por eso El es el único que puede comunicarla, como quien es en realidad su fuente y origen. Dicho en otra forma, *Cristo es justificador, porque El es el justo.*

Parece muy significativo el texto en que Jesús afirma que quiere "*cumplir toda justicia*" (Mt 3, 15). Estas palabras están dichas en el contexto del bautismo de Juan, que era un signo de penitencia, luego del reconocimiento de los pecados. Jesús desea recibir ese signo. Juan rechaza dárselo, en un primer momento porque sabe quién es Jesús. Jesús insiste: El viene a cargar sobre sí con nuestros pecados, viene a *asumir nuestra condición pecadora sin haber cometido jamás pecado* ("¿Quién de vosotros demostrará que he pecado?", Jn 8, 46), y por eso es justo que *acepte*, como nueva cabeza de la humanidad, el *signo de la conversión*. La "*justicia*" de este acto estriba en que eso es lo que corresponde a quien viene a "*cargar con nuestros pecados*" (Is 53, 4-8), en calidad de "*cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*" (Jn 1, 29.36).

Cuando, al pie del Calvario, atemorizado por el terremoto, el centurión confiesa que Jesús "*verdaderamente era Hijo de Dios*" (Mt 27, 54), "*verdaderamente era justo*" (Lc 23, 47), no sospechaba tal vez el sentido profundo de sus palabras. Porque esas dos afirmaciones constituyen *toda la teología de la salvación: el Hijo de Dios se ha hecho hombre y ha aceptado la muerte de cruz, justo por los injustos, a fin de abrir a la humanidad el camino de la justicia*. Hay que leer en esa misma perspectiva la información que nos da el evangelista acerca de los prodigios que acompañaron la muerte de Jesús: "El velo del Santuario se rasgó en dos, de arriba abajo, tembló la tierra, las rocas se hundieron, se abrieron los sepulcros y muchos cuerpos de santos difuntos resucitaron" (Mt 27, 51s). El velo del templo judío se rasga, porque *ha cesado la Antigua Alianza y con ella el antiguo cul-*

to. Se estremece la tierra, como *signo del fin de un orden de cosas* y como manifestación de la soberanía de Dios, y los *santos resucitan como un signo patente de la novedad que inaugura la muerte de Cristo y su resurrección*. Comienza, en verdad, *la nueva justicia*.

4.3. La justicia de Abraham

“Creyó Abraham a Dios, y Dios le consideró esa fe como justicia” (Gén 15, 6). El apóstol san Pablo dice de Abraham que “esperando contra toda esperanza, creyó, y fue hecho padre de muchas naciones... No vaciló en su fe al considerar su cuerpo ya sin vigor –tenía unos cien años– y el seno de Sara igualmente estéril. Por el contrario, ante la promesa divina, no cedió a la duda o a la incredulidad, sino que, fortalecido en su fe, dio gloria a Dios, con el *pleno convencimiento* de que poderoso es Dios para *cumplir* lo prometido. Por eso le fue reputado como *justicia*” (Rom 4, 18-22). La “justicia” de Abraham consistió en *creer* en las promesas de Dios sin sombra de duda y a pesar de tantas apariencias negativas. Abraham *dio a Dios lo que le correspondía: asentimiento y adhesión totales*. Y porque *dio a Dios lo suyo*, por eso fue justo. A causa de su fe, Abraham es padre no sólo del pueblo de Israel sino de todo el pueblo cristiano, y así lo expresamos en el canon romano de la Sta. Misa. Las Iglesias de Oriente veneran a Abraham como *santo*.

4.4. La justicia de san José

José se da cuenta de que María está encinta, sin que él tenga parte en el hecho. Como “era *justo*, y no quería difamarla, resolvió repudiarla en secreto” (Mt 1, 19). El comportamiento de José, sin tener claridad acerca de lo que acontece, es *sabio*: no será considerado padre de un niño que no es suyo, pero tampoco entregará a María al rigor de la Ley de Moisés (Deut 22, 20s). A cada cual, lo suyo. Un ángel de Dios le explicó lo sucedido: el niño que María llevaba en su seno era fruto de la acción del Espíritu Santo (Mt 1, 20-24). Aunque es en este episodio, y a causa de él, cuando José es llamado “justo”, el resto de las informaciones que de él nos da el evangelio no hace sino confirmar su perfecta justicia, su total adhesión a Dios. Ese sentido tienen el viaje a Belén (Lc 2, 4s), la presentación del niño en el Templo y el cumplimiento de la modesta ofrenda de rescate (Lc 2, 22-24; Ex 13, 2.11-14; Lev 12, 1-8), la huida a Egipto (Mt 2, 13-15) y su regreso a Galilea (Mt

2, 19-23), el primer viaje de Jesús adolescente al Templo (Lc 2, 41-50) y la enseñanza que le dio, haciéndolo aprender el oficio manual que él desempeñaba (Mt 13, 55; Mc 6, 3). En todos y cada uno de estos acontecimientos, José aparece como *un hombre que, movido por la fe, adhiere a los designios de Dios*, los secunda y ejecuta fiel y silenciosamente.

4.5. Zacarías e Isabel, justos

Dice el Evangelio acerca de Zacarías, sacerdote judío, y de Isabel, su esposa, padres de Juan Bautista, que “*ambos eran justos* en la presencia de Dios, y *caminaban en forma irreprochable* cumpliendo los preceptos y observancias del Señor” (Lc 1, 6). El texto es un testimonio solemne, y se confirma por lo que sigue. Zacarías cumplía celosamente su ministerio sacerdotal judío (Lc 1, 81) cuando recibió la visión y la promesa de que, no obstante la infertilidad de su matrimonio, su esposa quedaría ahora encinta y daría a luz un hijo (Lc 1, 11-17). Es cierto que Zacarías dudó (Lc 1, 18-20), pero el espíritu profético que reposó más tarde sobre él hace pensar que su momentánea duda dio lugar a una adhesión sincera a los designios de Dios (Lc 1, 64.67-79). Isabel, por su parte, reconoce en María a la “madre de su Señor”. Experimenta la emoción de estar cerca de la que lleva en su seno al salvador (Lc 1, 42-44) y la proclama bienaventurada, precisamente porque ha creído (Lc 1, 45), como si anticipara el tema paulino de que es la fe la que introduce a la verdadera justicia (Rom 4; 5; 10, 5ss; Gál 3, 1ss). Implícitamente Isabel afirma que el principio paulino de que “el justo vive la fe” (Rom 1, 17; Gál 3, 11; Hech 10, 38), se aplica en primer lugar a María. Tener esa intuición es, a no dudarlo, signo fruto de justicia.

4.6. Simeón, justo

Era un hombre *justo* y piadoso, y esperaba la consolación de Israel, y estaba en él el Espíritu Santo (Lc 2, 25). De él sabemos que acudió al Templo cuando María y José llevaron a Jesús para presentarlo y ofrecer el don de los pobres (Lc 2, 22-24; Ex 13, 2.11-14; Lev 12, 1-8), que entonó un cántico, que la Iglesia repite todos los días en la última parte de la Liturgia de las Horas, antes de entregarnos al sueño, y que hizo una profecía acerca de Jesús, la *primera en que se vislumbran las contradicciones y sufrimientos de su misión* (Lc 2, 34s). ¿Por qué la Escritura lo llama “justo”, además de “piadoso”? Tal

vez porque *sólo esperaba de Dios su consuelo*, y no de los hombres. Más todavía, porque *asentaba su alegría, su paz, en la salvación que Dios le había hecho ver*; no sólo había visto una "salvación" abstracta, sino que había tenido en sus viejos brazos *al mismo salvador*. Quizás ni siquiera sabía que el niño se llamaba Jesús (salvador) pero el Espíritu Santo, que moraba en él, lo había instruido interiormente para que viera en esa creatura, pequeña y desvalida, la "luz para iluminar a los gentiles y la gloria del pueblo de Israel" (Lc 2, 32). Simeón, el justo, es el primero en comprender que la misión de Jesús va más allá de Israel, y eso lo hace estremecerse de gozo: su justicia se expresa en alegría al adherir a los *designios de salvación universal* que Dios tiene por medio de su Hijo, Jesucristo. Simeón exulta viendo *lo que debía ser, será*. Y por ello da gloria de Dios, le da lo que le corresponde.

5. Hambre y sed de justicia...

La bienaventuranza apunta precisamente a "tener hambre y sed de justicia". Si hasta aquí hemos espigado preferentemente con el ánimo de hacernos una idea acerca de *qué es la justicia*, sobre todo a base de ejemplos bíblicos en que se elogia la calidad de "justo" de alguna persona, ahora conviene detenernos en las imágenes de "hambre" y "sed".

Hambre y sed son reacciones del organismo que indican que se necesita con mayor urgencia alimento o bebida. Son "avisos" de que algo falta, y no tienen por objeto solamente proporcionarnos el agrado de ingerir lo necesario, sino mover nuestras capacidades de modo que el organismo no se deteriore por carencia de *elementos vitales*. La sensación del hambre y de la sed pueden ser muy violentas, incluso pueden llegar a ser desesperantes, sobre todo la sed.

Así es que cuando Jesús pronuncia la bienaventuranza acerca de los que tienen hambre y sed de justicia, está insinuando que la actitud del discípulo con respecto a la justicia no puede ser una especie de cavilación abstracta, desinteresada, como una suerte de lucubración intelectual que no compromete la vida, sino, muy por el contrario, una actitud vital que pone en movimiento valores y urgencias. Quien experimenta "hambre y sed de justicia" es una persona que percibe la justicia como algo que le es tan indispensable, que sin ella no puede vivir. Sin justicia se carece de algo que es vital, de algo que forma parte de la identidad misma del hombre.

Vistas así las cosas, el "hambre y sed de justicia" no se refiere primeramente a quien sufre una injusticia y clama por verse libre de ella, aunque también esa persona experimenta un deseo vivísimo de que se le haga justicia y es muy razonable que lo experimente. La bienaventuranza apunta al deseo íntimo que cada hombre y cada discípulo de Cristo debe tener, *de ser él mismo verdaderamente justo, de percibir la verdad, de tener claro lo que a cada cual le corresponde como suyo*, y de ser capaz de poner en movimiento todas sus capacidades para que la realidad esté acorde con el "deber ser". Es significativo que la liturgia exprese esta bienaventuranza como "hambre y sed de ser justos".

Es importante "tener hambre y sed de justicia", porque esa actitud implica un *sano inconformismo* con aquello que no corresponde a los justos designios de Dios. No tener hambre y sed de justicia es *aceptar lo que sucede*, tanto en nuestro interior como en el mundo que nos rodea, *como si lo que sucede fuera siempre lo correcto*, como si no hubiera posibilidad de progreso y mejoramiento, como si tuviéramos derecho a sumirnos en una modorra espiritual, inquietos solamente por lo que pudiera ser desventajoso para nosotros.

La promesa de Jesús es alentadora: quienes tengan hambre y sed de justicia *serán saciados*. Si es el Señor mismo quien siembra en el corazón esa inquietud y búsqueda anhelantes de justicia, ¿cómo no habría de ser El mismo quien satisficiera ese anhelo tan noble, tan *conducente a que el hombre sea verdaderamente hombre?*

Tener hambre y sed de justicia, o de ser justo, es condición para que el corazón adquiriera la rectitud. Quien tiene hambre y sed de justicia, no sólo piensa en sus derechos, sino que comprende que la justicia le pide también el cumplimiento de sus deberes. No tiene hambre ni sed de justicia quien sólo piensa en sus derechos y en los deberes ajenos, olvidando que también él tiene deberes y los demás hombres tienen derechos.

V. BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS

1. El texto evangélico

El evangelio de san Mateo enuncia así la quinta bienaventuranza: "¡Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos serán objeto de misericordia!" (Mt 5, 7).

La palabra "misericordia" y sus derivados aparecen en la Sagrada Escritura no menos de 450 veces: este solo dato constituye ya un indicio acerca de la importancia del contenido del vocablo, puesto que su empleo es tan frecuente. Los términos hebreo y griego que expresan esta actitud son traducidos de muy diversos modos: aparte de "misericordia", se emplean "amor", "ternura", "piedad", "compasión", "clemencia", "bondad", e incluso "gracia".

En hebreo, una de las expresiones que se traducen por "misericordia" evoca la idea de un *sentimiento instintivo de adhesión* a otra persona. Este sentimiento es tan íntimo que se lo supone situado en las entrañas de un padre, de una madre o de un hermano. Es significativa la expresión de "tener entrañas de misericordia". Se diría que quien tiene misericordia experimenta algo así como una emoción muy profunda ante el sufrimiento ajeno: lo siente como propio. Es la reacción de aquellos que son capaces, según la expresión de san Pablo, de "llorar con los que lloran" (Rom 12, 15; Si 7, 38). La otra expresión hebrea que se traduce por "misericordia" evoca la idea de una *relación que une a dos personas*, y que implica, por lo tanto, *fidelidad*. Quien es misericordioso, lo es porque siente que esa actitud es para él un imperativo interior, una fidelidad al propio ser, a la propia dignidad, a lo que está profundamente impreso en sí mismo, como una exigencia que brota de la propia humanidad.

La misericordia es una reacción de ternura hacia el que sufre.

Es misericordioso quien abre su corazón al miserable, al mísero, al indigente. Eso es lo que sugiere la etimología latina de "misericordia", que proviene de "miser" y "cor". "Miser" significa miserable, infeliz, digno de compasión, enfermo, mezquino, disminuido. "Cor" es el corazón en sentido físico o anatómico, y también puede significar esfuerzo, ánimo, valor, espíritu, en una palabra, la *interioridad de la persona, su actitud*, y frecuentemente con una connotación de amor, afecto o compasión.

2. Dios es misericordioso

La abundancia de lugares bíblicos en que se habla de la misericordia de Dios demuestra que esta "cualidad" —empleando una categoría humana— es característica de Dios. Si es verdad que en la simplicidad del ser divino no caben "cualidades" que serían "agregados" a su naturaleza (Dios no "tiene" amor, justicia o misericordia, sino que *es* amor, justicia y misericordia), hemos de pensar que su misericordia no es

en él un atributo accidental, sino que constituye la misma esencia de su ser infinitamente perfecto. Más bien, pues, que decir que Dios "tiene" misericordia (lo que también puede decirse sin que sea incorrecto), la afirmación más apropiada es decir que *Dios es misericordia*. Dicho de otra forma, la misericordia *no es en Dios una actitud transitoria* que en algún momento pudiera no estar presente (eso sería imposible por la naturaleza misma del ser divino, en el que no hay sucesión sino perfectísima simultaneidad), sino que es la característica permanente y siempre presente de su ser y de su acción. Dios *no puede dejar de ser misericordioso* y esta afirmación es tan verdadera como decir que no puede simplemente dejar de ser. Escapa a la pequeñez de nuestra inteligencia una comprensión adecuada de la infinita perfección divina y de su insondable simplicidad; no tenemos otro modo de hablar de El sino valiéndonos de conceptos humanos, de analogías y comparaciones que siempre quedarán muy lejos de expresar lo inefable (inefable = lo que no se puede expresar adecuadamente con palabras).

Cuando, en la visión de la zarza ardiente, Dios se manifestó a Moisés, le dijo que su nombre es "YO SOY" (Ex 2, 14), como indicándole que no posee un ser precario, sino absolutamente al margen de la contingencia e inestabilidad que caracterizan a las creaturas. El ser le pertenece por definición: Dios *no "tiene"* el ser o la existencia, sino que *El ES*, sin poder dejar de ser. La revelación del nombre divino en la época lejana del Exodo, tiene un paralelo en el Nuevo Testamento: san Juan nos ha conservado pasajes de la polémica de Jesús con los judíos, en que El hace suyas las expresiones del Antiguo Testamento, y proclama que *El ES*, lo que equivale a manifestar su divinidad (Jn 8, 24.28.58). Y será el mismo san Juan quien nos dirá que "*Dios ES amor*" (1 Jn 4, 8).

Es muy consolador pensar que la misericordia es idéntica con el ser mismo de Dios: *El no puede dejar de ser misericordioso*, porque eso sería como si pudiera dejar de ser. En cambio nosotros, pobres creaturas cambiantes, vacilantes e inestables, podemos dejar de amar, de ser misericordiosos o justos, al menos por momentos o tiempos. Pero como Dios *ES* misericordia, podemos contar con que nuestras relaciones con El, siempre marcadas por nuestra miseria y por nuestros pecados, *no pueden, a pesar de toda nuestra maldad, escapar del ámbito de su misericordia*. La misericordia de Dios es, hablando siempre humanamente, el "matiz" propio de su amor hacia nosotros: el corazón de

Dios no puede mirarnos sino haciéndose cargo de nuestra miseria, sabiendo que "somos barro" (Is 54, 8; Job 10, 9), porque esa es nuestra realidad, nuestra característica propia y existencial. Y es por eso que la primera postura objetiva y verdadera que le corresponde al hombre delante de Dios, no es ni puede ser otra que la de la humildad, la del *reconocimiento de su miseria*, de su poquedad y de que lo único que nos pertenece en propiedad es "la mentira y el pecado" (Concilio II de Orange, año 529, can. 22 confirmado por el Papa Bonifacio II el año 531; DS 392 y 398-400).

Espigando en las Sagradas Escrituras, retenemos algunas afirmaciones acerca de la misericordia de Dios. No son las únicas y tampoco puedo decir que sean todas las que tienen mayor relevancia: no son más que una invitación a escudriñar en la palabra de Dios esta veta hermosa y consoladora de las misericordias del Altísimo.

La Escritura afirma que la misericordia de Dios no tiene fin y que dura por siempre (1 Crón 16, 34; 2 Crón 5, 13; 7, 3.20.21; Sal 99, 5; 105, 1, etc.). El Salmo 135 (en hebreo 136) es una alabanza a Dios sobre la base de interpretar la creación y la historia de Israel como expresión de la misericordia de Dios. Y puesto que el salmo contempla un horizonte muy vasto en el tiempo, la misericordia de Dios es calificada como "eterna", es decir, como la actitud permanente de Dios ante su creación y a lo largo de las vicisitudes de la historia de su pueblo elegido. El salmo 32 (33) dice en su verso 5 que "la tierra está llena de la misericordia del Señor", afirmación que complementa la del salmo 135, en el sentido de que la misericordia de Dios *no sólo se extiende a los hechos sucesivos* de la historia, sino que *en un mismo momento colma el presente de la humanidad*. En estos textos la misericordia de Dios es sinónimo de bondad y benevolencia, de amor a su creación y de fidelidad a su pueblo.

Pero Israel pecó. Pecó gravemente. Pecó reiteradamente. Pecó con gran ingratitud, con audacia y desvergüenza. El castigo de Dios se hizo presente para ablandar al pueblo de "dura cerviz" (Ex 22, 9; 33, 3.5; 34, 9; Deut 9, 13; Hech 7, 51), para sacar de "su pecho el corazón de piedra y cambiárselo en un corazón de carne" (Ez 11, 19). Y, a pesar de las prevaricaciones de Israel, Dios anuncia el *triunfo de su fuerza salvadora*: el pueblo se convertirá y Dios restablecerá con él su alianza. Lo dicen en un lenguaje bello los profetas Oseas y Ezequiel. "Seré tu esposo para siempre y te desposaré conmigo en justicia, en el juicio, *en misericor-*

dias y en piedades, y yo seré tu esposo en *fideli-*
dad, y tú reconocerás al que *ES*" (Os 2, 19s). "¿Cómo sanar tu corazón, dice el Señor, el que *ES*, cuando has hecho todo esto como desvergonzada ramera dueña de sí, haciéndote prostíbulos en todas las encrucijadas y lupanares en todas las plazas? Te juzgaré como se juzga a la adúltera... No obstante, yo *me acordaré de la alianza que hice contigo* en el tiempo de tu mocedad y confirmaré contigo una alianza eterna. Y tú te acordarás de tus obras y te avergonzarás... Yo *renovaré mi alianza contigo*, y sabrás que *YO SOY*" (Ez 16, 30.38.6; Os 62).

La oración humilde del rey David, luego de haber cometido adulterio y asesinato, ha sido hermosamente expresada en el salmo 50 (51); comienza dejando en claro en qué se funda su esperanza de obtener perdón: "¡Apiádate de mí, oh Dios, según tu *benignidad* y por tu gran *misericordia* borra mi iniquidad!" (v. 3). El príncipe penitente *no alega méritos propios, no hace descargos ni justificaciones, no presenta atenuantes*: simplemente *se funda en la misericordia* de Dios, que "no desprecia un corazón contrito y humillado" (v. 19).

Si era tan fuerte en Israel la conciencia acerca de la misericordia de Dios, ¿qué puede tener de extraño que María, la virgen de Sión, reconozca en un transporte de alegría que "la *misericordia* (de Dios) se derrama de generación en generación sobre los que le temen" y que "ha acogido a Israel, su siervo, *acordándose de su misericordia*"? (Lc 1, 50.54). Y cuando el sacerdote Zacarías alaba a Dios por el nacimiento de su hijo, Juan el Precursor, ¿no es evidente que la visita de Dios a su pueblo para redimirlo y salvarlo, tenía que ser interpretada por el anciano como demostración de que Dios, *fiel a sus promesas, hace demostración de misericordia, acordándose de su santa alianza*? (Lc 1, 68.72). Y cuando otro anciano, Simeón, expresa su gozo porque ha podido ver al salvador antes de morir, ¿no es la misericordia del Señor lo que constituye la motivación más profunda de su alegría? (Lc 2, 29-32).

En la predicación de Jesús, el tema y las actitudes de misericordia están muy presentes. Recordemos aquí solamente la parábola llamada del "hijo pródigo", cuya enseñanza central es, precisamente, la misericordia del padre (Lc 15, 11-32), que no es otro que Dios.

3. La misericordia de Jesús

Son muchos los lugares en los Evangelios en que personas que experimentan diversas

aflicciones acuden a Jesús, pidiéndole que tenga misericordia o se apiade de ellas. Así los dos ciegos que le piden que los sane (Mt 9, 27), la mujer cananea que le suplica que libere del demonio a su hija (Mt 15, 22), el hombre que le hace una petición del mismo género (Mt 17, 14), otros dos ciegos que le piden salud (Mt 20, 30s), los diez leprosos (Lc 17, 13), etc.

Estas súplicas, apelando al corazón misericordioso de Jesús, están en perfecta sintonía con lo que Jesús nos revela de sí mismo y de sus sentimientos ante quienes sufren. "Jesús recorría ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, predicando el Evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia. Viendo a la muchedumbre, se enterneció de compasión por ella, porque estaban fatigados y decaídos, como ovejas sin pastor. Entonces dijo a los discípulos: La mies es mucha, pero los obreros pocos..." (Mt 9, 35-37).

En este texto es claro que *no son sólo las indigencias corporales o materiales* las que mueven a Jesús a misericordia, sino también y muy especialmente el abandono espiritual. Una multiplicación de panes tiene lugar porque Jesús se apiada de la muchedumbre que desde hace tres días lo sigue para escucharlo, y no hay dónde adquirir alimentos para reparar sus fuerzas (Mt 15, 32ss). *Enternecido*, Jesús sana a un leproso (Mc 1, 41).

La acogida de Zaqueo (Lc 19, 1ss), la liberación de la mujer adúltera, a quien sus acusadores querían matar (Jn 8, 1-11), la bondad y defensa de la mujer pecadora que ungía sus pies con un perfume costoso (Lc 7, 36-50), la restitución de Pedro a su oficio apostólico (Jn 21, 15-17) son otras tantas expresiones de la actitud misericordiosa, bondadosa, tierna, de Jesús.

Pero Jesús no sólo demuestra misericordia en determinados hechos concretos de su vida terrenal. La venida al mundo del Hijo de Dios no tiene otra clave sino la misericordia. Viene, en efecto, "a salvar a su pueblo de sus pecados" (Mt 1, 21), a "dar el poder de llegar a ser hijos de Dios" (Jn 1, 12), a dar vida, y darla en abundancia (Jn 10, 10). Jesucristo es, mejor que nadie, el buen samaritano que se inclina *misericordiosamente* sobre la humanidad caída y herida, para sanarla y conducirla a una vida nueva (Lc 10, 30-37). Su vida y su misión son, pues, expresiones de misericordia, de amor tierno hacia quienes han errado en el camino y habitan en "tinieblas y sombras de muerte" (Is 9, 2; Mt 4, 16; Lc 1, 69; Ef 5, 8). Sin la *clave*

de la misericordia no podríamos penetrar en las profundidades del designio de salvación, en el porqué de la encarnación y de la redención.

La misericordia de Dios para con los hombres exige de cada hombre que tenga misericordia con sus hermanos. Es lo que dice la parábola del servidor despiadado, cuando recibe la represión y castigo de su señor, porque ha sido incapaz de perdonar una pequeña deuda a un compañero: "Mal servidor, te perdoné toda tu deuda porque me lo suplicaste. ¿No era lógico que tuvieras misericordia con tu compañero, como yo la tuve contigo?" (Mt 18, 32s). Es, exactamente, la idea expresada por la recompensa de la bienaventuranza: los que sean misericordiosos, alcanzarán misericordia.

Jesús recomienda a sus discípulos que no dejen de *proclamar las misericordias* de que el Señor los ha hecho objeto. Así se lo dijo al endemoniado que, luego de haber recibido la liberación del poder de Satanás, quería acompañarlo, seguramente por un sentimiento muy auténtico de amor y gratitud: Jesús "no se lo permitió, sino que le dijo: Andate a tu casa y a los tuyos, y *cuéntales* todo lo que el Señor ha hecho contigo, y *cómo ha tenido misericordia de ti*" (Mc 5, 18s). Viene bien aquí recordar la palabra del salmista que dice: "¡Cantaré por siempre las misericordias del Señor, mi boca anunciará de generación en generación su fidelidad!" (Sal 88; (89), 2). Dios es misericordioso, y es *siempre fiel a su misericordia*, porque El *es* misericordia. Y como lo es el Padre, lo es también su hijo, Jesucristo.

Miradas así las cosas, descubrimos el significado profundo, completamente ajeno a un sentimentalismo puramente emotivo, de la adoración que los cristianos profesamos al *corazón misericordioso de Jesús*. En Jesucristo se nos manifiesta el abismo insondable de la misericordia del Padre, que "tanto amó al mundo, que le dio su unigénito Hijo (Jesucristo), para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna" (Jn 3, 16). De esas entrañas del "Padre de las misericordias" (2 Cor 1, 3) *es fiel reflejo el Corazón de su Hijo*, de quien cada uno de nosotros puede decir lo que afirmaba san Pablo: "¡Me *amó* y se entregó por mí!" (Gál 2, 20). Porque Cristo, como su Padre, no sólo tiene misericordia, sino que es misericordia, y por eso no se contentó con dar "algo" por nosotros, sino que *se dio a sí mismo*, porque "nadie tiene amor más grande, que el que da su vida por quienes ama" (Jn 15, 13).

4. El cristiano, misericordioso

Si el cristiano es un hombre que ha hecho la experiencia de la misericordia de Dios, si ha comprendido que la misericordia es inherente al ser divino y al corazón de Cristo, no puede haber duda de que la existencia cristiana tiene que estar *necesariamente marcada por la misericordia* con los hermanos.

La historia de la Iglesia muestra una variedad riquísima de acciones misericordiosas y de instituciones dedicadas a la misericordia. Aun a riesgo de no nombrar muchas que lo merecerían con toda justicia, quiero recordar algunos episodios de misericordia y obras a ellas consagradas. ¿Quién puede olvidar la misericordia sin límites de san Vicente de Paul, en favor de las víctimas de la enfermedad y de las guerras? ¿No está vivo aún el recuerdo de san Martín, más tarde Obispo de Tours, que siendo soldado y no teniendo dinero con qué socorrer a un pobre, cortó con su espada la mitad de su manto y se la dio? Recordamos a santa Isabel de Hungría, cuidando a los pobres y lavando sus ropas sucias por amor a Cristo. Nos estremece el recuerdo del padre Damián, voluntariamente relegado en un leproso, cuidando de esos enfermos con amor, y a quienes les dijo, el día en que descubrió que estaba contagiado por el terrible mal: "Queridos hermanos, *nosotros los leproso...*".

Fue la misericordia cristiana la que fundó centenares de hospitales. ¿Cómo podríamos ignorar la misericordia de los bienaventurados Don Orione y Don Guanella, cuyos hijos ejercitan la caridad entre nosotros? ¿No fue acaso un hondo sentimiento de misericordia el que movió al P. Hurtado a fundar al "Hogar de Cristo"?

Todos esos ejemplos son la concreción de las palabras con que Jesucristo, supremo juez, aquilatará nuestra conducta en el postrer día de este mundo: "Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber..." (Mt 25, 31-46).

Hay que tener presente que la misericordia frente a quien sufre una indigencia o aflicción material no es la única misericordia cristiana. Hay una misericordia espiritual que siente como propias las desgracias espirituales, el alejamien-

to de Dios, el pecado y, en una palabra, todo lo que desvía a los hombres de su verdadera y última finalidad y vocación. Toda acción apostólica es, por eso, un acto de amor que tiene el matiz de la misericordia. No de uno que mira al necesitado espiritualmente "de arriba abajo", sino de quien lo considera con amor fraterno, deseando que pueda compartir los bienes y las alegrías de la casa paterna.

Desde hace mucho tiempo hay unas listas de actos de caridad que se llaman las "obras de misericordia". Es bueno recordarlas para practicarlas.

Siete son las obras de misericordias *espirituales*:

Enseñar al que no sabe;
Dar buen consejo al que lo necesita;
Corregir al que yerra;
Consolar al triste;
Perdonar las injurias;
Soportar los defectos del prójimo, y
Orar por los vivos y los difuntos.

Y *siete* son también las obras de misericordia *corporales*:

Dar de comer al hambriento;
Dar de beber al sediento;
Vestir al desnudo;
Acoger al peregrino;
Librar al cautivo;
Visitar a los enfermos y prisioneros, y
Sepultar a los muertos.

Actos sencillos, concretos, sobre los cuales versará el juicio. Importante, por cierto.

Y son *actos, acciones*. Podríamos *pecar por omisión* si, pudiendo realizarlos y sin tener excusa para no ponerlos por obra, los omitimos por pereza, por desinterés, por comodidad.

"Quien dé un vaso de agua a uno de estos pequeños que creen en mí, no perderá su recompensa" (Mt 10, 42). "Lo que hicistéis con uno de estos pequeños que creen en mí, conmigo lo hicistéis" (Mt 25, 40-45). Son palabras de Jesús que invitan a la misericordia. Si las acogemos, podemos tener la certeza de que el Señor también a nosotros nos tratará con misericordia.

Homenaje póstumo de la Pontificia
Universidad Católica de Chile
al Dr. Jérôme Lejeune,
presidente de la Pontificia
Academia para la Vida
(29 de abril de 1994)



El Profesor Jérôme Lejeune recibe de manos del Prorector de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Dr. Pedro Morandé C., el título de *Doctor Scientiae et Honoris Causa* de esta Universidad (Santiago, 3 de septiembre de 1991).

El profesor Jérôme Lejeune, gran defensor y apóstol de la vida*

Mensaje de S.S. Juan Pablo II al Cardenal Lustiger, arzobispo de París, con motivo de la muerte del Profesor Lejeune (Vaticano, 4 de abril de 1994)

*"Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá".
(Jn 11, 25)*

Nos vienen a la mente esas palabras de Cristo en este momento en que nos hallamos ante la muerte del profesor Jérôme Lejeune. Si el Padre celestial se lo ha llevado de esta tierra el mismo día de la resurrección de Cristo, es difícil no ver en esta coincidencia un signo. La resurrección de Cristo es un gran testimonio de la vida, que es más fuerte que la muerte. Iluminados por estas palabras del Señor, vemos en toda muerte humana una participación en la muerte de Cristo y en su resurrección, especialmente cuando la muerte tiene lugar el mismo día de la Resurrección. Esta muerte testimonia con mayor fuerza la vida a la que el hombre está llamado en Jesucristo. Durante toda la vida de nuestro hermano Jérôme, esta llamada representó una línea directriz. Como sabio biólogo, sintió pasión por la vida. En su campo fue una de las mayores autoridades mundiales. Diversos organismos lo invitaban a dar conferencias y le pedían sus consejos. Lo respetaban incluso quienes no compartían sus convicciones más profundas.

Deseamos agradecer hoy al Creador, "de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra" (Ef 3, 15), el carisma particular del fallecido. Hay que hablar aquí de carisma, porque el profesor Lejeune supo usar siempre su profundo conocimiento de la vida y de sus secretos para el verdadero bien del hombre y de la humanidad, y sólo para esto. Llegó a ser uno de los más ardientes defensores de la vida, especialmente de la vida de los niños por nacer que, en nuestra civilización contemporánea, frecuen-

temente están amenazados, hasta el punto de que se puede pensar en una amenaza programada. Hoy esta amenaza se extiende igualmente a los ancianos y a los enfermos. Las instancias humanas, los parlamentos elegidos democráticamente se arrogan el derecho de poder decidir quién tiene derecho a vivir y, por el contrario, a quién se le puede negar, sin que exista una culpa de su parte. De muchos modos, nuestro siglo ha experimentado este tipo de actitud, sobre todo durante la Segunda Guerra Mundial, y también después. El profesor Jérôme Lejeune asumió plenamente la responsabilidad particular del sabio, dispuesto a convertirse en un *signo de contradicción*, sin tener en cuenta las presiones externas ejercidas por la sociedad permisiva ni el ostracismo al que lo habían condenado.

Nos hallamos hoy ante la muerte de un gran cristiano del siglo XX, un hombre para el que la defensa de la vida llegó a ser un apostolado. No cabe duda de que en la situación actual del mundo esta forma de apostolado de los laicos es muy necesaria. Deseamos agradecer hoy a Dios, el autor de la vida, todo lo que representó para nosotros el profesor Lejeune, todo lo que hizo para defender y promover la dignidad de la vida humana. En particular, quisiera agradecerle el haber tomado la iniciativa de la creación de la *Academia Pontificia para la Vida*. El profesor Lejeune, miembro de la Academia Pontificia de Ciencias, desde hacía muchos años, preparó todos los elementos necesarios para esta nueva fundación, cuyo primer presidente fue. Estamos seguros de que pedirá ahora a la Sabiduría divina por esta institución tan importante, que le debe en gran parte su existencia.

* *L'Osservatore Romano*.

Cristo dijo: *Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá...* Creemos que estas palabras se han cumplido en la vida y en la muerte de nuestro hermano Jérôme. Que la verdad sobre la vida sea también fuente de fuerza espiritual para la familia del fallecido, para la Iglesia en París, para la Iglesia en Francia y para todos nosotros, a los que el profesor

Lejeune ha dejado un testimonio verdaderamente resplandeciente de su vida como hombre y como cristiano.

Me uno en la oración a todos los que participan en sus funerales y les envío, por medio del cardenal arzobispo de París, mi bendición apostólica.

“Monsieur Lejeune”

Dra. Ghislaine Morizon L.

Estudios médicos y título de Médico-Cirujano en la U. de Chile. Discípula del Prof. J. Lejeune en el Institut de Progénèse, París (Francia). Genetista. Profesora Agregada de Pediatría de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile

En la mañana del domingo 3 de abril, día de Pascua de Resurrección, a los 67 años de edad, y en plena actividad, nos dejó el Profesor Jérôme Lejeune. El día anterior, con su habitual serenidad, se había despedido de sus colaboradores diciéndoles que los iba a ayudar siempre.

El haber entrado en la vida eterna el día de la Resurrección de Cristo, es interpretado por muchos como un hecho simbólico. El propio Papa S.S. Juan Pablo II, en su mensaje al Cardenal Arzobispo de París, Monseñor Lustiger, con el objetivo de enviar su bendición a los asistentes a los funerales del Profesor Lejeune, dice: “Si el Padre de los cielos lo llamó de esta tierra el mismo día de la Resurrección de Cristo, es difícil no ver en esta coincidencia una señal. La Resurrección de Cristo constituye un testimonio a la vida, que es más fuerte que la muerte”.

Al partir, el Profesor Lejeune dejó sumidos en la tristeza y la consternación, no solamente a su familia y colaboradores, sino también a un gran número de personas a las que durante toda su vida ayudó, alentó y acompañó en sus pruebas, especialmente a los jóvenes trisómicos 21 y sus familias.

Conocí al Profesor Lejeune en el año 1968, casi diez años después de su descubrimiento de la Trisomía 21. Tuve la suerte de estar un tiempo largo en su servicio la primera vez, para luego volver cada año (incluso dos veces en el año, en estos últimos tiempos) por cortos períodos.

Lo que más me llamó la atención en un principio, fuera de su sorprendente humildad, fue su gentileza. Si uno se equivocaba al ordenar los cromosomas (todavía no existían las técnicas de bandeó que permiten identificar con certeza cada cromosoma) era, según él, porque tenía mucha hambre en ese momento, o quizá sueño. Un día me atreví a decírselo y me respondió sorprendido: “pero si es tan fácil ser gentil”. Le parecía normal.

Sus ayudantes lo consideraban un hombre feliz, viviendo un poco en otro mundo, y es realmente la impresión que él daba. De carácter pa-

rejo, tranquilo, sereno, sencillo, siempre contento, hablaba poco, escuchaba mucho, criticaba con gentileza como disculpándose, explicaba con calma. Se daba tiempo para todo. Contestaba las cartas manuscritas inmediatamente a la vuelta de correo. Para la Pascua le escribía una carta personal, diferente, a cada una de las diez lolitas trisómicas 21 de una de las tantas instituciones que él ayudaba.

Siempre daba la sensación de dominar la situación: aun en las discusiones más ásperas, no perdía la calma, no levantaba la voz, no ofendía. Esto, a veces, desesperaba a sus ayudantes. En una ocasión le oí decir a uno de ellos, indignado, “pero si no es un científico, es un filósofo”. Quizás era los dos.

En su consulta, en el Hospital Necker-Enfants Malades, recibía a cada paciente y sus padres con cariño. Nunca se apuraba, escuchaba, observaba, tranquilizaba. Los niños se veían cómodos, alegres; los padres dispuestos a luchar. Ellos sabían que el Profesor Lejeune estaba siempre disponible para ellos.

Para el Profesor Lejeune su familia era muy importante. Tenía una gran admiración por su mujer. Un día que, impresionada por la sencillez y simpatía de una de sus hijas, se lo comentaba, me dijo “pero si todos mis hijos son gentiles..., se parecen a su madre”. Estaba muy orgulloso de sus cinco hijos (uno sacerdote) y sus veinte nietos.

El Profesor Lejeune era un hombre profundamente religioso. Por pertenecer a la Academia Pontificia de Ciencias, y por ser asesor científico del Santo Padre, debía viajar frecuentemente (más o menos una vez al mes) al Vaticano. En ocasiones llevaba a su señora y contaba riéndose que mientras él trabajaba, ella se dedicaba a saludar a los Cardenales: “elle faisait la tournée des Cardinaux”, ya que ella era muy popular y querida por todos ellos.

Periódicamente tomaba desayuno con el Papa, invitado por él, luego de asistir a su misa privada. En una ocasión, el Santo Padre, al saber que el Profesor Lejeune había venido a Roma, esa vez con una hija recién casada, invitó

también al joven matrimonio. Durante la misa la niña se sintió mal. Una religiosa la llevó al apartamento privado del Santo Padre, volviendo luego para anunciarle al Profesor Lejeune que iba a ser abuelo. Era su primer nieto. Quedó muy impresionado y sacó las siguientes conclusiones:

- 1) en ese momento, junto al Papa había tres generaciones de Lejeune (su Sra. y él; el joven matrimonio y... la "guagua").
- 2) Su hija era la única persona de la familia que tenía el privilegio de conocer el baño del Santo Padre.

Desde su descubrimiento de la Trisomía 21 el Profesor Lejeune tuvo un gran sueño: encontrar el tratamiento de esta enfermedad. Dedicó toda su vida a ese objetivo. Consagró toda su existencia a los niños y adultos con alguna desventaja mental y a sus familias.

Con su actitud, sus consultas, sus intervenciones públicas, logró devolverles a numerosos jóvenes trisómicos la confianza en sí mismos, la dignidad y el *status* de seres humanos en plenitud, "à part entière". Ayudó a sus padres a sobrellevar un destino adverso sin tener miedo a expresar su cariño por esos hijos diferentes. A todos les dio paz, fuerza, ganas y alegría de vivir, dejando a un lado la desesperación.

De esta gran obra humana pueden dar testimonio, hoy en día, en muchos países, miles de padres, decenas de asociaciones, centenares de educadores a quienes les mostró el camino gracias a su activa compasión.

El Profesor Lejeune trabajó siempre por la vida defendiendo al niño por nacer, aunque se tratara de un niño con alguna limitación o del más pequeño y más joven de los hombres: *el embrión*. Luchó para hacer admitir que, desde la concepción, el nuevo ser es *único e irremplazable*, y que su vida tiene el mismo valor, el mismo significado, la misma dignidad que la del niño, del joven, del adulto, o del anciano. Luchó para que al embrión humano le fuera dado un *status* de persona, protegido por la Ley.

No vaciló en atravesar el Atlántico, dejando de lado todos sus quehaceres, para ir a defender la vida de siete embriones congelados que se peleaban sus padres divorciados (Juicio de Maryville).

Unos meses antes de morir, creó la Academia Pontificia para la Vida, dejando listos todos los elementos necesarios para esta nueva fundación. El 1° de marzo de este año el Santo Padre designó su primer presidente.

Por haber mantenido su posición con valentía, y con la inflexibilidad de una conciencia pura, y por haber puesto sus convicciones desinteresadas por encima de cálculos y compromisos, el Profesor Lejeune tuvo muchos enemigos, debiendo soportar ataques de todo tipo, algunos muy duros. Además desde 1982 tuvo que renunciar a toda clase de ayuda oficial para sus investigaciones. También tuvo que abandonar la idea de un eventual Premio Nobel, para el que debía ser propuesto por sus pares, sabiendo muy bien que muchos de ellos no tendrían el valor de hacerlo.

Este gran médico y científico, hombre irreprochable, de gran espiritualidad y humanidad, hombre de Dios para algunos, deja un vacío muy grande, tanto más que hoy en día, está en peligro la dignidad de la vida.

Sin embargo, quedan repartidos en todo el mundo sus numerosos discípulos y sus fervientes seguidores decididos a continuar luchando. Ya se formó en Londres el primer "Centro Jérôme Lejeune" destinado a la atención de niños trisómicos y a la investigación. El Profesor Lejeune debe haber estado muy consciente de ello, porque se fue sin miedo, sin amargura, con la serenidad de los justos.

Esto quedó reflejado en la carta de su más cercana colaboradora en estos últimos años, la Dra. Marie Peeters, anunciándonos su partida: "Monsieur Lejeune est entré dans la joie du Ciel, le matin de Pâques, à 6 hrs 45. Il est resté conscient, digne et priant jusqu' au bout". "El Profesor Lejeune entró en la alegría del cielo, en la mañana del día de Pascua de Resurrección, a las 6.45 horas. Estuvo consciente, digno y rezando hasta el final..."

El doctor Jérôme Lejeune

Dr. Alejandro Serani M.

Médico-Cirujano y Doctor en Filosofía. Profesor Adjunto de Bioética de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Otros datos biográficos, ver REMUC 10/92, p. 83.

El profesor Jérôme Lejeune, doctor en Medicina, doctor en ciencias, pediatra y genetista, doctor *Scientiae et Honoris Causa* de nuestra Universidad, encarnó en su vida una síntesis de humanidad y de ciencia difícil de igualar.

Si en términos genéricos es dable decir de todo hombre, que no existe testimonio de amor más grande que el de dar la vida por sus amigos, de un médico no se puede expresar elogio más profundo que el de decir con verdad que dio su vida por sus pacientes. Esto es, de hecho, el testimonio que el doctor Lejeune dio en cada uno de los campos en los que le correspondió manifestar su preocupación por sus pacientes y por aquellos cuya vida se encontraba amenazada en razón de su vulnerabilidad. Ya sea en el hospital, el laboratorio, la cátedra, la academia, y aun en los tribunales, los medios de comunicación y el parlamento, Jérôme Lejeune defendió con valentía, coherencia, ingenio, caridad y claridad la dignidad inviolable del ser humano desde los primeros instantes de su existencia, y cualesquiera fuesen las condiciones de enfermedad o minusvalía.

De entre los muchos puntos que podrían destacarse, y que dan testimonio de la integración entre ética, ciencia y Medicina, a las que el doctor Lejeune aspiró y en tan alto grado realizó, deben considerarse al menos los siguientes: su defensa de la dignidad eminente del ser humano desde la concepción y la salvaguardia del embrión humano de toda manipulación maliciosa desde sus más incipientes etapas del desarrollo; su preocupación por contribuir a atenuar el flagelo del aborto provocado; su esfuerzo por proteger al minusválido de toda injusta amenaza y su desvelo por ayudar a estos enfermos desde la clínica y el laboratorio; su interés para que el progreso de la ciencia y de la técnica en el campo de la procreación no degenerara en una intromisión indebida en el nobilísimo ámbito del amor y de la sexualidad humana.

EL EMBRION HUMANO Y SU DIGNIDAD

Jérôme Lejeune sostuvo con competencia y convicción que el progreso en el conocimiento biológico humano en el último siglo, y en particular en el campo de la genética, mostraba, más allá de toda duda posible, que el proceso de la fecundación daba origen a una nueva vida humana, y en cuanto tal merecedora del mismo respeto que se le debe a todo individuo perteneciente a nuestra especie. En el año 1989, declarando frente a un tribunal en los Estados Unidos de Norteamérica, en un juicio en el que el Dr. Lejeune apoyaba a una madre que quería recuperar siete embriones que se encontraban congelados, el abogado de la parte contraria lo instaba a pronunciarse categóricamente acerca de si el cigoto debía ser tratado con el mismo respeto que el debido a un ser humano adulto. El profesor Lejeune respondía: "...Le estoy diciendo que es un ser humano, y al juez le corresponde decir si este ser humano tiene los mismos derechos de los demás. Si se establece una diferencia entre seres humanos, hay que aportar las razones de por qué se establece esta diferencia. Pero si usted me pregunta, como genetista, si ese ser es humano, le diría que, puesto que es un ser y es humano, es un ser humano"¹.

Lejeune, apoyado en los datos aportados por la biología molecular, la genética y la biología del desarrollo, sostenía que el hecho de que en la nueva información genética contenida en el cigoto se encontraran en cierto sentido prefigurados todos los caracteres del adulto, permitía afirmar que el huevo fecundado, con su información genética constituida, es ya un ser humano con todas sus potencialidades. Esto no quería decir que la esencia de la humanidad se encontrara en el material genético, ni mucho menos en el solo núcleo del cigoto. Si hubiese que ha-

¹ Lejeune, J. "¿Qué es el embrión humano?", Rialp (Madrid), 1993, p. 76.

cer una analogía con los artefactos de la técnica, Lejeune pensaba que debía compararse al cigoto con una grabadora magnetofónica, en la que la cinta o casete sería el material genético, y el aparato grabador equivaldría a la maquinaria celular². Con todo lo importante que parece ser el material genético no por eso debe ser sobrevalorado.

Frente a la cada vez más frecuente utilización de la expresión de pre-embrión para referirse al producto de la concepción entre la fecundación y la aparición del primordio, de lo que será el sistema nervioso –es decir, en torno a los doce días de vida–, Lejeune hizo manifiesta la impropiedad tanto científica como semántica de la utilización de ese término. Con esta expresión diversos autores han sostenido que expresarían el hecho que en las primeras etapas del desarrollo del *conceptus* se encontrarían sólo células indiferenciadas y que por lo tanto no sería posible hablar aún de verdadera vida humana³.

Lejeune hace notar que cuando el biólogo se refiere a una célula diferenciada, lo que quiere expresar es que ella es diferenciable del resto de las células del tejido o del organismo en base a sus características propias. Ahora bien, no hay otra célula en toda la vida del organismo que tenga la originalidad de la célula cigoto o de las células del embrión temprano. Estas son las únicas células que no sólo contienen la información no bloqueada para el plan de desarrollo general del organismo como un todo, sino que son ellas mismas las que además ponen en marcha y determinan las líneas de desarrollo por donde ese plan se deberá ejecutar⁴. No existirían por lo tanto células más altamente singulares y especializadas que la célula cigoto y las células del embrión temprano. Con el transcurso del desarrollo las células posteriores pierden la capacidad de expresar toda la información que poseen, de modo que –como expresaba Lejeune– en genética las células con el tiempo en lugar de aprender, olvidan.

Esto que Lejeune expresa de modo admirable para el caso del embrión humano es lo que ya otros biólogos célebres han expresado en relación a otras características humanas. En el ser humano la especialización según como se la mire puede representar tanto una perfección como una indigencia. Es porque la mano humana no es ni garra, ni aleta, ni pezuña, que es capaz de transformarse en cualquiera de ellas; y es porque las conductas no se encuentran en el ser humano rígidamente determinadas por instintos que es posible para el animal racional aspirar a un comportamiento libre.

Citando el viejo diccionario «Larousse» de su abuelo, Lejeune precisaba –desde el punto de vista semántico– que el término embrión expresa: 'la forma del ser más joven que existe', en este contexto: ¿Qué podría querer significar la expresión pre-embrión? ¿Acaso los gametos previamente al instante de la fecundación? Ese término arguye el genetista, con fuerza, no puede querer decir nada y ha sido inventado para hacer creer que había una diferencia entre pre-embrión y embrión. En la investigación científica, insistía Lejeune, es imperioso escoger "si queremos presentar la ciencia como camino que desemboca en la desesperación y el odio, en la eliminación de los débiles y de los enfermos; o si, por el contrario, queremos que sea prenda de esperanza y amor, protección de los niños y victoria sobre las enfermedades"⁵.

En el año 1989, interrogado acerca de si era partidario del aborto, el doctor Jérôme Lejeune respondía de un modo que resume su vida: "No me agrada matar a nadie... Soy médico francés y he prestado el juramento hipocrático. Cuatrocientos años antes de Cristo, Hipócrates juró: 'no daré veneno ni procuraré medios abortivos'. Y esto es muy interesante para nosotros los médicos, porque, en una época en la que la esclavitud era legal, en una época en la que el padre de familia podría matar a un niño al nacer o incluso después, estableció los fundamentos de la Medicina prohibiendo a los nuevos médicos dar veneno o practicar abortos. Esto significa que, independientemente del tamaño del paciente, un paciente es un paciente. Este es el juramento hipocrático"⁶.

El doctor Lejeune, además de los muchos reconocimientos y satisfacciones que experimentó en su vida, sufrió en carne propia ataques, calumnias y arbitrariedades tanto en su propia pa-

² Lejeune, J. "Una reflexión ética sobre la medicina prenatal". In: Polaino-Lorente A. "Manual de Bioética General". Rialp (Madrid) 1994, pp. 262-267.

³ Cf. el testimonio del jurista John A. Robertson, miembro del Comité de Ética de la "American Fertility Society", en el juicio ya aludido. En: Lejeune, J. (1993), pp. 181-184.

⁴ El profesor Lejeune apoyaba estas afirmaciones en los recientes descubrimientos relativos al "imprinting" del genoma cigótico por parte del padre y de la madre, uno de cuyos mecanismos sería la metilación de la citosina en el ADN gamético. Cf. Hoffman, M. "How parents make their mark on genes", Science 252: 1250-1251 (1991).

⁵ Lejeune, J. et al. "Dejadlos vivir", Rialp (Madrid), 1980, pp. 43-44

⁶ Lejeune, J. (1993), p. 65.

tria como en el exterior, a causa de las ideas que defendió; contrariedades sobre las cuales no era amigo de comentar, y que supo vencer con las sobresalientes cualidades humanas y cristianas

que lo caracterizaban. La historia sabrá hacer resaltar en este médico ilustre las cualidades que muchos de sus contemporáneos no supieron o no supimos observar.

Jérôme Lejeune. Perfil científico

Dr. Manuel Santos A.

Título de Médico-Cirujano en la U. de Chile. Doctor en Ciencias Biológicas de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Estudios de posgrado en Francia y EE.UU.

El Profesor Lejeune recibe su grado de Doctor en Medicina en París en 1951 y posteriormente su Doctorado en Ciencias Naturales en 1961. Ya en 1950 inicia sus actividades de investigación en el CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique), donde llegar a ser Director en 1964. Desde esa fecha y hasta su retiro en 1992 es Profesor de la Cátedra de Genética Fundamental de la Facultad de Medicina de la Universidad de París. En 1965 ocupa el cargo de Jefe de Servicio de Genética del Hospital des Enfants Malades de París. En 1968 crea el Institut de Progenese de París, con la finalidad de dedicarlo al estudio de las causas de la Debilidad Mental.

Comienza su carrera científica en 1952, afiliado al CNRS en el Servicio del Prof. Raymond Turpin en el Hospital St. Louis. Luego de pasar un breve período en el Hospital Trousseau, continúa su carrera en el Hospital Necker-Enfants Malades y simultáneamente en el Institut de Progenese, en calidad de Director Ejecutivo.

Desde sus comienzos su carrera se orienta hacia la Genética Humana y se concentra particularmente en el estudio de la enfermedad conocida como Síndrome de Down o "Mongolismo".

Un primer enfoque lo conduce a la descripción de anomalías de las huellas digitales palmares, los dermatoglifos (1953) y a la demostración del rol genético en el origen de estas estructuras epidérmicas, al analizar su variación entre los primates (1954).

Desde 1955 a 1958 sus publicaciones se refieren sobre todo al efecto de las radiaciones ionizantes en el hombre y a modelos estadísticos aplicados a la biología.

Entre 1957 y 1958 realiza los primeros ensayos de cultivo de células humanas para analizar sus cromosomas en colaboración con la Dra. Martha Gautier.

En septiembre de 1958, en la Universidad de McGill de Montreal (Canadá), expone la hipótesis de causalidad cromosómica en el origen del "Mongolismo".

El 20 de enero de 1959 comunica a la Academia de Ciencias de París su célebre hallazgo de

la existencia de un cromosoma supernumerario en el Síndrome de Down, lo que posteriormente es ratificado el 16 de marzo de 1959 mediante una segunda comunicación. Esta demostración fue rápidamente confirmada por otros investigadores extranjeros.

El conjunto de estos trabajos son objeto de su Tesis Doctoral en Ciencias Naturales en 1961.

A la descripción de la primera alteración cromosómica humana siguieron sus descubrimientos de otros síndromes cromosómicos nuevos. Entre ellos destacan: la descripción del primer caso de translocación conocida en el hombre tipo D/G (1959) y tipo D/D (1960); la descripción del síndrome Cri du Chat ("maullido de gato") debida a una delección (pérdida) del brazo corto del cromosoma 5 en 1963 (correspondiendo al primer ejemplo de pérdida de un segmento cromosómico asociado a una patología reconocible clínicamente); la descripción de la "Contrapartida" del síndrome Cri du Chat, es decir, una triplicación del brazo corto de cromosoma 5 (1964).

A continuación de esta descripción de enfermedades y sus "contrapartidas" por exceso (trisomía) y por déficit (monosomía), descubre la monosomía parcial del cromosoma 21 (1964) e individualiza el Síndrome 18q- en 1966.

Luego, con la colaboración de la Dra. Marie-Odille Rethoré, quien se convirtiera en su gran y permanente colaboradora, describe otra serie de alteraciones cromosómicas tales como: las trisomías 8 en mosaico, y las trisomías parciales 9p, 8q, 8q-, 4p, entre otras.

Además, el análisis cromosómico le permite realizar un estudio sistemático de algunas neoplasias, lo que le conduce a la definición del concepto de evolución clonal del cariotipo (1963-1966).

Entre 1966 y 1969 se preocupa de los mecanismos de replicación del DNA de los cromosomas y logra describir dos fenómenos nuevos: la endoreduplicación selectiva de DNA (1966-1969) y el mecanismo de replicación del DNA mediante estructuras circulares (1968).

El descubrimiento de nuevas técnicas de tinción de los cromosomas por denaturación térmica y enzimática, en colaboración con el Dr. B. Dutrillaux, le permite realizar un análisis fino de los cromosomas. La comparación de cariotipos de primates (orangután, gorila y chimpancé) con el del hombre lo llevó a la demostración de cambios cromosómicos o mutaciones específicas tales como la fusión entre dos cromosomas de los primates para formar el cromosoma 2 humano. La extensión de estos trabajos condujo a una nueva concepción de los mecanismos de especiación, basado en una evolución cromosómica, más allá del neodarwinismo clásico.

En forma paralela, encamina investigaciones bioquímicas sobre estas enfermedades cromosómicas, con el Prof. H. Jérôme, lo que condujo a la puesta en evidencia del problema metabólico de algunos aminoácidos (la vía de la kynurenina, un compuesto producido a partir del aminoácido triptófano (1960). Posteriormente, en 1974, con el Dr. Sinet y el Prof. Jérôme, describe un exceso de actividad de Superóxido Dismutasa A en los pacientes con Trisomía 21. Esto último es la primera demostración del efecto de dosaje génico: un exceso enzimático determinado por la presencia de tres genes ubicados en el cromosoma 21, como consecuencia de una trisomía. Ello permitió postular que el gen de esta enzima debía estar localizado en el cromosoma 21.

Con los mismos autores, observa una correlación entre el cociente intelectual (CI) de los enfermos y la actividad de otra enzima relacionada a la anterior, la glutación peroxidasa (1979).

Desde 1979, una reflexión sobre las enfermedades susceptibles de provocar una Debilidad Mental lo lleva a proponer una hipótesis nueva: el metabolismo de los monocarbonos podría ser el punto sensible dañado en estas afecciones.

Los monocarbonos son moléculas que contienen un átomo de Carbono y constituyen los bloques más pequeños para edificar la arquitectura cerebral: sirven para fabricar las células nerviosas, sus aislantes tipo mielina y los mediadores químicos, que son las llaves de seguridad a nivel de las conexiones nerviosas.

La primera confirmación del interés heurístico de esta hipótesis se obtuvo entre 1980-1981, mediante el estudio de una forma particular de Debilidad Mental: la fragilidad del cromosoma X (o Síndrome del X frágil). Esta es una afección genética frecuente, caracterizada por un profundo retardo mental y por la presencia de

una alteración en la estructura del cromosoma X, conocida como fragilidad del X.

Al regularizar *in vitro* el metabolismo de los monocarbonos se observó una disminución espectacular de la fragilidad del cromosoma X, hasta su completa desaparición. Dado que los precursores de los monocarbonos y su transportador natural, el ácido fólico, no son tóxicos, se iniciaron los primeros intentos terapéuticos en 1981-1982.

En este período me correspondió conocer al Profesor Lejeune. Específicamente, en 1981 fue invitado al V Congreso Latinoamericano de Genética, desarrollado en Viña del Mar. Allí el Profesor Lejeune asistió a todas las presentaciones que hacíamos los genetistas latinoamericanos, cuyo nivel le interesaba evaluar en forma particular. Luego de una breve y crítica conversación respecto a mi ponencia, gentilmente me invitó a realizar una estadía en su laboratorio de París. En 1982, ya instalado temporalmente en su servicio, me correspondió vivir la interesante experiencia de evaluar pacientes afectados con el Síndrome del X frágil y los resultados, ya entonces alentadores, que estos pacientes presentaban cuando recibían el tratamiento medicamentoso diseñado por el Profesor Lejeune. La fragilidad del cromosoma X no sólo era revertida *in vitro* sino también *in vivo*, es decir en los pacientes mismos, y además producía la mejoría, a veces, notable del estado mental de estos pacientes.

En 1986, con su colaboradora, la Dra. Marie Peeters, estudia la sensibilidad especial que presentan los niños trisómicos 21 al Metotrexato, que es una droga utilizada en el tratamiento de leucemias (que, a su vez, son más frecuentes en estos niños). Posteriormente, demuestran cuantitativamente *in vitro* el efecto tóxico de este medicamento en cultivos de linfocitos.

Este descubrimiento confirmó la importancia del metabolismo de los monocarbonos y permitió la puesta a punto de un método de investigación actualmente en pleno desarrollo. Al agregar inhibidores de este metabolismo, es posible descifrar *in vitro* anomalías químicas ocultas. También es posible probar *in vitro* diversos medicamentos posibles, sin someter a riesgos o molestias a los pacientes.

En resumen, desde el descubrimiento de la primera enfermedad cromosómica humana (la Trisomía 21) a la primera posibilidad de tratar una enfermedad cromosómica (la fragilidad del cromosoma X) estos trabajos han contribuido a fundar una nueva disciplina, la patología mental ligada a las enfermedades cromosó-

micas, y a dirigir su aplicación hacia el arte de sanar.

El Profesor Lejeune durante su quehacer científico logró publicar más de 500 artículos científicos y examinar más de 7.000 casos de pacientes que sufren de Debilidad Mental e informar más de 30.500 exámenes cromosómicos. Su carrera académica se vio reconocida con una serie de premios y distinciones.

Entre los **premios** recibidos destacan:

- Diploma Znanie, Moscú, 1968.
- The William Allen Memorial Award, San Francisco, 1969.
- Grand Prix Scientifique de la Ville de París, 1971.
- Prix Jean Toy, Academia de Ciencias de París, 1961.
- Médaille d'Argent de la Recherche Scientifique, 1961.
- The Kennedy Award, Washington, 1962.
- Prix Jav, Academia de Ciencias de París, 1983.
- Prix Antonio Feltrinelli, Academia Nazionale dei Lincei (Roma), 1984.
- The ARC Award (Association for Retarded Citizens of the U.S.A.) (Reno), 1985.
- Prix Griffuel, París, 1993.

Además fue **miembro de diversas organizaciones**, entre las que destacan:

- Miembro de la Royal Society of Medicine (Londres), 1964.
- Miembro de la American Academy of Arts and Sciences (Boston), 1968.
- Miembro de la Real Academia de Ciencias de Suecia (Estocolmo), 1978.
- Miembro de la Academia Nacional de Medicina (Buenos Aires), 1981.
- Miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas (París), 1981.
- Miembro de la Academia Nazionale dei Lincei (Roma), 1982.
- Médaille de l'Université de Siege, 1957.
- Oficial de la Orden al Mérito, 1965.
- Chevalier des Palmes Academiques, 1978.

Recibió **grados honoríficos de diversas universidades**, entre ellas:

- Doctor *Honoris Causa*, Universidad de Düsseldorf, Alemania, 1973.
- Doctor *Honoris Causa*, Universidad de Buenos Aires, Argentina, 1981.
- Doctor *Honoris Causa*, Universidad de Navarra, España, 1981.
- Profesor Honorario, Universidad de Chile, 1981.
- Doctor *Scientae & Honoris Causa*, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1991.

Además, el Profesor Lejeune fue **socio** de innumerables **sociedades científicas**, entre ellas:

- Sociedad Francesa de Genética, 1964.
- Sociedad Francesa de Terapéutica, 1967.
- Sociedad Internacional de Biometría, 1958.
- Sociedad Real Belga de Ginecología y Obstetricia, 1962.
- American Society of Human Genetics, 1962.
- Federación Mundial de Neurología, 1965.
- Sociedad Francesa de Biología, 1970.
- Sociedad Francesa de Biología Clínica, 1972.
- Sociedad de Genética de Japón, 1981.

El Profesor Lejeune cumplió importantes **funciones internacionales**:

- OMS : Experto en Genética Humana, 1962.
- ONU : Experto francés en el Comité Científico de Naciones Unidas sobre los efectos de las radiaciones atómicas, 1964.

Y finalmente cumplió además con destacadas **misiones y testimonios científicos**:

- Ante la Comisión de separación de los poderes del Senado Americano, Washington, 1976 a 1981.
- Ante la Comisión de la Asamblea Nacional Francesa, París, 1973.
- Ante la Comisión de Población del Parlamento Austríaco, Viena, 1976.
- Ante la Comisión Real de Nueva Zelanda, Aucland, 1975.
- Ante el Jefe del Estado Soviético (Presidente Brezhnev), Moscú, 1981.

Homenaje del Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile

Dr. Juan de Dios Vial C.

Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Presidente de la Asociación Internacional de Escuelas de Medicina de Universidades Católicas. Presidente de la Academia Pontificia para la Vida. Otros datos biográficos, ver REMUC 9/91, p. 239

Este acto sencillo tiene un profundo significado. Jérôme Lejeune era Doctor *Honoris Causa* de esta Universidad, y nos honrábamos de contar entre los nuestros a un hombre de ciencia de tan singular relieve y distinción. Pero la causa verdadera por la que merecía de modo eminente una dignidad como ésta, era que fue Doctor, fue Maestro en iluminar el sentido y significado de la ciencia para el hombre de hoy. Esa tarea es singularmente importante, porque ya no se puede pensar que la ciencia sea una acción enteramente independiente del resto de la cultura humana, dotada de una especie de autonomía por virtud de su carácter de conocimiento objetivo y cierto. La ciencia está entretejida con todo el resto de la vida de nuestro tiempo, es condicionada por ella, y la condiciona y determina a su vez.

En primer lugar, la ciencia es una forma de dominio. Entre todas las maneras de ejercer el señorío, el dominio sobre su entorno que haya introducido el ser humano, no hay ninguna que sea tan brillante y efectiva como la ciencia, y como la técnica que está íntimamente asociada a ella. Basta pensar en el manejo de variadas formas de energía; en la transmisión de mensajes, en la comunicación y la informática. Asimismo, la Bioquímica, la Biología Molecular y la Ingeniería Genética han transformado la relación del hombre con la naturaleza, y también la relación de los hombres entre sí. Todo, en el campo de la tecnociencia invita a perfeccionar, ampliar y profundizar ese dominio.

Sin embargo es evidente que el hombre de hoy se siente también como capturado, condicionado por esta misma obra suya. Esta obra ha llegado a ser normativa para él. Este instrumento suyo de dominio lo mueve, lo induce, lo tienta a pensar que todo aquello que le es posible, es al mismo tiempo lícito. Y poco a poco, el hombre, creador de la tecnociencia, se transforma en su producto. La razón es que quien se aproxime a su acción en el mundo bajo el solo ángulo tecnológico y científico, termina haciendo también del ser humano un objeto y producto de la técnica.

Así, los modos de pensar y de sentir son determinados por la acción de las comunicaciones sociales tecnificadas. La intimidad humana es invadida y conformada por la farmacología. Las relaciones de grupo son modeladas por las técnicas sociales. La vida y la muerte de los seres humanos son manejadas como objetos entre objetos. Hasta la felicidad llega a ser una materia elaborable.

Estos rasgos que esbozo de modo muy simplista, emergen, sin embargo, de continuo en la vida contemporánea, e inducen la aparición de una conciencia inquieta en quien ya no sabe si es amo o esclavo.

Frecuente es que se busque el alivio de esta disyuntiva, en una fuga de la que la época contemporánea nos ofrece tantos y tan trágicos ejemplos. Pero todo eso es recurrir a la mentira y postergar el inevitable enfrentamiento del problema.

Es necesario ir más al fondo y *entender que el hombre, creador y dueño, es fundamentalmente creatura*, y que es precisamente esa condición de dependencia la que lo hace libre frente a las obras de sus manos o de su mente.

Jérôme Lejeune fue uno de esos hombres que entendieron que en su dependencia de Dios radicaba su libertad. Fue tan efectivo y original como el que más en su trabajo científico, pero cualquiera que lo oía o que se ponía en contacto con él, podía ver que en su actitud alegre, confiada, sencilla, él hacía de su vida y sus descubrimientos como una ofrenda a Dios que le daba el lograrlos. Y era aparente que él comprendía de modo cabal la inmensa responsabilidad del que con su ciencia modifica al mundo, la responsabilidad de modificarlo sin destruirlo, sin deformarlo, sin quebrar su naturaleza, como quien cuida de bienes ajenos. Al pensar en Lejeune, viene espontáneamente a la mente la imagen del libro del Génesis, del primer hombre puesto en el jardín de delicias, para que lo trabajara y lo cuidara. La vida de un hombre como Lejeune muestra que esta actitud que es necesaria, es posible; que esta actitud que es obligatoria, es fecunda.

Pero la ciencia no es básicamente una forma de dominio. Llega a serlo, sólo porque es una forma de aproximación a la verdad de las cosas. Si las puedo usar, si las puedo modificar, es porque puedo predecir su comportamiento, aun bajo condiciones enteramente inéditas. Y si puedo predecir su comportamiento, es sencillamente porque sé algo sobre ellas, porque he desvelado algo de ellas, de su ser, lo he hecho patente; porque he adquirido algún grado de seguridad sobre ellas, porque he penetrado su modalidad de existir. Ese conocimiento es participación en el ser, antes de ser manejo de los entes. El carece completamente de sentido y consistencia si la realidad no tiene también una consistencia propia, distinta de la mía, por mucho que yo participe de ella al conocerla. La más precisa y perfecta de las formulaciones no vale nada como teoría científica si es que las cosas que intenta describir no se comportan de acuerdo a ella. *El verdadero misterio de la ciencia es que las cosas parecen llevar inscritas en su intimidad la misma ley que el espíritu del científico formula.* Ese es verdaderamente uno de los más profundos y desconcertantes misterios que se despliegan ante el ser humano. Creo que era Einstein quien decía que lo más incomprensible que tiene el universo es precisamente que él sea comprensible. Y yo creo que la pista para acercarse a este misterio radica en comprender que nuestro conocimiento no es como una fotografía de las apariencias de la realidad sensible, sino una verdadera participación en su ser. Hoy día cuando está de baja la objetividad postulada por el positivismo, estamos circundados por las tentaciones de negarle consistencia a la realidad exterior, de transformarla en algo que surge de acuerdo a las condiciones del observador y que carece la estructura interna. La crisis del momento es la crisis del ser de las cosas, la tentación de reducirlo a una simple apariencia.

Y sin embargo las ciencias nos hablan en otro lenguaje, al menos si se las escucha en su sentido obvio y sencillo. Tenemos conocimientos verdaderos en cuanto sabemos del comportamiento de la realidad. Antes de ser un instrumento de dominio, la ciencia es un testigo del ser. Y si ese testimonio no es aceptado, si se prefieren explicaciones que disuelven la consistencia de la realidad, ello es principalmente porque la aceptación de la verdad sobre el ser requiere de un acto de humildad, *desde luego de saberse una creatura entre las creaturas.* Esa humildad es difícil, aun para el que cultiva la ciencia, y que sabe de partida que por ser lo que es, ella está marcada por la inseguridad y el error, como cualquier forma de conocimiento humano y que

debe aceptar esto como parte normal de su ejercicio.

La paradoja es que los hombres que se sienten hoy seguros de poseer más verdades sobre más cosas que nunca en su historia, desconfían de la verdad, del sentido global de lo que hacen. Y si ese sentido, esa verdad no están presentes al menos como impulso y horizonte, las verdades particulares no tienen consistencia. Existen verdades, porque existe la verdad, la realidad en su dimensión inteligible. La verdad es un atributo del ser de las cosas. Lejeune fue un hombre particularmente dedicado a hacer valer esta condición de que en la verdad se hace manifiesto el ser, y por lo tanto se hace próximo el autor del ser. La indudable reticencia a aceptar las exigencias de la verdad que se halla tan fuertemente difundida, es también una consecuencia de esa resistencia instintiva que afecta desde siempre al hombre pero que es más fuerte en nuestro siglo, frente al encuentro, grávido de consecuencias, con Aquel que llama a la existencia tanto a lo buscado como a aquel que busca. Lejeune, por ser un enamorado de la verdad, no quiso nunca reducir los caminos hacia ella e imaginarse que el único válido era aquel que cultivó con éxito tan notorio y llamativo. Justamente porque se aproximó lealmente a un aspecto del ser fue capaz de sentir la sed de él en su conjunto, y buscarlo en el pensamiento filosófico y teológico, así como buscaba a su Autor en la oración. Su vida es una muestra de fidelidad integral a la condición humana en su búsqueda de la verdad global.

La verdad como expresión del ser de las cosas, es la huella del creador. Junto a ella resplandece la belleza de la creación, y desde ella se ejerce el inmenso atractivo del bien sobre el espíritu humano. Esa virtud de iluminar y de atraer es también compartida por la verdad en la ciencia, porque ella también habla del ser de las cosas. Nadie que lo haya escuchado o visto podrá nunca olvidar la forma directa y afable en que Lejeune transmitía el mensaje simple y arrebatador de que la creación, en el designio de Dios, es buena y hermosa, y de que la ciencia, rectamente entendida y abrazada, es un camino de plenitud. Y tampoco podrá olvidar su apasionada convicción de que es el pecado del hombre el que borra de su espíritu la aceptación de los planes de Dios, y le lleva a renegar de la creación entregada a su cuidado. A través de la elegancia de su palabra fluía esa belleza que no es un adorno prescindible sino el rostro mismo de la verdad. Y ese hombre, deslumbrado por la realidad, la hermosura y la bondad de la vida, mereció el nombre que alguien le dio de "cantor de la vida".

El paso de un hombre como Lejeune por este mundo, es un intento de restituirle en plenitud a la ciencia su peculiar dignidad de acceso a la verdad. Tuvo que ser entonces una existencia dramática, marcada por la contradicción y por la lucha, signos del testigo. Porque la existencia humana se entiende no desde sí misma, sino desde el misterio de la encarnación. La acción humana debería ser como un reflejo de la luz in-creada, y no sería una exageración decir que la luz que viene de la ciencia es parte de ese reflejo. Su distorsión y oscurecimiento por las pasiones humanas y por el pecado son también como una imagen atenuada del rechazo de la Luz que venfa a este mundo y a la que no aceptaron los hombres porque sus obras eran malas. Si se quiere usar de la ciencia para el dominio y el placer, se está rechazando a Dios que se

manifiesta en sus obras. Fuimos testigos lejanos, y a veces más cercanos, de la rabiosa incomprensión, del rechazo de que se hacía objeto a este hombre talentoso y bueno, simplemente porque no transigfa en la defensa de la vida y en la proclamación de su recto valor. No se puede ser testigo del Evangelio sin cargar con la Cruz, y Lejeune no fue ciertamente excepción. Al hacerlo, selló con su personalísimo sacrificio la verdad de lo que defendía, y de modo fuerte pero manso puso en evidencia las malas obras de los hombres que en el difícil terreno de la biología de la reproducción humana llegan a oscurecer la luminosa creación de Dios. Lejeune aceptó la Cruz y nos dejó a todos un testimonio perdurable para que sepamos vivir nuestra ciencia como cristianos, y hacer de su ejercicio un canto a la gloria de Dios.

Rechazo a los experimentos de clonación en embriones humanos*

Dr. Wolfgang Frühwald

*Presidente de la Sociedad de
Investigación Alemana*

En relación a los experimentos de clonación en embriones humanos, el presidente de la Sociedad Alemana de Investigación (Deutsche Forschungsgemeinschaft), Prof. Dr. Wolfgang Frühwald, entregó la siguiente declaración:

Los experimentos de clonación de embriones humanos, realizados y publicados por la Universidad George Washington, de Washington, D.C., son rechazados vigorosamente por la Sociedad Alemana de Investigación. Ellos no son justificables moralmente y, por lo tanto, desechables, ya que violan la dignidad humana. Desde el punto de vista científico, los resultados de dichas experiencias no son ni sorprendentes ni de importancia, ya que la separación de células embrionarias, desde hace años, es una técnica confiable en la crianza de animales de utilidad. La Sociedad de Investigación Alemana no ve potencialmente ninguna re-

percusión científica positiva**, que pudiese justificar la continuación de tales experimentos.

En Alemania, tales experiencias son prohibidas bajo pena de multa, por la ley de protección de embriones.

Hay que acentuar que en estas investigaciones de reproducción biológica, realizadas en los Estados Unidos, no se trata de una técnica de acción sobre genes, ya que no se modifica el material genético de las células embrionarias humanas.

Los científicos y médicos alemanes, hace años y mediante una resolución, ya se habían pronunciado en contra de la realización de estos experimentos.

La Sociedad de Investigación Alemana dirige un llamado a las Sociedades de Científicos y de Médicos, para abogar mundialmente por la proscripción de tales experiencias.

* Publicado en *Forschung Mitteilungen der DFG* 4893, p. 29.

** Y aunque se vislumbrara, igualmente sería contraria a la Bioética (nota del Editor).



Celebración de la Festividad del
Sagrado Corazón de Jesús,
Patrono de la Pontificia
Universidad Católica de Chile
(10 de junio de 1994)

Homilía del Gran Canciller y Arzobispo de Santiago

Monseñor Carlos Oviedo C.

*Cardenal Arzobispo de Santiago y Gran Canciller de la Pontificia
Universidad Católica de Chile. Otros datos biográficos, ver REMUC 9/91, p. 25*



1. Nos reúne hoy día la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, la fiesta patronal de nuestra Universidad. Celebramos el amor de Dios, cuya expresión tan cercana a nosotros es el Corazón de Cristo, traspasado por una lanza, como recuerda el Evangelio que leímos (Jn 19, 34). Y el amor que Jesús nos tiene, debe encontrar en nosotros una respuesta igual de amor. Esta es una fiesta del encuentro del Señor con nosotros y de nosotros con El.

2. Para nuestra Universidad nos recuerda esta expresión de amor que ella debe estar al servicio desinteresado a la persona, a su formación y

desarrollo, para que se realice aquello de que la verdad nos haga libres (cfr. Jn 8, 32). Es un servicio que, con humildad y paciencia, se hacen mutuamente todos los miembros de la comunidad universitaria: los profesores entre sí, mediante el estudio y la investigación sincera de la verdad a través de las distintas disciplinas, cada una de las cuales revela una dimensión particular del misterio de la creación y del Creador; los profesores ante sus alumnos, ayudándolos a que ellos mismos vayan formando su conciencia, con disciplina y rigor intelectual y moral, para que puedan servir a la sociedad en su

futuro ejercicio profesional responsable y asuman con creatividad la solución de los problemas y el futuro del país; los estudiantes entre sí, mediante el acompañamiento cotidiano o de esta hermosa etapa de sus vidas en que discernen su vocación y se preparan para tomar las decisiones más importantes que construyen su propio futuro; el personal administrativo y auxiliares, que hacen posible el buen funcionamiento de las tareas universitarias. Cada uno en su instancia, y todos en conjunto, dan vida a la comunidad universitaria, la ayudan a crecer interiormente en la verdad y en la caridad y la proyectan hacia el país en una constante actitud de servicio.

3. Por este servicio que vive nuestra Universidad, la primera actitud hoy día es de acción de gracias al Señor, porque nada de esta inmensa tarea cultural y educativa sería posible si no fuera por la presencia y ayuda constante del Espíritu Santo que ilumina nuestras conciencias, fortalece nuestras debilidades y anima la caridad para un renovado servicio entre las personas que integramos esta comunidad. El Espíritu Santo nos invita a tener esta actitud agradecida ante la vida y a comprender que es El quien dirige nuestro caminar y nos orienta hacia su destino. En medio de una cultura del subjetivismo es fácil desarrollar una autoimagen muy alta de uno mismo por la importancia y el prestigio social de la actividad académica. Por eso, hoy estamos invitados a reconocer con humildad nuestra condición y a comprender que sin la asistencia del Espíritu, que El mismo es la Verdad, serían vanos todos nuestros esfuerzos. Es la propia Verdad la que atrae nuestro entendimiento y fascina a nuestros espíritus para buscarla y encontrarla. Como predicaba San Pablo en el Areópago: "El Dios que hizo el mundo y todas las cosas... no está lejos de nosotros, porque en El vivimos, nos movemos y existimos..." (Hech 17, 24 y 27-28).

4. El Santo Padre ha dicho, recientemente, que el hombre moderno tiene nostalgia de Dios y que una manera segura de salir al encuentro de este deseo es mostrar que el centro de la persona es el corazón, en su sentido bíblico. Esta festividad del Sagrado Corazón de Jesús nos recuerda esta verdad. En el Corazón de Cristo contemplamos la naturaleza misma de Dios persona, que nos creó a su imagen y que nos llama a descubrir en cada corazón humano la dignidad de ser hijos de Dios. Y el "corazón es el lugar natural de la verdad", como decía Pascal. Este pensamiento anima la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, al señalarnos

que las universidades católicas han nacido del corazón de la Iglesia y que su vocación más honda es el gozo en la verdad, en buscarla, descubrirla y comunicarla (*E.C.E.* 1). Así nació también nuestra Universidad, por un acto del Arzobispo de Santiago, don Mariano Casanova. Hay una vinculación indestructible entre la verdad y el corazón, puesto que es la verdad la que despierta las luces de nuestro entendimiento y fortalece nuestra vitalidad, como sucedió a los discípulos de Emaús cuando "su corazón ardía" mientras el Señor les explicaba las Escrituras (cf. Lc 24, 32). Que este mismo ardor sea el que nos despierte la inteligencia, la voluntad y la sensibilidad y nos ponga en movimiento para anunciar a todos los que viven en esta casa y frecuentan sus aulas. En nosotros late el Espíritu de Cristo que nos ha sido dado y que llama "Padre" a Dios (cf. Gál 4, 6), y que en la víspera de su Pasión suplicaba al Padre que "el amor con que Tú me has amado esté en ellos y yo en ellos" (Jn 17, 26). Identificar la Universidad cada vez más con el Corazón mismo de Cristo es la actitud más sabia que puede tener quien se ha apasionado por la búsqueda de la verdad.

5. Realicé el año pasado mi Visita pastoral a la Universidad, de la que informé hace poco al Consejo Superior. Su propósito era conocer esta misma comunidad universitaria más de cerca y personalmente y para que la misma comunidad experimentara la cercanía de su Gran Canciller y Pastor de esta Iglesia, y en esa Visita ayudar a confirmarlos en nuestra fe y animar a todos a trabajar más intensamente en la evangelización de la misma Universidad y desde ella al mundo en que vivimos; especialmente ese mundo de la cultura, de la ciencia y de todas las proyecciones humanas que tiene nuestra Universidad. Como obra de Iglesia, la Universidad está llamada a participar activamente en la evangelización y llevarla a la cultura en que estamos. Esta fue una de las prioridades que fijara la Conferencia de Santo Domingo en 1992. Nuestra Universidad está llamada a tener un puesto destacado en esta misión, si ella es capaz de vitalizar o transformar la fe de cada uno de sus miembros, con un estilo de vida y trabajo donde brille la verdad sobre la persona humana y se desarrolle una actitud de servicio a la sociedad en dimensión evangélica. Mi visión de nuestra Universidad, después de la Visita pastoral, es optimista y confiada. Contamos con los elementos y recursos humanos para asumir este compromiso en la Nueva Evangelización. Tenemos sí que decidimos y comprometernos en esta respuesta de amor a Dios.

6. Solicito igualmente a nuestra Universidad

su activa participación en el IX Sínodo de Santiago, al que he convocado el día de Pentecostés. Queremos que todos juntos, como Iglesia, podamos ver nuestra realidad cristiana actual y desde ella mirar el futuro y saber así responder a lo que Dios quiere de nuestra Iglesia, lo que Dios quiere de nosotros para servir este mundo en que estamos y que debemos entregarle el don del Evangelio.

7. Como tarea especial me permito destacar el desafío de la educación cristiana de la juventud. En mi Visita pastoral, junto a tantas y valiosas iniciativas y realizaciones pastorales en todos los estamentos y reconociendo la gran disposición de tantos miembros de nuestra comunidad, encontré también desorientación, ignorancia religiosa, debilidad y hasta ausencia de conciencia moral y un cierto sentimiento de soledad e incomunicación entre los más jóvenes. Aunque la docencia no es la única tarea de la Universidad, ella tiene particular importancia como medio de dirigirse de modo directo e inmediato a las personas, a cada una, quienes esperan no sólo el contenido de una asignatura sino también espíritu de verdad, conciencia moral y también una respuesta a esa nostalgia de Dios, de que hablaba el Papa. Los académicos son formadores de estas nuevas generaciones y en los jóvenes vemos la sociedad, la universidad y la Iglesia del mañana. Si no somos capaces de integrarlos a esta "causa de la verdad", ponemos en peligro el futuro de esta obra y tendríamos que interrogarnos por qué no somos capaces de estimularlos, acompañarlos y mirar con ellos el futuro. Sólo una humilde y permanente reflexión, camino de conversión de nosotros mismos, podrá permitirnos ser un testimonio más auténtico y transparente frente a los jóvenes y a toda la comunidad universitaria.

8. Como anuncié el año pasado, en el segundo semestre de este año se llevará a efecto el proceso de búsqueda y designación de quien desempeñará la Rectoría de nuestra Universidad en el próximo período. He dicho que esta es una tarea de todos, porque esto importa a todos en la comunidad universitaria. Por esto se conformará un Comité de Búsqueda, cuyos miembros serán elegidos en los días 26 y 27 de septiembre, en los términos que anunciara el año pasado, y serán completados por mi personal designación de otros miembros. El 24 de noviembre, el Comité iniciará su trabajo de consultas, en los términos ya estipulados el año pasado y se tendrá el final del proceso el 23 de enero del año próximo. Un decreto mío hará conocer en forma más detallada este proceso, para el cual desde ya pido ora-

ción para contar con la ayuda del Señor y de la Santísima Virgen María y para que todo ese período transcurra en un amplio ambiente de libertad y respeto y de búsqueda común del mayor bien para nuestra Universidad, según su propia vocación y carácter de Universidad Católica.

9. Miramos el Corazón misericordioso del Señor, traspasado por una lanza y que sufriera por nosotros. A veces se encuentra como respuesta humana un endurecimiento del corazón y hasta indiferencia y lejanía de Dios. Dije que cómo esta fiesta debe hacernos renovar una respuesta de amor de todos nosotros a Jesús. Queremos que esto ocurra especialmente en el ámbito de las familias en nuestra Universidad. La Iglesia ha acogido entusiasta el Año Internacional de la Familia. La Universidad puede hacer una inmensa contribución al servicio de la familia y de la vida. Paradójicamente, en nuestra sociedad hay amenazas serias contra la familia y la vida. Entre nosotros hay un afán por desestabilizar el matrimonio y la familia con el divorcio vincular y hasta vemos acciones en favor de legalizar el aborto. Y la próxima Conferencia de El Cairo, a nivel mundial, se presenta más demoledora todavía. No podemos permanecer ajenos a estas situaciones; lo principal por esto es buscar cómo cumplir mejor lo que Dios quiere del matrimonio y la familia y de la vida. Aquí está el desafío de la coherencia entre la libertad y la verdad que es la base de toda moral. Un signo alentador para nuestra Universidad ha sido la reciente designación que ha hecho el Santo Padre Juan Pablo II de nuestro Rector, Prof. Dr. Juan de Dios Vial Correa, como presidente de la Pontificia Academia para la Vida. El Papa, además de reconocer las cualidades que ve en su elegido, y que honran a nuestra Universidad, indica cómo la Iglesia universal espera de nuestra Iglesia particular de Santiago, una persona dispuesta a dar un testimonio público de que la familia y la vida son obras del mismo Dios y que debemos esforzarnos para promoverlas y defenderlas. Junto con alegrarnos por este reconocimiento del Santo Padre a nuestro Rector y a la Universidad, debemos acompañarlo en su tarea con nuestra oración y con el esfuerzo por investigar más profundamente y con seriedad los trascendentales temas que deberá tratar junto a los demás miembros de esa Pontificia Academia para la Vida.

10. La fiesta patronal de nuestra Universidad, centrada en el Sagrado Corazón de Jesús, tiene una ambientación de amor de Dios a nosotros y de nosotros a Dios. Creer en esta relación personal y de toda nuestra comunidad es la mejor

celebración que podemos hacer y eso lo sentirá el quehacer de toda nuestra Universidad. El mundo actual necesita este testimonio de quienes somos discípulos de Cristo y que nos llamamos y somos hijos de Dios. Así también toda la actividad universitaria, en sus más variadas ins-

tancias y en su proyección a nuestra sociedad, gozará de una gran renovación desde todos nosotros, de cada uno de nosotros. Que la Santísima Virgen María nos enseñe y ayude cómo responder con más amor al amor tan grande que nos expresa el Sagrado Corazón de Jesús.

Saludo del Prorector, Profesor
Pedro Morandé C., con motivo de la
designación del Rector de la Pontificia
Universidad Católica de Chile,
Dr. Juan de Dios Vial Correa,
como Presidente de la Pontificia
Academia para la Vida

Prof. Pedro Morandé

*Doctor en Sociología de la Universidad de Erlangen, Nürenberg. Prorector de la Pontificia
Universidad Católica de Chile. Miembro de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales*

En nombre del Honorable Consejo Superior cumplo con el grato deber, en esta solemne fiesta, de felicitar al señor Rector por su reciente nombramiento como presidente de la Pontificia Academia para la Vida y manifestarle nuestra alegría y nuestro orgullo por esta señalada distinción. Aunque es la más joven de las tres academias pontificias, tiene, por lo delicado de su encargo, una altísima responsabilidad. La vida humana es el más sagrado patrimonio que Dios ha puesto en nuestras manos, porque como Creador ha hecho al hombre a su imagen y semejanza, como Redentor ha to-

mado su carne para darle vida eterna, y como Santificador la ha escogido como templo y morada para habitar en ella. Sabemos que en el diálogo de la Iglesia con el mundo actual, el ámbito de la vida es el que presenta los desafíos más radicales, tanto por la novedad de las técnicas científicas desarrolladas en las últimas décadas como por la cotidiana tentación de utilizar este saber para reducir al ser humano a un objeto de experimentación, de producción o de explotación. Por ello, aunque esta academia tiene un fin primariamente científico, tiene también una evidente dimensión pastoral.

Nada puede ayudarnos a comprender mejor este doble carácter, que hacer una breve y reconocida evocación de su ilustre predecesor en la presidencia de esta academia, el Prof. Jérôme Lejeune, a quien distinguimos con el doctorado *Scientiae et Honoris Causa* de nuestra Casa de Estudios. Como lo mostró al mundo entero, no sólo fue un científico notable por su sabiduría y sus aportes a la investigación, sino *"un hombre para el que la defensa de la vida llegó a ser un apostolado"* —como dijo el Santo Padre en la carta dirigida al Arzobispo de París, con motivo de su fallecimiento— *"dispuesto a convertirse en un signo de contradicción, sin tener en cuenta las presiones externas ejercidas por la sociedad permisiva ni el ostracismo al que lo habían condenado"*. Como voz que clama en el desierto, abogó incansablemente por la salvación de los inocentes asesinados en el vientre de sus madres. A él perteneció la iniciativa de crear esta nueva academia pontificia, como lo reconoció

expresamente Su Santidad, una instancia de diálogo del más alto nivel científico abierta a todos los estudiosos de las ciencias de la vida, con independencia de su credo religioso, y con el solo compromiso de reconocer el valor sagrado de la vida humana, desde su concepción hasta la muerte. Por misterioso designio de la Providencia, la herencia de esta obra fundacional, e inconclusa del Prof. Lejeune, reclama ahora la colaboración de la Universidad que lo acogió como uno de sus doctores, y solicita a uno de sus más destacados académicos, que es además su cabeza, que asuma la responsabilidad de continuarla.

Junto con manifestarle nuestras más cordiales felicitaciones, quisiera entonces, señor Rector, comprometer el apoyo solidario de la comunidad académica en esta tarea simultáneamente científica y apostólica que el Santo Padre le ha encomendado, y cuyo único honor, como el de todos los encargos en la Iglesia, es la gloria de Dios y el servicio a los hombres.



Dr. Juan de Dios Vial Correa, Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

“Las personas minusválidas en
la sociedad”.

Séptima Conferencia Internacional

Documentos seleccionados

(Ciudad del Vaticano, 19 al 21 de noviembre de 1992)

Las personas minusválidas tienen el derecho de ser acogidas en la sociedad y de ser protagonistas auténticas de su existencia

S.S. Papa Juan Pablo II



1. Me complace poder dirigir también este año mi saludo a los participantes en la Conferencia Internacional, promovida y preparada por el Pontificio Consejo para la Pastoral de los Agentes Sanitarios, sobre el tema, "Vuestros miembros son el Cuerpo de Cristo. Los minusválidos en la sociedad".

Esta cita anual de reflexión y de estudio, al mismo tiempo que suscita un creciente interés en los diversos medios sociales, se propone como ocasión de encuentro para un fructífero intercambio de experiencias entre personas dedicadas a la búsqueda de los medios adecuados

para la solución de los problemas más graves que afligen a una gran parte del género humano.

Saludo con gratitud a los ilustres huéspedes aquí presentes, procedentes de diferentes naciones —científicos, investigadores, médicos, sociólogos, teólogos, estudiosos y agentes sanitarios—, que ofrecen el resultado de sus investigaciones y de sus experiencias, maduradas a través de largos años de esmerada y responsable dedicación.

Saludo, en particular, al señor Cardenal Fiorenzo Angelini, activo presidente del Pontificio Consejo, y a sus colaboradores, así

como a todos los que por diversos títulos han contribuido al éxito de este importante Congreso Internacional.

2. El problema de los minusválidos es común a todos los países. El número de personas portadoras de *discapacidad* a nivel físico o psíquico es de *aproximadamente quinientos millones* y muchos de ellos, lamentablemente, aún no pueden beneficiarse de los servicios necesarios de ayuda. Especialmente en los países en vías de desarrollo se dan factores de riesgo y graves dificultades de readaptación; es decir, en países donde, según datos autorizados, vive el 85% de los minusválidos y donde un alto porcentaje de *discapacidades*, como por ejemplo, la ceguera, está causada por enfermedades endémicas y por condiciones sanitarias infrahumanas. Los conflictos frecuentes y las calamidades naturales han multiplicado su número. Pienso especialmente en los niños, las mujeres y los ancianos, así como en las graves condiciones en las que se encuentran grupos considerables de prófugos y de refugiados minusválidos. También en los países industrializados el número de *discapacitados*, favorecidos por la difusión de modelos de desarrollo que niegan o desatienden la dignidad de la persona humana, en algunas regiones es elevado y va incluso en aumento. Basta pensar en las importantes consecuencias que se derivan de los accidentes de tráfico, del trabajo no protegido, del abandono de menores. Muchos portadores de *discapacidad*, que se encuentran frágiles y apesadumbrados por la conciencia de su debilidad, se sienten ignorados en su dificultad y empujados a llevar una vida marginada. La opinión pública, prestando su atención a temas, modas y costumbres muchas veces efímeros, no dedica todo el interés debido a un problema tan grave.

Sin embargo, no faltan *iniciativas dignas de admiración* para sensibilizar a la sociedad en relación con estas problemáticas y para sostener a las personas con *discapacidad* ayudándoles a superar su condición de marginación y para que se integren plenamente en la comunidad. *La legislación* de muchas naciones ha dado pasos importantes en este sentido, promoviendo con valerosas y atentas opciones la cultura de la acogida y favoreciendo la progresiva integración social de estas personas.

3. También vosotros, en las lecciones y reflexiones, en el intercambio de experiencias y de opiniones de estas jornadas, habéis estudiado el tema de los minusválidos, profundizando en

sus aspectos antropológicos, clínicos, morales, técnicos, sociales, jurídicos y religiosos. Habéis subrayado que, en el contexto de una conciencia social y sanitaria renovada, es posible, por medio del auxilio de la ciencia y de la tecnología llevar a cabo una *asistencia social y sanitaria más cualificada*, satisfaciendo las diferentes instancias y exigencias de los minusválidos y a menudo también previniendo la aparición de las *discapacidades* físicas o psíquicas.

Si se ha hecho mucho en este campo, entre obstáculos y dificultades, aún queda mucho por hacer para que se superen definitivamente las barreras culturales, sociales y arquitectónicas que impiden a los minusválidos la satisfacción de sus legítimas aspiraciones. Hace falta actuar de forma que ellos mismos puedan sentirse *acogidos* con pleno derecho *en la comunidad civil*, siéndoles concedida la oportunidad efectiva de desarrollar un papel activo en la familia, en la sociedad y en la Iglesia. No es suficiente, por tanto, que se cumpla una asistencia prudente confiada a la generosidad de algunos; es necesario que se produzca una participación de los responsables, a diferentes niveles, de la comunidad humana.

4. La legislación internacional reconoce claramente que *cada persona humana es sujeto de derechos fundamentales* inalienables, inviolables e indivisibles. *Cada persona*: por lo tanto también el minusválido. Este, sin embargo, a causa de su *discapacidad*, puede encontrar dificultades particulares en el ejercicio concreto de tales derechos. Por ello necesita que no se le deje solo. Nadie como el cristiano puede comprender mejor el deber que plantea esta intervención altruista. San Pablo, hablando de la Iglesia en cuanto Cuerpo Místico de Cristo, le recuerda precisamente que si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él (1 Cor 12, 26). Esta revelación ilumina desde lo alto a la sociedad humana y lleva a comprender que dentro de cada estructura social la *solidaridad debe ser el verdadero criterio regulador* de las relaciones entre los individuos y los grupos. El hombre, *cada ser humano*, es siempre digno del máximo respeto y tiene el derecho de expresar plenamente su propia dignidad de persona. En esta óptica, *la familia, el Estado, la Iglesia*—cada entidad en el ámbito de su propia naturaleza y de sus propios cometidos— está llamada, en sus diferentes articulaciones, a redescubrir la grandeza del hombre y el valor del sufrimiento “presente en el mundo para liberar el amor... para transformar toda la civilización humana en la civilización del amor” (*Salvifici doloris*, 3).

Se pide, en este sentido, una contribución especial a la familia, al Estado y a la Iglesia estructuras portadoras de la convivencia humana— a fin de que la cultura de la solidaridad se desarrolle y para que las personas que sufren de *discapacidad* puedan ser auténticos y libres protagonistas de su existencia.

La familia, en primer lugar, ya que ella es el santuario del amor y de la comprensión, está llamada a compartir, más que ninguna otra instancia, la condición de los más débiles, a *descubrir su papel determinante en la formación del minusválido*, para su recuperación física y espiritual y para su inserción social real. Ella constituye el lugar natural de su maduración y de su crecimiento armonioso hacia el equilibrio personal y afectivo que resulta indispensable para la instauración de contactos y relaciones adecuados con los demás.

Una importante tarea concierne al Estado, el cual mide su propio nivel de civilización con el *parámetro del respeto con el que sabe circundar, entre los miembros de la sociedad, a aquellos que son más débiles*. Tal respeto se debe expresar en la elaboración y en el ofrecimiento de estrategias de prevención y de rehabilitación, buscando y realizando todos los recorridos posibles de recuperación y de crecimiento humano, promoviendo la integración comunitaria en el pleno respeto de la dignidad de la persona, favoreciendo en el minusválido —como he tenido ocasión de recordar— “la participación en la vida de la sociedad en todas sus dimensiones y a todos los niveles accesibles a sus capacidades: familia, escuela, trabajo, comunidad social, política, religiosa” (*Enseñanzas de Juan Pablo II*, vol. VII/2, 1984, p. 398).

La Iglesia, guiada por el ejemplo y las enseñanzas de su Señor, y sin que haya cesado nunca de prodigarse al servicio de los más débiles, tiene el deber y el derecho de intervenir en esta delicada materia. Como ejemplo, baste recordar las *no pocas instituciones religiosas masculinas y femeninas*, así como las *asociaciones de fieles laicos* surgidas a lo largo de los siglos con el carisma específico de atender a las personas que sufren de algún tipo de *discapacidad*. Esta atención hacia quien está necesitado de ella debe interpelar cada vez más a toda la comunidad eclesial, de tal manera que cada uno y particularmente las personas en dificultad puedan encontrar una integración plena en la vida de la familia de los creyentes. Renuevo, dirigido a las personas que sufren de *discapacidad*, el mensaje que dirigí durante la Asamblea especial del Sínodo de Obispos de 1987: “Contamos con vo-

sotros para enseñar al mundo entero qué es el amor” (*Mensaje al Pueblo de Dios*, n. 13; en *L'Osservatore Romano*, 30.X.1987, p. 4).

5. Quisiera también expresar el aprecio y gratitud que, a nuestros ojos, merecen los esfuerzos realizados por la *Organización Mundial de la Salud* (OMS) y por otros organismos de las Naciones Unidas en relación con los trabajos que desde hace varios años están llevando a cabo en este campo para investigar sobre las causas de las *discapacidades*, por la información y los centros de estudio que se han establecido, por los intercambios interregionales, la coordinación y el desarrollo de los servicios, por la promoción de la readaptación, la educación y la formación profesional del personal sanitario, educativo y socioasistencial.

Por otro lado, dirijo una viva felicitación a la *Organización de las Naciones Unidas* por haber proclamado, el pasado 14 de octubre, la “*Jornada Internacional de las Personas Minusválidas*”, estableciendo que se celebre cada año el 3 de diciembre. Se trata de una pródiga iniciativa que se une a la “*Jornada Mundial del Enfermo*” que la Iglesia Católica, a partir del próximo 11 de febrero, celebrará anualmente en el día dedicado a Nuestra Señora de Lourdes. Con ella pretende suscitar en los creyentes y en todas las personas sensibles una más íntima participación en los sufrimientos de cada ser humano, sin distinción de raza, cultura y religión, y tratando de implicar a la opinión pública, en la medida de las posibilidades, hacia una mayor atención al hombre que sufre, para un mayor servicio a la vida.

Además, ¿cómo no recordar la aportación dada a esta causa por las organizaciones no gubernamentales y de categoría, y el maravilloso servicio ofrecido por el *Voluntariado*, con una presencia que en muchos casos se ha revelado determinante para la solución de problemas humanos, incluso a veces muy complejos? Quisiera por tanto rendir homenaje a los numerosos voluntarios que con encomiable espíritu de servicio ofrecen gratuitamente sus recursos, su tiempo, su disponibilidad para acercarse a las necesidades de las personas minusválidas. Les animo de todo corazón a proseguir en su acción, que es un testimonio elocuente de fe y al mismo tiempo experiencia singular de un encuentro directo con Cristo, presente en las personas probadas por la enfermedad (cf. Mt 25, 40).

6. Tampoco quisiera olvidar el papel de la *ciencia y de la Medicina*, llamadas a unir sus es-

fuerzos para mejorar las condiciones físicas de los minusválidos y ayudarles a crecer en esperanza de recuperación y de activa reinserción social. Científicos, médicos, enfermeros y técnicos, todos están llamados a hacer todo lo posible para humanizar la asistencia terapéutica, sabiendo bien que en las personas portadoras de *discapacidad* las limitaciones físicas y las dificultades psíquicas reclaman una dedicación convergente y responsable por parte de todos.

7. Las palabras que traducen el tema de esta Conferencia Internacional –“Vuestros miembros son el Cuerpo de Cristo”– no son una expresión retórica, sino una verdad revelada bien precisa (cf. 1 Cor 6, 15), desde donde se abre la perspectiva de un claro programa de vida. La *discapacidad*, en cualquier forma, *no afecta jamás a la dignidad de la persona* ni a su derecho a la mejor calidad de la existencia. Entre otros, lo demuestran los resultados obtenidos en las disciplinas deportivas: al haber sido abiertas también a estas personas, ellas han ofrecido sus motivos de legítimo y ejemplar orgullo y estos ejercicios se han transformado en celebraciones de auténticos valores de recuperación física y espiritual. Las recientes Olimpiadas de Barcelona han constituido una nueva y espléndida prueba de ello.

“Vosotros sois miembros del Cuerpo de Cristo”: ¡el cuerpo del Resucitado! ¡Este es el fundamento verdadero de una dignidad indestructible! Una dignidad que resiste también al dominio de la muerte. Se ha dicho, en efecto, que “Este nuestro cuerpo corruptible se revestirá de incorruptibilidad; este nuestro cuerpo mortal se revestirá de inmortalidad” (cf. 1 Cor 15, 52).

Ilustres señoras y señores, en la luminosa perspectiva que la palabra de Dios abre ante los ojos de la fe, dirijo a cada uno una calurosa invitación a perseverar en la dedicación a la noble causa de la promoción de las personas que sufren de *desventajas*. Que la Virgen Santísima, Estrella de nuestra peregrinación en la tierra, os acompañe y suscite en el ánimo de cada hombre sentimientos de fraternidad, de forma que en el encuentro entre el sufrimiento y el amor surja y se afirme en el mundo el valor supremo de la solidaridad, fuente inextinguible de justicia y de caridad.

Que Dios fecunde con su gracia las orientaciones y los propósitos que se han madurado durante estos días y que descienda sobre todos vosotros aquí presentes y sobre todos cuantos han tomado parte en los trabajos de vuestra Asamblea, mi Bendición Apostólica, prenda de una renovada dedicación al servicio del Evangelio de la esperanza.

Discurso inaugural del Presidente del Consejo Pontificio para la Pastoral de los Agentes Sanitarios, Cardenal Fiorenzo Angelini

Cardenal Fiorenzo Angelini

Arzobispo Titular de Messene. Presidente del Consejo Pontificio para la Pastoral de los Agentes Sanitarios. Doctor Honoris Causa en Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile



Un saludo y unas palabras de agradecimiento a los ilustres hombres de ciencia, a los investigadores y a los estudiosos que ofrecerán, durante estos días de reflexión y de estudio, la contribución de sus conocimientos y de su experiencia.

Un saludo y la expresión de la más viva gratitud a todos los presentes, por su fidelidad a este importante encuentro anual nuestro, que el Pontificio Consejo de la Pastoral para los Agentes Sanitarios considera momento de gran importancia en su servicio eclesial en el mundo de la sanidad y de la salud.

Esta VII Conferencia Internacional, a la par de las anteriores, aborda un tema de gran actualidad y de múltiples implicaciones.

Las inhabilidades congénitas o inducidas afligen a quinientos millones de personas, dos terceras partes de las cuales viven en países en vías de desarrollo. Si a los datos cuantitativos añadimos los términos cualitativos, el cuadro se hace aún más dramático, ya que es evidente el peso que tienen en el número y en la cualidad de las minoraciones la inicua distribución de los recursos, el perpetuarse de condiciones de vida que ofenden la dignidad de la persona humana,

inaceptables modelos de desarrollo, imprevisión e indiferencia en abordar este gravísimo problema que, por las causas que hemos recordado, constituye también una amenaza para las futuras generaciones.

Esta nuestra Conferencia tiene esencialmente dos objetivos: puntualizar la condición de los inhábiles en la sociedad de hoy y reafirmar el compromiso de la Iglesia, sea directo, sea de sostén a cuantos trabajan al servicio de los inhábiles, para que sea eliminada de su existencia toda forma de marginación y se haga un esfuerzo, en todos los terrenos y a todos los niveles interesados, por una mejor asistencia sanitaria a los inhábiles, por su reinserción social, por la valoración humana y espiritual de sus capacidades y potencialidades.

En el campo de la asistencia y del sostén a los inhábiles, la ciencia y la tecnología van mucho más adelante que la civilidad, aunque de ésta aquéllas representan un aspecto importante.

Muchos de nuestros hermanos y hermanas afligidos por deficiencias no pueden beneficiarse de las conquistas de la ciencia y de la técnica; y no sólo esto, sino que donde estas conquistas son aplicables, a menudo falta aquel conjunto de soportes humanos y espirituales de los cuales, antes que de ninguna otra ayuda, el inhábil advierte la necesidad y la urgencia.

Cada vez que observo, con conmoción y orgullo, a estos nuestros hermanos conseguir resultados extraordinarios, hacerse portadores de un mensaje de esperanza a menudo desconocido para quien no sufre la inhabilidad, pienso en la enorme responsabilidad de cada uno de nosotros, de los poderes públicos, de las instituciones benéficas y humanitarias, de cuantos somos llamados a actuar para prevenir, asistir, sostener, curar, valorizar a estos hermanos nuestros.

Así, pues, la contribución que esta Conferencia trata de ofrecer no quiere ser solamente científica y pastoral.

También se propone sacudir las conciencias. Y considero significativo que la Conferencia sobre los inhábiles se lleve a cabo la víspera de la celebración de la "Jornada Internacional de las Personas Minusválidas", instituida por las Naciones Unidas, y de la celebración de la primera Jornada Mundial Anual del Enfermo, querida por el Santo Padre.

Entre quienes llevan el peso de un particular sufrimiento físico, psíquico y espiritual, los inhábiles son mayoría. Y no deben, no pueden sentirse solos, porque al igual que cualquier otro ser humano son miembros de Cristo que, en la asunción de la naturaleza humana que sufre, ha realizado la redención del mundo.

La persona minusválida, instrumento de salvación para la sociedad humana

Cardenal Andrzej María Deskur

*Presidente Emérito del Pontificio Consejo
para las Comunicaciones Sociales*



"El leño de la cruz", de Renato Guttuso, 1980.

No sin profunda emoción he recibido la noticia de que el Dicasterio Pontificio, que se dedica a los problemas referentes a la Pastoral de los Agentes Sanitarios del mundo moderno, ha promovido una Conferencia Internacional dedicada a los minusválidos en cuanto miembros del Cuerpo de Cristo y de la sociedad. El título mismo de la Conferencia contiene ya lo esencial del complejo problema que nos será expuesto y explicado por tantos ilustres exponentes del mundo científico, especialmente en las disciplinas interesadas en el tema.

Nuestro venerado Presidente, el Cardenal Angelini, en su bien conocida sensibilidad por todos los problemas humanos y religiosos que tocan al hombre contemporáneo y a la Medicina, ha querido confiar cada una de las conferencias no sólo a los luminares de la ciencia, que escucharemos atentamente, sino también a algún eclesiástico que pueda proponer reflexiones teológicas, incluso personales, sobre el problema del sufrimiento y el significado del mismo en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

Pienso, por lo tanto, que ustedes esperarán de mí precisamente reflexiones de tipo teológico,

resumidas por San Pablo en la Carta a los Colosenses: *"Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en favor de Su Cuerpo, que es la Iglesia"* (cf. Col 1, 24).

Es una indiscutida verdad de la Fe cristiana el hecho de que todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, con María Santísima, en unión con la Cabeza, están llamados a la obra de la co-redención del mundo. Naturalmente, esto no significa que el Padre celestial se complazca en el dolor de sus hijos; por el contrario, sabemos que Jesús, con milagros y palabras consoladoras, ha tratado siempre de aliviar el dolor y las enfermedades de los demás.

La Iglesia, en su historia, ha hecho lo mismo con las obras de caridad y hospitalarias, con la creación de oportunos institutos masculinos y femeninos que se proponían este fin.

El Padre celestial se complace solamente en la amorosa obediencia de sus hijos cuando abrazan su voluntad aun al precio del Getsemaní y del Calvario: *"Para que el mundo sepa -decía Jesús- que era necesario que el Cristo soportara estos sufrimientos para entrar en su gloria"* (cf. Lc 25, 26).

Releyendo hoy las memorias de los detenidos en los "gulag" estalinistas y en los campos de concentración nazis, me parece comprender mejor -dado que además de la experiencia de esta silla de ruedas he pasado también, aunque brevemente, la experiencia de las prisiones estalinistas- el sentimiento del minusválido limitado en su libertad y en su desarrollo personal por la inhabilidad del cuerpo. De hecho, el hombre está en el mundo y para el mundo y por eso no puede, sin sacrificio personal, encerrarse dentro de sus propios sentimientos, sino que debe dirigirse a toda la creación que continúa a través de su misma vida. En esta concepción del providencial plan divino, el minusválido debe ser invitado en todo momento a vivir contemporáneamente en el contexto de la historia humana y en la verdad divina que lo proyecta en la eternidad.

De ahí la necesidad, para el minusválido, de una dimensión de vida contemplativa que le permita comprender la importancia del momento presente de su vida, aunque abrumado por el sufrimiento y limitado por la tiranía de su inhabilidad. Comprender su verdadero valor en el contexto de la historia humana y del plan divino de salvación querido para los hombres y que -para usar de nuevo una imagen evangélica- se realiza a través de los dolores de un parto espiritual que tendrá como término la alegría de ver un hombre renacido en la luz de la redención.

"La palabra de Dios no está encadenada" (2 Tim 2, 9) y la persona inhábil -si se deja plasmar por el Espíritu de Dios- puede y debe hacerse instrumento de salvación para la sociedad humana.

Tenemos ante nosotros el modelo de perfección infinita de Cristo clavado en la Cruz aquel Viernes de hace casi dos mil años y levantado sobre el Gólgota. En aquel momento, El mismo -hecho "persona inhábil" por la locura de hombres crueles- lleva a cabo el designio del Padre para la redención de la humanidad.

En aquella situación de inhabilidad física Cristo cumple el extremo acto de amor de oblación y de donación total de cuanto le pertenece, a fin de que la humanidad pueda reencontrar la amistad con el Padre; y da también la Madre misericordiosa, proclamándola Madre de todas las criaturas.

No es una reflexión mística lo que quiero confiar a esta Asamblea al comienzo de esta importante Conferencia internacional que se propone llamar la atención del mundo sobre un aspecto de su tejido social tan ampliamente presente y estudiar unidos -de modo interdisciplinar- cómo abordar y abatir las barreras que aún separan a la persona minusválida del resto de la comunidad. Haciéndonos cargo de la realidad existente, creo que es urgente que la sociedad adquiera conciencia del hecho de que el aislamiento y la soledad que circundan a la persona minusválida sofocan en la misma los dones de la mente y del espíritu recibidos de lo alto.

La experiencia demuestra que donde la comunidad entra en contacto físico, moral y espiritual con quien tiene dificultad en comunicar con el mundo externo a través de las vías normales, la persona inhábil se hace capaz de engendrar elevadas obras de ingenio humano. Y gracias a Dios existe hoy en el mundo una vasta presencia de personas atentas y generosas dedicadas a este servicio.

Solidaridad y coparticipación tienen en el modelo del Gólgota el ejemplo admirable que imitar.

La presencia de la Madre del Crucificado se ve enriquecida por la de otras personas que no tienen con El vínculos de sangre. Varias mujeres, desafiando las burlas y el odio de los verdugos, están al pie de la cruz para ofrecer el testimonio del propio amor y de su solidaridad.

Una presencia que se traduce en servicio de coparticipación al Divino Inhábil, que no se siente solo, abandonado e incomprendido por todos.

Hay un solo hombre: Juan. Superando todo sentimiento de miedo y de respeto humano y

enfrentándose igualmente con posibles consecuencias negativas, Juan está al lado de la Madre y de Jesús Crucificado, expresando de este modo la voluntad de compartir la suerte del Maestro y del Amigo.

No siempre y no sólo es el egoísmo lo que determina el abandono de la persona minusválida. A menudo, muy a menudo, es la ceguera y la obstinación de un mundo que exalta hasta el paroxismo la supereficiencia y que canta el triunfo del cuerpo sano y bello, levantando una barrera de respeto humano y hasta de ironía que alejan a quien quisiera acercarse a la persona inhábil. Y sin embargo, precisamente fundiendo la propia existencia con nosotros, personas minusválidas, el mundo puede enriquecerse y ser verdaderamente humano.

Juan Pablo II, que es un gran experto del sufrimiento, experimentado desde los primeros años de su vida, en la Carta apostólica *Salvifici Doloris* (n. 30) ha dictado palabras que deben convertirse en código de comportamiento.

Dice que "... el sufrimiento está presente en el mundo para dar libertad a obras de amor al prójimo, para transformar toda la civilización humana en la 'civilización del amor'".

La maravillosa realidad de esta Asamblea internacional que nos ve aquí fraternalmente unidos —personas minusválidas, familiares, voluntarios, hombres de ciencia, hombres de gobierno y hombres de Iglesia— para estudiar y valorar juntos qué caminos recorrer a fin de que nada quede como antes, nos interpela ante todo acerca de la parte que cada uno de nosotros está dispuesto a poner al servicio del otro.

Verdaderamente no nos esperamos el anuncio de la desaparición de la minoración de nuestro mundo. Pero sí que podemos pedir un milagro y esperararlo. Es el milagro de que todos nosotros, volviendo a nuestras ocupaciones habituales, nos convirtamos en proclamadores y promotores de la buena nueva: que el amor, la comprensión mutua, la coparticipación, la solidaridad generosa, pueden superar cualquier barrera. Proclamar a todos que juntos, unidos, podemos construir aquella civilización del amor

que es el único camino que salvará nuestro mundo de la insensata carrera hacia la autodestrucción.

Soy sacerdote, obispo, cardenal... que lleva en su carne el mensaje de la persona minusválida como vosotros, hermanos y hermanas presentes en esta aula, como los cientos de millones de personas minusválidas esparcidas por el mundo. Pero, con el apóstol Pablo, creo poder repetir con alegría y esperanza la confidencia que él hacía a los fieles de la Iglesia de Corinto:

"De hecho somos atribulados por todas partes, pero no aplastados; somos trastornados, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; heridos, pero no matados, llevando siempre y por doquier en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Porque siempre, nosotros que estamos vivos, somos expuestos a la muerte a causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal..., convencidos de que Aquel que ha resucitado al Señor Jesús, nos resucitará también a nosotros con Jesús" (2 Cor 4, 8-11).

Nos confiamos a Aquella a la que los Santos Padres llaman "Madre de los Vivientes" (*Lumen gentium*, 56) y que en el momento establecido por Dios "...debía contemplar a su Hijo en la gloria a la diestra del Padre, Ella que lo había visto sobre la Cruz, Ella que, preservada del dolor cuando lo dio a la luz, fue atravesada por la espada del dolor cuando lo vio morir"¹.

Unas breves palabras para deciros que quisiera que nuestra Conferencia ayudase a los minusválidos a adquirir plena conciencia de la misión renovadora que tienen en este mundo acuciado por tantas desgracias nacidas de la desobediencia al Creador y de la falta de amor; el amor que, como dice Dante, "hace mover a las estrellas en sus órbitas" y podría también, renacido en los lechos del dolor, cambiarlo, mejorándolo; una tarea sublime que casi nunca consiguen llevar a cabo los políticos y las ideologías.

¹ Pío XII, Constitución apostólica *Munificentissimus Deus*. AAS 42 (1950), 760-762.



Actos académicos celebrados en la
Pontificia Universidad Católica
de Chile al otorgar nombramientos
honoríficos a dos distinguidos
eclesiásticos

Discurso del Cardenal Paul Poupard,
Presidente del Pontificio Consejo de la
Cultura, al recibir el doctorado "*Scientiae
et Honoris Causa*" de la Pontificia
Universidad Católica de Chile
(4 de marzo de 1994)



El Cardenal P. Poupard recibe de manos del Rector, Dr. Juan de Dios Vial C., el diploma que lo acredita como "Doctor *Scientiae et Honoris Causa*" de esta Universidad.

Recibo con grande emoción este Doctorado *Scientiae et Honoris Causa*, que la Pontificia Universidad Católica de Chile ha tenido a bien concederme. En mi carácter de Presidente del Pontificio Consejo de la Cultura, entiendo este honor como un tributo de adhesión al Santo Padre, a través de quien ha recibido el encargo de animar el Dicasterio instituido por él mismo para promover el Diálogo de la Fe con las Culturas, uno de cuyos aspectos más sobresaliente es el diálogo que se hace con la cultura de la Inteligencia en la Universidad. También como Rector Emérito de la Universi-

dad Católica de París me siento particularmente honrado.

Permítanme, señoras y señores que, vinculado con santo orgullo como nuevo hijo a esta Pontificia Universidad Católica de Chile, y desde el mismo recinto donde, en un memorable tres de abril de mil novecientos ochenta y siete, tuviera el Santo Padre Juan Pablo II su encuentro con el mundo de la Cultura de este hermoso país, dirigiéndole su rico mensaje sobre "La tarea del intelectual de hoy: promover la cultura de la solidaridad", pueda yo presentar a ustedes una breve reflexión sobre el pasado, el presente

y una propuesta de futuro en este mismo Diálogo de la Iglesia con las culturas.

1. LA IGLESIA, EL HOMBRE Y LA CULTURA

Dando por supuestos los conceptos que mi ilustrada audiencia tiene sobre la cultura en sus diversas acepciones, y la exclusión de nociones caricaturísticas y superficiales, comienzo con la premisa de que la cultura es un fenómeno tan antiguo como el hombre en quien reside y el único que la crea, la asimila y la encarna en sus dimensiones individual y social.

La historia del hombre, puesto por Dios para "cultivar" el mundo, es un proceso continuo de humanización, que engloba toda la vida, personal y social, cuya historia, tejida de relaciones con Dios, con la naturaleza y con su misma humanidad, se identifica con su cultura. Así, podemos afirmar con Mounier que "la cultura no es un sector, sino una función global de la vida personal... la cultura es el hombre, trascendencia y superación"¹.

La Iglesia, obra de Cristo, Palabra Encarnada, que asumió de la naturaleza humana todo, excepto el pecado, recibe de su Fundador la orden de anunciar el Evangelio a todas las naciones (cf. Mt 28, 19). En su anuncio de la Buena Nueva, desde el día mismo de Pentecostés, cuando los oyentes del Mensaje pudieron entenderlo cada cual en su lengua (cf. Hch 2, 8), ha venido proclamando el Evangelio en el lenguaje propio de cada cultura a la que se dirige para salvarla.

En el fiel cumplimiento de su misión evangelizadora, la Iglesia, convencida de la íntima relación del hombre con la cultura, considera que la inculturación, es decir, la encarnación del Evangelio en la cultura es el camino de evangelización salvadora del hombre. Así, sin identificarse exclusivamente con ninguna cultura, ha anunciado el Evangelio a todas, y de cada una ha asumido y sigue asumiendo los valores que juzga conformes con el mensaje de Cristo, produciéndose, en este enriquecimiento mutuo, las raíces cristianas de los pueblos y culturas evangelizadas², raíces que quizás con el tiempo se

ofuscan y es preciso volver a descubrir como punto de partida para la Nueva Evangelización. El fenómeno no es sólo de la vieja Europa, sino también del Nuevo Mundo, como ha podido verse en los sustanciosos estudios de la Primera Evangelización de América, hechos con ocasión del V Centenario y de la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en la que el Rector Magnífico de la Pontificia Universidad Católica de Chile, el Profesor Juan de Dios Vial Correa, tuvo su relación fundamentalmente sobre la cultura.

2. JALONES DEL DIALOGO DE LA IGLESIA CON LA CULTURA

Dos mil años de historia. El diálogo de la Iglesia con las culturas no ha cesado nunca de entrelazarse desde los orígenes en simbiosis fecunda. Esta historia milenaria ha estado constantemente marcada por el enraizamiento cultural de la revelación judeo-cristiana, por el impacto fecundo del cristianismo hebreo en el pensamiento griego y con la organización romana, así como también por la tensión, lo suficientemente profunda como para poder ser considerada como esencial, entre la fe y la cultura, entre filósofos y teólogos, a partir de Justino, Orígenes y Agustín. "La Iglesia pasa continuamente a los bárbaros", decía Federico Ozanam: ¡Cuántos lugares insignes del paganismo se convirtieron en espacios de oración cristiana, sobre cuántos capiteles cortados del templo antiguo se vio "florecer otro acanto"³. Acerquémonos a algunos jalones de nuestro tiempo.

El Concilio Vaticano II. En la segunda parte de su Constitución *Gaudium et spes*, dedicada a "algunos problemas actuales más urgentes que afectan profundamente al género humano", concede, por primera vez en la historia, un capítulo entero a la cultura (nn. 53-62). Luego de definirla y describirla, cifrada siempre en el hombre, presenta la situación de la cultura en el mundo actual con los nuevos estilos de vida y acentúa la importancia fundamental de la cultura para el pleno desarrollo del hombre, las múltiples relaciones entre el mensaje de la salvación y la cultura, el recíproco enriquecimiento entre la Iglesia y las diversas culturas, en la comunión histórica con las distintas civilizaciones, así como también la necesidad de que los creyentes comprendan a fondo el modo de pen-

¹ *Le personnalisme*, en "Oeuvres de Mounier", t. II, Paris, Seuil, pp. 522-523, cit. en P. POUPARD, *Iglesia y Culturas, orientaciones para una pastoral de la inteligencia*, Edicep, Valencia y México, 1988, p. 15.

² Cf. Paul Poupard, *Cristianismo y cultura en Europa. Memoria, Conciencia, Proyecto*. Ponencias de la Asamblea Presinodal europea, Rialp, Madrid, 1922, p. 235.

³ Cf. P. Poupard, *Iglesia y Culturas*, op. cit., p. 15.

sar y de sentir de los otros hombres contemporáneos y cómo se expresan a través de las respectivas culturas.

Otra importante enseñanza del Concilio al respecto es la que viene en el Decreto *Ad Gentes*, dedicado a la actividad misionera de la Iglesia. El Capítulo Tercero, dedicado a las Iglesias Particulares, insiste en la necesaria encarnación del Evangelio en las propias culturas, costumbres, tradiciones, sabiduría, ciencia, arte según el genio propio de cada cultura (nn. 19-22).

Evangelii Nuntiandi. Esta preciosa Exhortación de Pablo VI, promulgada en 1975, después del Sínodo de los Obispos dedicado a la Evangelización, constituye la verdadera "carta magna" de la evangelización de las culturas en el mundo contemporáneo. En este documento, al describir la complejidad del anuncio derivada de los sectores a los que debe llegar, para transformar su *ethos* con la fuerza del evangelio, el Papa plantea así el gran propósito: "Posiblemente podríamos expresar todo esto diciendo: lo que importa es evangelizar —no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad, y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre en el rico y amplio sentido que tienen sus términos en la *Gaudium et Spes*, tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios" (n. 20).

Se propone, pues, la evangelización de las culturas, teniendo en cuenta, eso sí, que el Evangelio y la evangelización no se identifican con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas, pero el reino que se anuncia, vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, no puede por menos de tomar los elementos de las culturas humanas. Ante el drama de la ruptura actual entre Evangelio y cultura, "hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente, de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva. Pero este encuentro no se llevará a cabo si la Buena Nueva no es proclamada" (*ibid.*).

Puebla. El Papa Juan Pablo II, heredero de las grandes preocupaciones de Pablo VI sobre el anuncio del Evangelio a las culturas, manifestó desde los principios mismos de su Pontificado estas ansias. Todavía parece resonar su exclamación del 20 de octubre de 1978: "No teman, abran a Cristo... las puertas de las culturas".

Una de sus primeras incursiones fue al Nuevo Mundo, para inaugurar la *Tercera Conferencia del Episcopado Latinoamericano* en Puebla,

México, en enero de 1979. En el discurso inaugural, Juan Pablo II puso énfasis en "la verdad sobre Jesucristo, la verdad sobre la Iglesia y la verdad sobre el hombre", en la que describió los grandes peligros que se ciernen sobre el hombre y su cultura, no obstante que ahora se hable más que nunca del hombre y del humanismo⁴. La Conferencia, inspirada en la Exhortación *Evangelii Nuntiandi* y en las orientaciones de Juan Pablo II en el discurso inaugural, sobre el trinomio Evangelio-hombre-cultura, en su Documento sobre *La Evangelización en el Presente y el Futuro de América Latina*, introduce un párrafo específico, tan enjundioso como bien madurado, sobre *la evangelización de la cultura con desarrollos sobre: cultura y culturas* (nn. 385-393); la evangelización de la propia cultura en el presente y en el futuro, opción pastoral de la Iglesia en Latinoamérica (nn. 394-396); Iglesia-fe y cultura (nn. 397-407); la evangelización de las diversas culturas, con sus tipos, etapas y procesos (nn. 408-433)⁵. Esto, en cuanto a la segunda parte, dedicada a la iluminación doctrinal, ya que, según el método "ver-juzgar-actuar" usado en el Documento, también en la primera parte, visión de la realidad, se hace una cruda descripción de la situación sociocultural del hombre latinoamericano, y en la tercera, sobre las opciones pastorales, campean igualmente decisiones sobre la evangelización de la cultura e inculturación del Evangelio.

El Papa en la UNESCO. La visita de Juan Pablo II a la UNESCO, el 2 de junio de 1980. Como Rector que era entonces de la Universidad Católica de París, tuve el privilegio de estar presente en medio de tantos hombres de la cultura y del pensamiento, católicos, cristianos, no cristianos, no creyentes, agnósticos, y recuerdo que en la Place de Fontenoy de París hubo un momento de emoción extraordinaria cuando el Papa exclamó: "Ilustres señoras y señores, pensando en todas las culturas del mundo, lleno de admiración, grito: *Ecce homo*".

El discurso del Santo Padre fue interrumpido veinticuatro veces por los aplausos, incluido el momento en el que dijo: "Hablo como Obispo de Roma y también como hijo de una nación que no ha podido sobrevivir ante sus vecinos, que la hicieron desaparecer hasta del mapa, sino a través de la cultura". Y prosiguió diciendo:

⁴ Cf. III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Puebla. La evangelización en el presente y el futuro de América Latina. *Discurso inaugural de Juan Pablo II*, BAC minor, Madrid, 1979, p. 1-30.

⁵ III Conferencia General, Puebla, *op. cit.*, pp. 173-187.

"incluso cuando un poder pretende ser capaz de suprimir la expresión cultural de la religión, es un hecho histórico que aquélla se prolonga por vías subterráneas antes de aflorar nuevamente". Recuerdo que el poeta Pierre Emmanuel, que estaba a mi lado, me dijo: *ça, c'est fort!* Allí también dijo Juan Pablo II: "*El hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura*". Y, en fin, la afirmación definitiva: "*la relación fundamental del Evangelio, es decir, del mensaje de Cristo y de la Iglesia con el hombre en su humanidad misma, es ser creador de cultura en su mismo fundamento*". Pienso que la parte culminante del discurso, para un pastor, es ésta, pues está indicando el recíproco enriquecimiento entre la Iglesia y las diversas culturas, y la necesidad de que los creyentes comprendan a fondo el modo de pensar y sentir de los otros hombres contemporáneos, y cómo se expresa a través de las respectivas culturas.

La creación y potenciamiento del Pontificio Consejo de la Cultura es otro hito importante en esta ya larga serie. El Papa lo instituyó con una carta autógrafa del 20 de mayo de 1982, detalle éste revelador de su personal interés por la decisión que tomaba. Renovando su pensamiento que lo acosaba sobre el diálogo entre la fe y la cultura en la Iglesia *ad intra* y de la Iglesia *ad extra* con todos los hombres de buena voluntad, empieza diciendo: "*Desde el principio de mi pontificado, considero que el diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo es un campo vital, en el cual está en juego el destino del mundo, en lo que queda de este siglo*". Esta manera de expresarse fuerte, decisiva, enérgica, se parece al estilo que le encontramos en el discurso a la UNESCO. ¡No es poco estar en juego el del mundo en el diálogo con las culturas!

Así, pensando en el *diálogo* de la Iglesia con las culturas, en la relación constitutiva del Evangelio con el hombre para crear cultura, en la cultura como *nuevo campo de la evangelización*, y sobre todo en el hombre, en cuya promoción se instaura el diálogo con las culturas, el Papa crea este Dicasterio, a modo de Ministerio de la Cultura de la Santa Sede, con objetivos concretos: a) Testimoniar ante la Iglesia y el mundo el interés de la Iglesia por la cultura y el diálogo de las culturas y el encuentro con el Evangelio; b) Participar en todas las preocupaciones culturales de los Dicasterios de la Santa Sede; c) Dialogar con las Conferencias Episcopales para permitir a las Iglesias locales una activa presencia en el propio medio cultural; d) Colaborar con las organizaciones internacio-

nales católicas, universitarias, históricas, filosóficas, teológicas, científicas y artísticas, para promover la recíproca cooperación; e) Seguir la actividad de los organismos internacionales, que se ocupan de la filosofía y de las ciencias del hombre en el amplio campo de la educación; f) Seguir las políticas y actividades culturales de los distintos gobiernos del mundo; g) Facilitar el diálogo Iglesia-Cultura, en el nivel de organizaciones de artistas, especialistas, investigadores y estudiosos y promover encuentros significativos por medio de estos medios culturales; h) Recibir en Roma a los representantes de la cultura, interesados en conocer mejor la actividad de la Iglesia en este campo. En esta primera fase de su historia, el Pontificio Consejo de la Cultura era asesorado por un Comité Internacional, entre cuyos miembros estuvo el Prorector de esta Universidad, Profesor don Pedro Morandé.

Cuando ya el Pontificio Consejo de la Cultura, con once años de buena experiencia en el campo de las actividades, estaba en su madurez, el 25 de marzo de 1993, mediante el *Motu Proprio Inde a Pontificatus*, el Santo Padre lo ha potenciado ampliando su radio de acción hacia otras áreas, tales como las academias, los bienes culturales, y sobre todo incorporando a él las funciones del anterior Pontificio Consejo para el Diálogo con los No-creyentes. Hoy el nuevo Pontificio Consejo de la Cultura, con sus dos secciones, *Fe y Cultura* y *Diálogo con las Culturas*, está llamado a llevar muy lejos este contacto del Evangelio con todas las culturas humanas en los más variados aspectos y con toda la gama de posiciones de los hombres frente a la fe, para lo cual cuenta no solamente con sus ilustres miembros, entre ellos el Arzobispo de Santiago y Gran Canciller de la Universidad, Monseñor Carlos Oviedo Cavada, y consultores seleccionados de todo el mundo, entre ellos también el Rector Magnífico, sino también con sus corresponsales en el ámbito de las Conferencias Episcopales.

En Sumaré, Río de Janeiro, por septiembre de 1985, dentro de la sencillez de un Seminario auspiciado por el Pontificio Consejo de la Cultura y preparado por el CELAM, el que tuve el gusto de presidir, se asumió la conciencia de que este diálogo de la Iglesia con las Culturas debe llevarse hasta los ámbitos de las iglesias locales que, como afirma Santo Domingo, "son las que conocen de cerca las situaciones culturales de la gente". Así, tras madura reflexión sobre los alcances de la inculturación del Evangelio y la evangelización de las culturas en to-

das las etnias y en la diversidad de situaciones sociales, religiosas y políticas, se propuso la creación de una *Sección para la cultura* en este organismo continental, la que ya hoy es una realidad con experiencia y madurez. Mucha parte del simposio que estamos celebrando corresponde a su generosa entrega y colaboración⁶.

Así también las Conferencias Episcopales y varias Conferencias de Superiores Mayores por todo el mundo, han ido creando sus grupos de trabajos sobre la cultura, que se constituyen, en la medida de su buen funcionamiento, en auténticas antenas del Pontificio Consejo de la Cultura para las Iglesias locales.

La Inculturación y la Comisión Teológica Internacional. El término "inculturación" es un neologismo introducido recientemente en el lenguaje oficial de la Iglesia. Juan Pablo II es el primer Papa en utilizarlo, y de hecho lo emplea con frecuencia, como es posible constatarlo en sus intervenciones referentes al Africa y en Latinoamérica, particularmente en Brasil. Del 19 de marzo de 1989 es un importante documento de la Comisión Teológica Internacional intitulado *La fe y la inculturación*, preparado en colaboración con el Pontificio Consejo de la Cultura, y es fruto de largas y repetidas reflexiones sobre las relaciones entre la fe y la cultura, dada la importancia que ha asumido el tema de la "inculturación de la fe" y la insistencia con la que el magisterio de la Iglesia ha afrontado el tema a partir del Vaticano II. Basado en diversos documentos del Concilio y de los sínodos posteriores, así como en la inspiración de Juan Pablo II, que ha tomado tan a pecho el diálogo de la Iglesia con las culturas, hasta crear un dicasterio especial en la Santa Sede para esta finalidad, la Comisión sienta doctrina sobre el concepto de inculturación del Evangelio como contraprestación a la evangelización de las culturas, cifrada en tres grandes bloques doctrinales: a) Una *antropología cristiana* que señala las relaciones naturaleza, cultura y gracia; b) El *proceso de la inculturación en la historia de la salvación*, y c) los *problemas actuales de la inculturación*, manifestados particularmente en el encuentro con la piedad popular, con las religiones no cristianas, con la tradición cultural de las iglesias jóvenes y con los rasgos diversos de la modernidad⁷.

⁶ Cfr. Consejo Episcopal Latinoamericano. *Evangelización de la cultura*. Encuentro de Sumaré, Río de Janeiro. Col. CELAM N° 71, Bogotá, 1985.

⁷ Cfr. Comisión Teológica Internacional. *La fe y la inculturación*, texto en español en "Documentos de Apoyo Académico IIC Quirama", Medellín, Colombia, 1990.

La Iglesia y la cultura universitaria. La universidad, y en general la cultura superior, constituyen una realidad de importancia decisiva en el diálogo entre la fe y la cultura, donde la teología que es *fides quaerens intellectum* y las ciencias humanas, están llamadas a armonizarse, respetándose mutuamente sus métodos. Prueba de ello son las innumerables intervenciones del Santo Padre ante universidades y academias, no solamente en el Vaticano, sino también en todos sus viajes apostólicos. Por su parte los Obispos de todo el mundo, particularmente de las regiones donde hay centros de educación superior, han presentado experiencias y requerido orientaciones para instaurar una acción pastoral que haga presente la Iglesia en la cultura ilustrada.

Para poner en común todas las iniciativas y afrontar el desafío, la Congregación para la Educación Católica, el Pontificio Consejo para los Laicos y el Pontificio Consejo de la Cultura han realizado diversas consultas y están empeñados en elaborar, con las experiencias recogidas, y las sugerencias enriquecedoras llegadas de todo el mundo, un documento orientador. Yo tuve el honor de presentar la primera Síntesis de experiencias en el Sínodo de los Obispos sobre la Vocación de los Laicos, el 28 de octubre de 1987⁸. Esperamos tener muy pronto el Documento en manos de todos los comprometidos en la Pastoral Universitaria.

Santo Domingo. Es el jalón más reciente. La Cuarta Conferencia del Episcopado Latinoamericano, que el Santo Padre Juan Pablo II quiso que coincidiera con la conmemoración de los quinientos años de América y que su tema fuera: *Nueva Evangelización, promoción humana, cultura cristiana, Jesucristo ayer, hoy y siempre*, es un acontecimiento eclesial de gran importancia para la Iglesia del Continente y de todo el mundo.

El contexto de Santo Domingo era muy complejo, particularmente por el significado del medio milenio cultural y religioso de América, la primera evangelización y la transformación de las culturas del Nuevo Mundo, del encuentro de las culturas amerindias y afroamericanas con el Evangelio, las características de la cultura adveniente, el conflicto entre la memoria o tradición de las raíces indígenas y cristianas de la cultura actual y sus proyecciones para el futuro, la situación actual y sus incertidumbres sobre el futuro, el conflicto entre la vida pública dominada

⁸ El texto en español fue publicado por la *Revista Ecclesia*, n. 2382, 23 de julio de 1988, pp. 1105-1110.

por la corrupción y la fe privada, en fin, las perspectivas futuras de la evangelización de las culturas en una sociedad, tradicionalmente oral y ahora inmersa en el mundo mediático.

Sin embargo, el Espíritu Santo manifestó su presencia en la Iglesia latinoamericana: una intensa preparación interior y exterior; el ánimo constante del Santo Padre para hacer de este evento un punto de partida para la evangelización de las culturas de cara al milenio que se acerca; la concienzuda elaboración de los documentos preparatorios y de las labores de la Conferencia, produjeron un Documento breve, denso y abierto a acciones concretas para la nueva evangelización, la promoción humana y la cultura cristiana del hombre latinoamericano, sea él indígena, afroamericano, campesino, mestizo o criollo. La aprobación prácticamente unánime del documento, así como la fraternidad y espíritu de oración eclesial que reinaron, y de la que yo he sido testigo, son testimonio fehaciente de la presencia del Espíritu, garante de las reflexiones doctrinales, acercamientos a la realidad y opciones pastorales que se adoptaron, hacia un futuro muy halagüeño de la Iglesia y la Cultura en el Nuevo Mundo. Tengo como un gran honor la gracia de haber participado en este gran acontecimiento eclesial, portador de una gran esperanza para el futuro de la cultura católica en América Latina.

3. UNA PROPUESTA A LA CULTURA ILUSTRADA

Lo que he evocado antes señala apenas jalones de un diálogo entre la fe y las culturas. En el trasfondo, más que episodios hay contenidos de confrontación del mensaje cristiano anunciado por la Iglesia a las diversas culturas, y la respuesta de éstas –al fin y al cabo de trata de un diálogo–, que unas veces ha sido de aceptación dócil, y otras de encuentro conflictivo, sobre todo cuando los intereses humanos, la autonomía de la razón y el pecado, sobre todo el pecado contra el Espíritu, han ofuscado la verdad poniendo barreras entre la fe y la ciencia, entre el Evangelio y la vida, sobre todo estableciendo utopías que por su propio peso se han desvanecido, no sin dejar restos lamentables en los pueblos.

Como propuesta a la cultura ilustrada, y concretamente a la Universidad que tan generosamente me acoge, permítanme que les ponga de presente, a manera de síntesis y de programa de acción, los propósitos formulados por el Santo

Padre apenas unos pocos días después de Santo Domingo, cuando en memorable sesión de la Academia Pontificia de Ciencias tuve, a petición suya, el honor de presentarle la síntesis y conclusiones de la Comisión Pontificia instituida en 1981 por el Santo Padre, con cuatro grupos de estudio: histórico, científico, bíblico y cultural, sobre el “caso Galileo”, que el mismo Pontífice llamó “una especie de mito del que se ha forjado una imagen sumamente alejada de la realidad”, y “el símbolo de un pretendido rechazo por parte de la Iglesia del progreso científico, o bien del oscurantismo ‘dogmático’ opuesto a la libre búsqueda de la verdad”, pero del que “puede derivarse una enseñanza que sigue siendo actualidad con relación a situaciones análogas que se presentan hoy y pueden presentarse mañana”.

Se trata ante todo de un llamado a los teólogos, quienes tienen el deber de informarse escrupulosamente sobre las nuevas adquisiciones de las ciencias, antes de emitir un juicio doctrinal. A menudo, más allá de dos visiones parciales y contrastantes, existe una visión más amplia que las incluye y va más allá de ellas. Las diversas disciplinas del saber apelan a una diversificación de métodos. Sin embargo, los diversos campos del conocimiento tienen puntos de encuentro. *Las metodologías propias de cada uno permiten poner en evidencia aspectos diferentes de la realidad*”.

En segundo lugar, un llamado a los científicos. Estos no pueden encerrar al hombre en su horizontalidad. Disciplinas nuevas como la *biología* y la *biogenética* tienen una incidencia directa en el hombre, en su pensamiento y su acción, y puede parecer que amenacen a los fundamentos mismos de lo humano. El “caso Galileo” cobra particular actualidad, invita a los científicos y teólogos a conjugar dentro del *respeto a la diversidad de los saberes* lo que pertenece a la horizontalidad del hombre y “este paso vertical que es el único que puede, en definitiva, dar todo el sentido al ser y al actuar del hombre, porque se sitúa entre su origen y su fin”⁹.

A estos desafíos tengo que añadirles, como universitario de toda una vida y aún más ahora, el de una entrega de toda la Comunidad Universitaria a transformar desde dentro al hombre chileno, sudamericano y mundial, que la irradiación va de aquí hasta muy lejos, partiendo de

⁹ Cfr. Paul Poupard, *Galileo Galilei, 350 ans après en Atéismo y Fe*, Città del Vaticano, XXVII-4, 1992; *Après Galilée. Science et Foi. Nouveau Dialogue*, Desclée de Brouwer, Paris, 1994.

su dimensión religiosa, que es intrínseca a él y a toda cultura, para renovar la humanidad y hacer nuevas todas las cosas.

La Pontificia Universidad Católica de Chile, creada en mil ochocientos ochenta y ocho, nació, como las universidades católicas, "del corazón de la Iglesia", como respuesta a la urgente necesidad de alternativas cristianas a las soluciones que entonces proponía el laicismo y el protestantismo liberal, el relativismo, así como el naciente socialismo, a los problemas de la vida.

Estamos en un centro de educación superior, privado e independiente, "un ayuntamiento de maestros y alumnos" como en su tiempo llamó el rey Alfonso el Sabio a la Universidad. Hay ánimo de búsqueda de la verdad. Más que diplomar profesionales se procura formar católicos capaces de asumir la dirección en el desarrollo cultural, social y político del país. Y a fe que ya cuenta con experiencias fuertes en la historia pasada y reciente de la nación que, afortunadamente, la han dejado incólume y madura. Aunque es un centro de educación ilustrada, sus medios de comunicación y los programas de divulgación que tiene, la mantienen inserta en la realidad chilena, tanto en la esfera ilustrada como en la popular.

También aquí les presento con amor el desafío: engóffense en la masa del pueblo que es

creyente, para ayudarlo a descubrir sus raíces cristianas, discernir las situaciones y programar un futuro mejor. Esto se hace desde una buena preparación en la pastoral universitaria, y lo hacen los laicos, hombres y mujeres de la Universidad, insertándose con su compromiso en el mundo de la religiosidad popular. Chile, con su Virgen del Carmen, antes Conquistadora, más tarde Libertadora, y en el momento actual compañera de viaje de todos los chilenos hacia la Nueva Evangelización, y con Teresita de Los Andes, la joven chilena carmelita, tan parecida a la otra Teresita joven, igualmente hija del Carmelo, la de Lisieux, de la mano de sus pastores, con la ilustración de los dirigentes culturales que le aporta la Universidad y con la bendición del cielo, irá muy adelante.

Finalmente, mis más fervientes votos por que sea una realidad el deseo formulado aquí mismo por el Santo Padre el 3 de abril de 1987: Que a partir de la propia vocación y de la propia identidad cristiana y católica, la Universidad con todos sus componentes se convierta en testigo de verdad y de justicia, y dé testimonio, junto con los otros centros universitarios, de los valores morales ante la nación.

Vivat, Crescat, Floreat.

Muchas gracias.

Discurso del Dr. Pedro Rosso R., con
motivo de la entrega del grado de
Doctor *Honoris Causa* de la Pontificia
Universidad Católica de Chile
al Revdo. Padre Baldo Santi L., O.M.D.
(28 de diciembre de 1993)

Dr. Pedro Rosso R.

*Decano de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile.
Vicepresidente de la Federación Internacional de Facultades de Medicina Católicas.
Otros datos biográficos, ver REMUC 10/92, p. 235*



Revdo. Padre Baldo Santi L., O.M.D.

El texto de la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, del Concilio Vaticano II, se inicia con estas palabras: "El gozo y las esperanzas, las lágrimas y angustias de los hombres de nuestros días, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, lágrimas y angustias de los discípulos de Cristo, y nada hay de verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón".

Hoy nuestra Universidad otorga el grado de Doctor *Honoris Causa* al Padre Baldo Santi, un discípulo de Cristo que, encarnando plenamente

el ideal apostólico expresado por los Padres Conciliares, ha dedicado su vida a los pobres y a los que sufren, haciendo suyas las angustias y esperanzas de esos hermanos.

Al otorgarle su más alto grado honorífico, la Universidad reconoce en el Padre Baldo las características excepcionales de su labor pastoral, la cual ha iluminado nuestras conciencias y la de todo nuestro país. Su preocupación por ayudar a los más necesitados ha cambiado las vidas de un gran número de familias chilenas; ha beneficiado a miles de jóvenes sin capacitación técnica, y ha traído la esperanza a muchos enfermos.

Deus Caritas est. Dios es amor. La gran tarea de la Iglesia es, ha sido y seguirá siendo la proclamación de esa verdad. La divulgación de la Buena Nueva que "Dios amó tanto al mundo, que le dio su Hijo unigénito" y con ese acto elevó la naturaleza humana a una nueva dignidad, otorgando un sentido trascendente a su existencia.

La Iglesia, nacida para prolongar la presencia de Cristo en nuestra historia, se ha hecho íntimamente solidaria con la humanidad, asumiendo toda la vida del hombre, no sólo de sus necesidades espirituales sino también de sus vicisitudes.

De ahí ha surgido la preocupación de la Iglesia por el orden social y su constante lucha para que ese orden se fundamente en la verdad, se construya en la justicia y se vivifique con el amor de Cristo. Sólo así los derechos inalienables de cada hombre a la vida, al alimento, al vestido, a la vivienda, a la salud, a la educación serán, finalmente, respetados.

La fecunda y abnegada labor de servicio del Padre Santi surge de esas bases doctrinarias; las mismas que en forma tan reiterada ha expuesto y defendido el Magisterio, especialmente cuando ha denunciado las injusticias sociales de nuestro tiempo. Por lo tanto, al rendir un homenaje a este sacerdote ejemplar, como comunidad universitaria estamos proclamando nuestra absoluta adhesión a los mismos principios y nuestra convicción que Dios está en el centro de cada hombre.

El Padre Santi nació en la provincia italiana de Lucca, en una familia cuya única riqueza era la de una gran fe en el Señor. No es de sorprenderse, por lo tanto, que el Padre Baldo creciera en esa misma fe y que, desde muy joven, sintiera el llamado del Señor para hacerse pastor de hombres. Es así como, siendo aún un adolescente, ingresó al seminario en Foggia, para, posteriormente, culminar su período de formación asistiendo a la Universidad Gregoriana de Roma, donde estudió Teología, Sociología y Moral.

Ordenado sacerdote el 17 de mayo de 1946, prácticamente no alcanzó a realizar actividad pastoral alguna en Italia ya que, ese mismo año, sus superiores lo destinaron a Chile con el encargo de fundar la primera comunidad de su Orden de la Madre de Dios.

La llegada del Padre Baldo a nuestro país coincidió con un período especialmente difícil de nuestra historia. En ese momento el proceso de industrialización, unido a una mayor tecnificación de la agricultura, empujaba a decenas de

miles de familias a trasladarse a los centros urbanos, especialmente a Santiago, buscando empleo o mejores horizontes de vida. Ese desplazamiento demográfico imprevisto generó en las principales ciudades una demanda de trabajo y de vivienda que superaba en mucho a la oferta. De esa manera, Chile comenzó a vivir un problema de marginalidad social y de pobreza extrema que aún ahora, casi cincuenta años después, continúa confrontándonos con sus consecuencias.

Ese mundo, constituido por personas y núcleos familiares inmersos en una situación de indignidad sin límites, golpeó muy fuertemente la sensibilidad del Padre Santi y hacia él comenzó a volcar todas sus energías. Como reconocimiento de esa labor, y de las virtudes personales y sacerdotales demostradas en ella, el año 1960 fue designado Vicepresidente Ejecutivo de Caritas-Chile, cargo en el cual se ha desempeñado desde entonces en forma ininterrumpida.

El término generales, el trabajo del Padre Santi podría ser descrito como de ayuda caritativa y de promoción social. Con respecto a la ayuda caritativa, el componente más significativo ha sido la donación de alimentos y de medicamentos a personas en extrema necesidad y a instituciones de beneficencia. Los favorecidos por esa acción fue, principalmente, un número muy grande de familias viviendo en una situación de pobreza extrema. Durante algunos de los períodos de recesión económica que ha sufrido nuestro país, el aporte de alimentos que ha hecho Caritas-Chile ha evitado que muchas de esas personas sufrieran hambre.

Igualmente favorecidos han sido numerosos hogares de ancianos, parroquias, hogares de niños, congregaciones religiosas e incluso nuestro Hospital Clínico.

El trabajo que he descrito forma parte de la misión institucional de Caritas. Por lo tanto, no puede atribuirse exclusivamente al Padre Santi. Sin embargo, tal como lo reconocen sus mismos colaboradores, es innegable que la creatividad, dedicación y vitalidad del Padre Baldo han conferido a esa institución un dinamismo y una eficiencia ejemplares.

En el área de promoción social, las tareas y realizaciones del Padre Santi conforman un arco que abarca la vivienda social, la capacitación laboral y las colonias de verano. Entre estas obras quisiera mencionar como representativas la Escuela Industrial Simón Bolívar; el Instituto de la Vivienda; la Cruzada del Servicio Voluntario; la Escuela Nacional de Capacitación, y el Instituto de Colonias y Campamentos. El Padre

Santi es fundador o cofundador de cada una de ellas.

Más recientemente, para ofrecer a los jóvenes un espacio de convivencia y de reflexión, el Padre Baldo creó el Centro Cultural El Agora, una residencia estudiantil modelo por sus características funcionales y de planta física.

Los logros que he mencionado han hecho del Padre Santi una figura estimada y respetada a nivel nacional. Sin embargo, ha sido su cruzada en favor de los enfermos de SIDA la iniciativa que más profundamente ha impactado nuestras conciencias. Cuando fue iniciada, recién comenzábamos a asumir las implicancias de esa trágica epidemia y mirábamos en forma condenatoria a sus víctimas. En cambio, el Padre Baldo se declaró amigo y abogado de esos enfermos, acogiéndolos en hogares especialmente organizados para ellos y compartiendo su vida con ellos.

Su ejemplo de Buen Samaritano ha contribuido a que desarrollemos una actitud más comprensiva y compasiva hacia los que padecen SIDA, con lo cual ha logrado que, como comunidad nacional, seamos mejores.

Los méritos personales y las contribuciones que el Padre Santi ha hecho al país le han ganado el reconocimiento de diversas instituciones y de gobiernos nacionales y locales. El primer reconocimiento proviene de la misma Iglesia, la cual, prolongando su largo mandato como vicepresidente Ejecutivo de Caritas-Chile, ha manifestado su complacencia por la labor realizada.

El Gobierno de Italia lo ha condecorado con la Estrella de la Solidaridad y lo ha nombrado Caballero de la República Italiana.

La Municipalidad de Estación Central le ha otorgado el galardón "Padre Hurtado", por su trabajo en favor de los enfermos de SIDA.

Finalmente, el Consejo Pontificio para la Pastoral de los Agentes Sanitarios lo ha nombrado Consultor.

Los hechos que he relatado constituyen, sin duda, suficientes méritos para la otorgación de un Doctorado *Honoris Causa*, grado que la Universidad confiere como reconocimiento a personalidades nacionales o extranjeras que hayan hecho relevantes contribuciones al progreso del país o de la Universidad. Es por esa razón y porque, como Facultad de Medicina, hemos sido directamente favorecidos por el Padre Santi, que consideramos oportuno proponerle a la Dirección Superior de nuestra Universidad el otorgamiento de ese grado honorífico a esta distinguida figura. Nuestra proposición recibió el respaldo entusiasta de la Dirección de la Universidad y la aprobación unánime del Consejo Superior.

El único obstáculo que encontramos en el logro de nuestra meta fue el propio Padre Baldo, quien, con la humildad que lo caracteriza, no se sentía cómodo con la idea de ser depositario de este honor. Finalmente logramos convencerlo argumentando que el grado para el cual lo proponíamos era un reconocimiento implícito a la labor de Caritas-Chile y de todos quienes han colaborado con esa institución. Estamos muy complacidos de que haya aceptado.

En este momento sólo deseo agradecer al Padre Baldo toda la ayuda que siempre ha estado dispuesto a prestarnos y manifestarle que su testimonio de solidaridad fraterna con nuestros hermanos más pobres y con todos los que sufren nos ha hecho crecer espiritualmente. Una vida como la suya, tan enteramente entregada a la voluntad de Dios para beneficio de otros, constituye un gran ejemplo para todos y el mejor servicio que un sacerdote puede prestar a la Iglesia. En ella reconocemos el perfil de los verdaderos constructores del Reino.

Muchas gracias

Los caminos del Evangelio para que el Hombre viva*

Rvdo. Padre Baldo Santi L., O.M.D.

*Sacerdote. Miembro de la Orden Religiosa de la Madre de Dios,
Vicepresidente de Caritas-Chile. Asesor eclesialístico de la Academia de San Lucas.
Consultor del Consejo Pontificio para la Pastoral de los Agentes Sanitarios.
Coautor del libro "De la muerte surge la vida. Una respuesta cristiana frente a la pandemia del SIDA"*



El Rvdo. P. B. Santi recibe de manos del Rector la medalla de la Universidad, que lo acredita como "Doctor Honoris Causa" de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Estimados señores:

No puedo esconder, en este momento, la sorpresa y la incomodidad que este acto provoca en mí. Los que me conocen saben que no soy un académico ni un profesional de la cultura. Entonces, me reconforto al pensar que este gesto delicado y solemne a la vez, tiene

unos destinatarios que trascienden mi persona y constituye el reconocimiento a la bondad de un camino que, trazado antes que nosotros, por gracia me encuentro recorriendo: el de Cristo Buen Samaritano.

Sí, destinatarios de este homenaje son los hombres y mujeres, sin excepción, hacia quienes CARITAS siente el apremiante llamado de revelar la Caridad de Cristo y el camino es el del Evangelio, tan paradójicamente lejano de nuestros torcidos senderos humanos que, por el ciego egoísmo que a menudo los inspira y sostiene, sólo dejan a su lado heridos e indiferentes.

* Discurso del R.P. Baldo Santi L., O.M.D., al recibir el grado de "Doctor Honoris Causa" de la Pontificia Universidad Católica de Chile (28.12.1993)

El camino de Cristo, por el contrario, fija los pasos de un proceder que humaniza, sana y evangeliza, abriéndose a la esperanza. Es precisamente este convencimiento experimentado y verificado, a lo largo de estos años, el que me impulsa —en esta oportunidad— a ofrecerles la experiencia llena de asombro por la riqueza de vida de este camino, en el que he puesto mis pasos, en lugar de un análisis de corte sociológico o ceder a la sutil tentación de ostentar resultados que sólo están confiados a la bondad del Padre (Mt 6, 4).

Se trata, y lo quiero afirmar de inmediato, del “camino nuevo y vivo” —como expresa eficazmente el autor de la carta a los hebreos— “que Cristo ha inaugurado en su propia carne” (Heb 10, 20), para que los hombres puedan proceder seguros hacia su propio destino. Quiero ir a la fuente inspiradora y a la experiencia viva y creadora que, más allá de la coherencia personal, he verificado y reconocido como posibilidad de ser cien veces más hombre y de mirar a los demás con ojos de misericordia, aun cuando la falta de medios humanos o conductas evasivas y destructivas han impedido “ser más”. Es el camino que me ha educado a considerar siempre, a todos los hombres como “viajeros”, o sea, caminantes hacia el mismo fin: Cristo, medida de auténtica humanización e icono del hombre en la potencialidad de toda su vocación.

Esta es la fuerza que preserva del sin sentido, que me ha animado en los fracasos, proyectando hasta la eternidad aun los hechos más insignificantes y banales, suscitando en mí ese gusto de vida nueva, frente a lo cual la cultura de la modernidad se revela incapaz de generar una humanidad verdadera y buena o de suscitar la adhesión sincera de la conciencia.

Sin embargo, a pesar de ello, debemos reconocer que esta cultura sigue siendo la referencia más acreditada para construir el futuro, desafiando a los cristianos a mostrar una vez más, en esta difícil etapa de la historia, el potencial de vida de los caminos del Evangelio.

LOS DESAFÍOS DE LA CULTURA DE LA MODERNIDAD

Recientemente, nuestro arzobispo, Mons. Oviedo, en su carta pastoral sobre el SIDA “Del temor a la esperanza”, hablando del significado cultural que subyace a esta dolorosa pandemia, ha individualizado su rasgo preeminente en la afirmación que el hombre hace de sí mismo, como único dueño y realizador de su destino. El

pensamiento dominante, negando, si no teóricamente, sí, en la vida real el carácter de creatura e hijo, erige al hombre en único dueño y señor de su vida. Este ya no espera de Dios su plenitud, ya no entiende lo que es Gracia, ni cree en el milagro. Su ídolo es Prometeo. Partiendo de la razón como medida de todas las cosas, poco a poco viene a entender la moralidad como “explotación” de sus cualidades naturales en función del éxito, y la libertad como una ausencia de vínculos con la misma realidad.

A este rasgo quisiera añadir otro. Me refiero al carácter sustancialmente utópico de esta cultura. La realización de lo humano, la felicidad, se posponen siempre para un futuro más o menos remoto: una vez que se hayan dado ciertos cambios tecnológicos o políticos, sobre todo políticos, porque en la dinámica histórica de esta cultura la persona humana, a la que se le ha prometido la libertad más omnímoda, termina siempre sometida. Sometida a sus propios impulsos instintivos, a las leyes del mercado o del partido, a las exigencias de la raza. Sometida a la opinión pública y a quienes la dictan. Sometida y sola, abandonada en su insatisfacción profunda y en su confusión por la falta de un significado para la vida y para la muerte.

El hombre que está forjando esta cultura, cuyas heridas muchas veces he tocado con la mano, parece haber perdido su identidad de peregrino, porque, una vez ahogada toda pregunta del “porqué” y el “hacia dónde” de su existencia, se encuentra entregado a la lógica secularizada que considera bueno sólo lo relativo al bienestar, hasta establecer de manera ideológica sus mismos límites.

El reencuentro del hombre con su vocación propia es condición para que viva, y el camino nuevo, inaugurado por la carne de Cristo, consiste precisamente en la certeza de que ha habido un momento “en el tiempo” que ha dado sentido a todo. “Un momento que —como dice el poeta inglés Thomas Elliot— da significado al tiempo, pues, sin significado no hay tiempo”. Ese momento es el acontecimiento de Cristo. El es el Verbo de la vida que han visto nuestros ojos y tocado nuestras manos (1 Jn 1, 1-3), en “El habita corporalmente la plenitud de la divinidad” (Col 2, 9). En el hijo de Dios la historia ha sido redimida, porque El se ha mostrado como la misericordia infinita que está en el origen de todo. “Todo ha sido creado por El y para El” (Col 1, 16). “El ha inaugurado, a través de su carne, un camino nuevo y vivo, así que en medio del dolor y del pecado se hacen posibles la alegría y la libertad.

Aquí está condensado todo el escándalo para la lógica de la razón autosuficiente. El hombre-Prometeo no puede admitir que en Cristo está la "plenitud del tiempo" (Gál 4, 4), o sea, que su persona, constituida "centro del cosmos y de la historia", define y embista el sentido de todo. Cuando se olvida este núcleo que identifica la unicidad del cristianismo, éste, aunque no sea rechazado de plano, es transformado en una utopía, sea ética, religiosa o filosófica.

Si he hecho referencia a este dato, es porque muchas veces, también en la acción caritativa y de promoción humana de estos últimos años, ha sido fuerte y sutil la tentación de una reducción del acontecimiento cristiano, olvidando la originalidad del camino a recorrer y el fundamento de la pretensión cristiana. De hecho, Cristo no indica uno entre tantos caminos que se han ofrecido a los hombres para alcanzar, usando una expresión de Víctor Hugo, ese puente que une la orilla humana con la estrella lejana que identifica el significado de la existencia. El mismo se identifica con el camino: "Yo soy el camino" (Jn 14, 16).

Caminar significa estar en El, seguir sus pasos, alcanzarle. El está al comienzo y al término de nuestros pasos, y sólo en El los caminos del hombre son caminos que humanizan, sanan y evangelizan.

El desafío de la nueva evangelización consiste precisamente en permitir a los hombres de nuestro tiempo que vuelvan a recorrer ese camino vivo y nuevo, capaz de originar una nueva cultura que le devuelva la imagen inicial de creatura e hijo. Esto será posible si logra liberarse de las múltiples imágenes imperantes y a menudo convergentes en la que Cornelio Fabro ha definido la "profesión del hombre de pertenecerse y bastarse a sí mismo".

Es sumamente urgente luchar por una cultura que, aun en medio de las contradicciones, no cese de buscar el verdadero significado de la vida, puesto que dejar de plantearse las cuestiones básicas sobre el "porqué" de la vida se ha vuelto muy fácil. El Santo Padre lo ha recordado a los miles de jóvenes reunidos en Denver en la VIII Jornada Mundial de la Juventud, con un tremendo y trágico juicio sobre nuestro siglo XX, afirmando que, precisamente por este olvido, este siglo será considerado —no obstante los impresionantes descubrimientos técnicos— como una época de ataques masivos a la vida, una serie interminable de guerras y una destrucción permanente de vidas humanas inocentes. Época en que los falsos maestros y los falsos profetas han logrado su mayor éxito posible

(Cf. *L'Osservatore Romano*, ed. castellana, N° 34, 20 de agosto de 1993, pág. 17).

Esto no es el grito apocalíptico y pesimista que en el umbral del tercer milenio tiende a teñir de oscuros colores este paso epocal, sino el análisis realista del pastor universal con el cual coinciden muchas otras voces de la literatura, del arte y de la cultura que, igualmente, denuncian la "abolición de lo humano" como la herencia más trágica de nuestro tiempo.

Frente a todo esto la propuesta cristiana resuena con las mismas esperanzadoras palabras de Jesús: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10, 10); y la oferta del camino para alcanzar esa promesa que hay en nosotros y frente a la cual nos sentimos impotentes para realizarla: "Yo soy el camino" (Jn 14, 16).

TRES CAMINOS PARA TRES URGENTES TAREAS

En esta perspectiva cultural, que tantas veces he visto multiplicada y directamente llamada "en causa" por distintas situaciones de pobreza, quisiera ofrecer tres particulares caminos que brotan del dinamismo del Evangelio y que considero particularmente necesarios "para que el hombre viva" (Jn 10, 10). Son caminos que me han asombrado por el céntuplo de esperanza que han provocado en mí y en las personas con quien he tenido la dicha de compartirlos, como parte de una misma aventura de gratuidad y de encuentro con una presencia que nos vuelve a colocar en la senda de un proceder que humaniza, sana y educa.

El Evangelio, de hecho, si lo consideramos dinámico, posee el ritmo de un camino en el cual el acontecimiento-Cristo es la Palabra que, enviada desde el seno del Padre, inicia su marcha por el mundo transformando y renovándolo todo. Es esta la perspectiva teológica que privilegia, por ejemplo, el evangelista Lucas, el cual presenta a Jesús siempre como un caminante: en la historia de su infancia, en su vida pública, en el gran viaje de Galilea a Jerusalén, donde lleva a cumplimiento su Misterio Pascual y desde donde asciende al cielo para enviar la fuerza del Espíritu Santo que fortalece a los Apóstoles para ser ellos testigos preparados y en camino.

El libro de los Hechos de los Apóstoles, que completa la obra lucana, también relata el "camino" de la palabra, como ella se extiende por toda la región (Hechos 13, 49). Ella se "extiende" (Hechos 6, 7), "crece y se refuerza" (He-

chos 13, 49) y llega a ser potente. Los Hechos de los Apóstoles no quieren describir otra cosa que el cumplimiento de la promesa del resucitado: "Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra" (Hechos 1, 8).

Como nos ha recordado recientemente el Cardenal Ratzinger, en sus comienzos, incluso antes que se acuñara la palabra cristianos, la religión cristiana se llamaba simplemente camino. Por lo menos unas seis veces encontramos, en los Hechos de los Apóstoles, ese nombre que nos informa sobre la primera fase del desarrollo histórico del cristianismo. "Yo perseguí a muerte a este camino", confiesa, por ejemplo, San Pablo en su discurso ante los judíos en el atrio del templo.

De este dinamismo del Evangelio brotan algunas imágenes de situaciones reales, íconos de concretas vivencias que iluminan nuestro proceder en el actual contexto de nuestra sociedad y, particularmente, en esta hora de nueva evangelización para dar vida a esa cultura nueva que responda al proyecto de Dios sobre el hombre.

EL CAMINO DE LA HUMANIZACION: JERICÓ (Lc 10, 30-37)

Es el camino recorrido por el Buen Samaritano, mientras se dirigía de Jerusalén a Jericó, cuando se arrodilla para aliviar las heridas del apaleado.

Nos ayuda, una vez más, a comprender el valor de este camino la carta de Mons. Oviedo sobre el SIDA: "Cristo es el Buen Samaritano de la humanidad, una vez más, brutalmente golpeada, herida y abandonada por este nuevo mal. El puede curar nuestras múltiples heridas 'con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza', apiadándose de nosotros, poniéndose a nuestro lado, colocándonos en el lugar seguro de la Iglesia, hasta cuando El vuelva a saldar definitivamente la cuenta abierta con el mal. En la luz de Cristo se descubre lo que somos y lo que estamos llamados a ser y se nos muestran los caminos de una auténtica humanización y dignificación, también frente al desafío del SIDA" (n. 22).

Considero que este camino constituye hoy el primero y más urgente a recorrer en una opción para el hombre que sea libre de ideologizaciones o de matices, exclusivamente sociológicas.

Los largos años de servicio prestados desde CARITAS-Chile me han evangelizado, edu-

cado y llevado a descubrir el enorme déficit humano que constituye la mayor pobreza de nuestro tiempo y el resultado más dramático de la cultura actual.

El hombre que no se entiende a sí mismo como imagen viva de Dios, como aquel que siente descansar sobre sí la mirada de Dios, empieza a perder los rasgos de su individualidad.

Las fisionomías impregnadas, o mejor dicho desfiguradas, por la fe en la tecnología, son como piezas útiles producidas masivamente, cambiables como elementos capaces sólo de deseos. Empieza, entonces, a perder el milagro de su singularidad, porque sólo una relación personal con Dios nos puede hacer únicos y singulares.

Cuando, en 1947, C. S. Lewis presagia la abolición de lo humano como etapa final del dominio tecnológico de la naturaleza, no podía anticipar con mayor precisión lo que el Papa Juan Pablo II ha repetido a los jóvenes en Denver: "En una cultura tecnológica, en la que estamos acostumbrados a dominar la materia descubriendo sus leyes y mecanismos para transformarlos según nuestra voluntad, surge el peligro de querer manipular, también, la conciencia y sus exigencias. En una cultura que sostiene que no puede existir ninguna verdad universal válida, nada es absoluto. Así, pues, al fin y al cabo -dicen- la bondad objetiva y el mal no importan. El bien se convierte en lo que agrada o es útil en un momento particular, y el mal es lo que contradice nuestros deseos subjetivos. Cada persona puede construir un sistema privado de valores" (*L'Osservatore Romano*, ed. castellana, 20 de agosto de 1993, n. 34, p. 17).

¿Quién no conoce las dificultades que ha despertado, por ejemplo, la perspectiva de la Iglesia a la hora de enfrentar y prevenir el terrible mal del SIDA no sólo como un tema técnico-sanitario, sino como un desafío para recuperar lo humano y la riqueza de sus potencialidades como primer recurso que preserva, dignifica y conduce a solidarizar con los caídos? Se ha llegado a postular y reconocer un empobrecimiento tan profundo de lo humano, hasta el punto que se desconfa de la posibilidad de encontrar una respuesta en las potencialidades religiosas, las virtudes morales y los ideales de vida que valientemente nos recordaba Mons. Oviedo.

La capitulación frente al SIDA, cuando es enfrentado sólo con una técnica extrínseca que evite poner en juego la responsabilidad moral, como respuesta al *ethos* que llevamos grabado dentro de nosotros y que coincide con nuestra plenitud y felicidad, es la capitulación del hom-

bre frente a la superelite de los condicionadores, controladores y creadores móviles que se encargarán de declarar caducados los viejos modelos éticos y confeccionarán los nuevos.

El camino del buen samaritano consiste, hoy día, en esta primaria y urgente actitud: curar las heridas que los nuevos salteadores han provocado en el peregrino que somos nosotros, con el aceite de un consuelo que nos apiade por este déficit de humanidad y el vino de la esperanza que devuelva la energía para el camino. Decía Bernanos: "Quitadle a un hombre la esperanza de llegar y le habréis cortado las piernas".

Humanizar significa volver a escuchar el corazón y esa promesa que espera ser cumplida, pero que no por eso es menos verdadera. Humanizar es poner al pobre y al enfermo en el centro del servicio sociocaritativo, ya que frecuentemente son sustituidos por otros protagonistas o intereses: ideólogos, partidos, sindicatos, eficientistas y hasta teólogos. Actitudes de indiferencia o insensibilidad pueden manifestar la pérdida de las motivaciones profundas que alimentan la bondad del servicio.

Humanizar significa educar a la comunidad y al individuo para que al marginado se le trate como protagonista de su proceso liberador, comprometiéndole para asumir responsabilidades y suscitando sus recursos espirituales, redescubriendo y promoviendo la antropología de la persona en la totalidad de sus factores.

A fin de cuentas, humanizar es mirar y dirigir las conciencias hacia Cristo, como la imagen del hombre verdadero. "He aquí el hombre" dijo Pilato ese Viernes Santo, presentando a una masa deshumanizada por el odio y la manipulación del poder, a un hombre que vivía en su carne las heridas del apaleado del camino de Jerusalén a Jericó. Pilato no sabía que en aquel momento mostraba al Buen Samaritano que daba su vida para que todos vivieran y que, desde esa condición, empezaba su obra de transfiguración del hombre, incluido Pilato.

EL CAMINO DE LA CURACION (Mc 6, 56)

Como aparece continuamente y con fuerza en las páginas del Evangelio, en el caminar de Jesús encuentra amplio espacio su "ministerio terapéutico".

El Hijo de Dios hecho hombre cura a los enfermos, consuela a los afligidos y libera de los espíritus malos. Escuchemos el testimonio de Marcos: "Dondequiera que llegaba Jesús, aldeas, ciudades o campos, ponían a los enfermos

en las plazas y le rogaban poder tocarle el borde de su manto y cuantos lo tocaban eran curados". (Mc 6, 56; cf. también Mc 1, 32-34; 3, 9-11; Mt 8 16-17; 9, 35).

La Nueva Evangelización es, por cierto, la tarea primaria de la Iglesia, "su dicha y vocación", como lo afirmó Pablo VI (E.N., n. 14), pero, para llevarla a cabo, ¿no conviene tener ante los ojos la personalidad sanadora de Jesús y el ministerio terapéutico que acompaña toda su vida? El camino del contacto con el enfermo ¿no será uno de esos cruces privilegiados, por el cual pasa esa fuerza que sana de manera integral al hombre?

Uno de los más expresivos frescos de la Iglesia antigua, encontrado en las catacumbas de los santos Pedro y Marcelino en Roma (comienzos del siglo IV), representa precisamente el encuentro de Jesús con la mujer hemorroísa. Esta mujer sufrió durante largos años, se curó al tocar el manto de Jesús, "gracias a la fuerza que había salido de El" (Mc 5, 30). Es una imagen hermosa que no casualmente es reproducida al comienzo de la segunda parte del catecismo de la Iglesia Católica (ed. de la Asociación de Editores del Catecismo) que se refiere a la celebración del Misterio cristiano en la liturgia. Esta figura simboliza, pues, el poder divino y salvífico del Hijo de Dios que salva al hombre entero, alma y cuerpo, a través de la vida sacramental y de los gestos concretos de atención hacia los enfermos. Ahora bien, este "gesto" de curación y de consuelo es transmitido por Cristo a su Iglesia, es consignado y confiado a ella, a su vida y a su misión. ¿No es acaso de enorme relevancia el hecho que, de manera análoga al mandato de predicar el Evangelio, se encuentre el mandato de curar a los enfermos? "Y llamando a sus doce discípulos les dio el poder de expulsar a los espíritus inmundos y curar a toda clase de enfermedades y debilidades. A estos discípulos, Jesús los envió tras haberlos instruido así...: "Id y predicad que el reino está cerca. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, sanad a los leprosos, arrojad a los demonios" (Mt 10, 1.5.7-8). Y el "curad a los enfermos", como momento y expresión de la misión salvífica que Cristo confía a su Iglesia, o sea, como real participación o comparticipación del amor salvador de Jesucristo "médico de las almas y de los cuerpos".

La Nueva Evangelización necesita de una renovada pastoral sanitaria como gesto de obediencia a Cristo mismo, y como camino privilegiado de participación a su ministerio de consolación y curación.

La pastoral sanitaria es parte integrante, esencial, necesaria e irrenunciable de la misión salvífica de la Iglesia: no es una cosa más, un "optional", algo que hay que reservar a una elite... Es obediencia al mandato de Cristo y, por lo tanto, pertenece a la vida de la Iglesia, más aún a su ser profundo.

Desde que he emprendido este camino al lado de los enfermos de SIDA, a veces, con la única posibilidad e intención de no poder ofrecerles otra cosa que el borde del manto de Cristo, a través de mi compañía y cercanía con ellos, he experimentado el potencial evangelizador que significa el camino del dolor.

Es, por cierto, un camino amplísimo, no sólo por su aspecto cuantitativo, sino porque la acción pastoral en el campo sanitario se ha hecho cada vez más difícil, compleja y delicada. Las razones son numerosas y variadas: no sólo las debidas a los retrasos y a las lagunas del sistema sanitario o a la falta de servicio de las personas, sino sobre todo de índole cultural.

Piénsese especialmente en el secularismo o laicismo de la vida y del pensamiento que margina o censura el dolor, la muerte y al anciano. Piénsese, también, en las implicaciones de problemas éticos, más graves que nunca, en conexión con la gestión de la sanidad y de los hospitales: aborto en las secciones de maternidad, contracepción, impulsos eutanásicos, enfermos de SIDA, presencia de la conflictividad política y sindical.

Pero, precisamente porque el camino se ha extendido espantosamente, hay necesidad de que toda la Iglesia vuelva a acudir al contacto con el enfermo. Urge relanzar una pastoral sanitaria capaz de animar a la esperanza. Dar ánimo significa permitir que el dolor no sea sólo un problema, sino un "misterio" que se esclarece a la luz de la cruz de Cristo. Significa dar fuerza a quien está enfermo, mediante la celebración de los sacramentos y de la oración que son los signos que hacen partícipes al cristiano del misterio pascual de Jesús.

Dar ánimo significa despertar la conciencia de la dignidad que le deriva al hombre el ser imagen viva de Dios. Es una dignidad imborrable que el hombre posee en cualquier condición de vida, pero que, precisamente, en el momento de la aparente "inutilidad" que el contexto eficientista exaspera, necesita ser transmitido como el más poderoso recurso que rescata el dolor.

En fin, animar debe constituir el proceso a través del cual el enfermo no es el simple objeto o destinatario, sino el primer sujeto, el protago-

nista responsable de la pastoral sanitaria, como claramente nos recuerda la *Christifideles laici*: "Uno de los objetivos fundamentales de esta renovada e intensificada acción pastoral, que no puede menos de implicar de modo coordinado a todos los componentes de la comunidad eclesial, es considerar al enfermo, al minusválido, al que sufre, no simplemente como un término de amor y de servicio de la Iglesia, sino como sujeto activo y responsable de la obra de evangelización y salvación" (n. 54).

Hacer madurar esta conciencia y hacer ejemplares algunas realidades de servicio, como es el caso de la construcción de la clínica para enfermos de SIDA, es una primacía que CARITAS quiere privilegiar en los tiempos de la Nueva Evangelización.

EL CAMINO DE LA EDUCACION- JERUSALEN-EMAUS (Lc 24, 13-35)

Una vez más es el evangelista Lucas quien nos propone otra imagen itinerante que nos ayuda a identificar el último de los tres caminos del Evangelio que, desde mi experiencia de CARITAS, considero particularmente urgente en esta difícil y dramática etapa de nuestra historia.

A lo largo de este recorrido, que va de Jerusalén a Emaús, Jesús se hace compañero de ruta de dos discípulos desanimados y de paso lento y cansado, a los que termina por transformar en testigos capaces de correr y anunciar lo que han visto. Lo que ha pasado es que el Maestro ha recogido esa promesa del corazón, esa exigencia y gusto de vida despertado en los días que precedieron los trágicos acontecimientos de Pascua y que, sin embargo, parecía haberse desvanecido bajo el impacto de esa muerte desconcertante y violenta.

Los dos discípulos habían experimentado que la compañía con Jesús, su persona y sus gestos, correspondían a los pedidos más profundos del corazón y a sus exigencias de sentido, de verdad y de belleza. Pero ahora cuánta amargura y frustración en aquella resentida expresión: "nosotros esperábamos... pero llevamos ya tres días desde que esto pasó" (Lc 24, 21). Tres días que parecían ya un siglo. Tres días que separan sus vidas de la riqueza de un sueño concretizado detrás de un hombre y el repliegue hacia el acostumbrado y aburrido vivir, al cual deben regresar con la resignada constatación que el corazón parece latir sin un porqué.

Aquí está el drama de los dos y de todos. ¿Es posible que esa promesa que hay en nosotros quede sin cumplirse? ¿Es humana y digna una esperanza que termine frente a una tumba? ¿No es acaso el vacío provocado por esa ausencia lo que autoriza a que nosotros mismos teorizemos los contenidos educativos para una libertad que aparece vacía y carente de responsabilidad? Esto es lo que precisamente, como afirma Juan Pablo II, han hecho los falsos profetas y maestros de vida. Maestros que enseñan a salir del cuerpo, del tiempo y del espacio para poder entrar en la vida verdadera. Estos condenan la creación y, en nombre de un falso espiritualismo, conducen a miles de jóvenes por caminos de una liberación imposible, que al final los deja más solos, víctimas del propio engaño y del propio mal.

Aparentemente, en el polo opuesto los maestros del "carpe diem" invitan a seguir toda inclinación o apetencia instintiva, con el resultado de hacer caer al individuo en una angustia llena de inquietud y de peligrosas evasiones hacia falaces paraísos artificiales.

También hay maestros que sitúan el sentido de la vida exclusivamente en el éxito, en el deseo de riquezas, en el desarrollo de las capacidades personales, sin tener en cuenta la existencia de los otros, ni el respeto por los valores, ni siquiera el valor fundamental de la vida.

Estos y otros tipos de falsos maestros proponen objetivos educativos que no sólo no sacian, sino que agudizan y aumentan la sed que arde en el corazón del hombre.

La pedagogía de Jesús con los discípulos de Emaús es distinta. El recoge seriamente esas promesas del corazón, esas exigencias inextirpables y a ellas responde con el don de una vida compartida: la del hijo de Dios muerto y resucitado. Frente a esa actitud emerge toda la crisis de la educación que hoy día sufrimos y que se manifiesta a muchos niveles. Ella tiene origen precisamente en la negación teórica y práctica o en la sustitución voluntarista de las preguntas últimas que constituyen el "corazón" (o la experiencia elemental) y son huella existencial de esa libre relación con el infinito. Educar, para muchos, significa exclusivamente la valorización de los recursos humanos sólo desde la perspectiva del funcionamiento.

Permítanme, una vez más, hacer referencia a este real desafío desde la perspectiva educativa con la que CARITAS está enfrentando la pandemia del SIDA.

Hablando en colegios, universidades, centros televisivos y radiales y con distintos grupos pro-

fesionales acerca del SIDA, he podido recoger una sustancial tecnificación del problema encubierto bajo el falso reparo del sexo seguro, de la jeringuilla limpia o de la selección y limitación de los *partners*. La propuesta educativa como capacidad de obedecer a lo que nos hemos fijado nosotros y que constituye nuestra identidad y vocación, parece una tarea demasiado larga, difícil y no proponible en el contexto pluralista de nuestras sociedades modernas.

CARITAS ha querido recorrer el camino pedagógico de Jesús. Nos hemos hecho caminantes con aquellos que, abatidos y desilusionados, recorren el camino que define la geografía de la desesperación.

Ofrecer una presencia que sea ocasión para que el corazón vuelva a latir y arder ante el descubrimiento de nuestra condición de creatura e hijo y la disponibilidad de recibir de otro la definición de lo que somos y de lo que lleva a la vida. El milagro ha sido el florecimiento de una humanidad que, sin ser sacada de las concretas situaciones de dolor o de amenaza ante un virus que pesa como una condena, ha asumido el desafío de una libertad exigente pero enaltecedora.

Cuando veo el rostro de aquellos con quienes el Señor me ha concedido la Gracia de caminar, aun en las horas de la incomprensión y del rechazo y puedo admirar ahora la renovación que Cristo ha traído a través de nuestra compañía, siento que esa página educativa del Evangelio se ha vuelto vida en mi vida, haciendo posible el regreso de Emaús a Jerusalén para contar a todos lo que nos ha sucedido.

CONCLUSION

Queridos amigos, al terminar estas palabras quiero afirmar que CARITAS es signo de un amor que la trasciende y la compromete a hacer visible tal signo a través de los caminos del Evangelio. Al establecerse la relación con el que sufre marginación o pobreza, CARITAS se deja guiar por la mentalidad de la Alianza, no de la compra o del contrato, sabedora de que el Señor mantiene su fidelidad, a pesar de que nuestra respuesta es fluctuante.

Practicando el acercamiento global, superamos la concepción dual y subrayamos la dignidad del hombre, cuya integridad es un himno a la gloria del Dador de toda vida que garantiza que en el Reino "no habrá más llanto ni sufrimiento ni dolor ni muerte" (Ap 21, 4).

Esto es lo que CARITAS ya aquí y ahora quiere testificar con la diaconía de la caridad, de

la que es portadora y que, a la vez, la conforma.

Mis últimas palabras no pueden ser más que de profunda gratitud por este gesto que me une de manera singular a la gran familia de la Pontificia Universidad Católica. Agradeciendo, en particular, a la Facultad de Medicina que ha promovido y concretizado la entrega de este

título que valorizo de manera particular, comprometo mis capacidades y cooperación en todo el quehacer de esta singular vocación que le corresponde: ser comunidad sanadora y signo de un Amor más grande que rescata nuestras vidas del dolor y de la muerte.

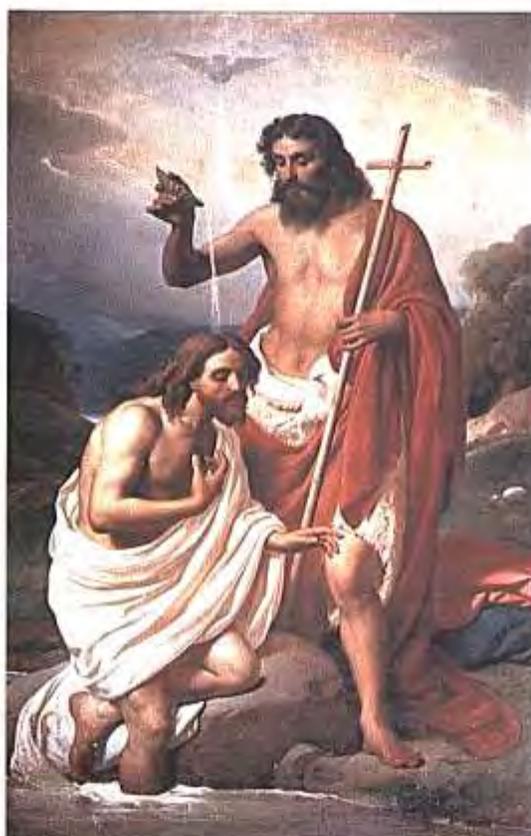
¡Muchas gracias!

Hagiografía

Hoy, más que nunca, es importante conocer la vida de los santos. Son modelos de hombres y mujeres de mentes claras y de espíritu valiente y generoso, que en su época y en su medio se identificaron y jugaron sin reserva por la causa de Cristo

San Juan Bautista*

Monseñor Jorge Medina E.



No hubo durante la vida terrenal de Jesús ninguna persona que recibiera una alabanza semejante a la que él dedicó a su primo y precursor: “¡No hay entre los nacidos de mujer ninguno más grande que Juan Bautista!” (Mt 11, 11). Juan era “luz que ardía y brillaba” (Jn 5, 35). Nos hará bien lo que dicen las Escrituras sobre este personaje tan singular. Y nuestra tarea no será fácil, porque hay en los Evangelios más de 180 versículos que hablan del

Bautista. Pero vale la pena considerar de cerca siquiera algo de lo que allí se dice de Juan, porque si Dios quiso que tanto se escribiera de él bajo la inspiración del Espíritu Santo, ello es, sin duda, porque los rasgos del precursor tienen una significación del todo especial en la historia de la salvación.

La Iglesia tributa gran honor a Juan Bautista: es el único santo cuya fiesta –con el grado de solemnidad– se celebra en el día de su nacimiento y no en el de su muerte o en otra fecha apropiada. En la Edad Media fueron muchos los templos dedicados al precursor de Cristo y sa-

* Tomado de “A la luz de la Fe”, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1990.

bemos que la Catedral de Roma es la Basílica de San Juan de Letrán, la "madre y cabeza de todas las iglesias de la ciudad y del mundo", como reza la inscripción de su frontispicio, y no la de San Pedro, como algunas personas creen. No inferior es el lugar que atribuyen al Bautista las Iglesias de Oriente: en la bella procesión de santos que adornan el muro litúrgico de los iconostasios (tabique ricamente adornado que separa la nave del santuario), se ve siempre a la diestra del Cristo glorioso a su santísima Madre, y, a su izquierda, la imagen inconfundible del precursor, vestido con una tosca túnica, descalzo, e indicando al salvador con su mano, como si estuviera diciendo: "¡Este es el cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29.36).

El arte cristiano se ha inspirado muchas veces en Juan, sea representándolo como niño junto a su madre la Virgen María y Jesús; sea mostrándolo en su varonil estampa de joven profeta; sea imaginándolo en el momento de bautizar a Jesucristo en el Jordán (tema tan frecuente y casi obligado en los bautisterios); sea, finalmente, para hacernos ver su cabeza cortada, último, mudo e insuperable testimonio de su fidelidad a Dios.

Cuando la Iglesia canta las "Letanías de todos los Santos", luego de nombrar a la santísima Virgen y a los ángeles, el primer santo cuyo valimiento invoca es Juan Bautista.

Veintitrés papas han llevado como nombre de su ministerio el de Juan, sin contar los dos Juan Pablo: ningún otro nombre ha sido objeto de tan grande preferencia por parte de los Pontífices Romanos.

Estas líneas no tienen la pretensión de abarcar todo lo que se pudiera decir de Juan Bautista: sólo quieren ser una invitación a penetrar en el profundo sentido espiritual de un hombre cuyas actitudes serán siempre válidas para quienes deseen ser, en verdad, discípulos de Cristo y seguidores de su Evangelio. Y para lograr este objetivo, nada mejor que leer y releer las Escrituras que nos hablan de él.

1. EL ANUNCIO

Dice san Lucas que el sacerdote judío Zacarías, y su esposa, Isabel, pertenecían a la estirpe sacerdotal de Aarón, "eran justos ante Dios y caminaban sin tacha en todos los mandamientos y preceptos del Señor" (Lc 1, 5s). Pero no tenían hijos, y eso los afligía y humillaba.

Mientras Zacarías ejercía su oficio en el Templo de Jerusalén, se le apareció el Ángel del Señor y le anunció que sus oraciones habían sido escuchadas: recibirían un hijo. "a quien pondrás -le dijo- por nombre Juan; *será para ti gozo y alegría* y muchos *se gozarán en su nacimiento*, porque *será grande ante el Señor*; no beberá vino ni licor y *estará lleno del Espíritu Santo* ya desde el seno de su madre; y a muchos de los hijos de Israel *los convertirá* al Señor su Dios, e irá delante de él *con el espíritu y el poder de Elias*, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y a los rebeldes a la prudencia de los justos, *para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto*" (*Ibid.*, 13-17). El ángel Gabriel dejaba delineada la misión de Juan: "preparar" para el Señor un pueblo bien dispuesto, para lo cual recibiría gracias de santidad, de austeridad y de profecía. Sería, pues, un *hombre grande*, no con grandeza humana, sino con la única verdadera: la que es tal *ante los ojos de Dios*.

Zacarías fue incrédulo: dudó la promesa, porque él y su mujer eran viejos. En castigo, quedó mudo, como si Dios hubiera querido *prepararlo con un largo silencio* para prorrumper en alabanzas el día en que el niño anunciado hubiera nacido (Lc 1, 18-22). ¡Como meditaría el viejo sacerdote en el poder de Dios, cuando vio encinta a su anciana esposa! Reflexionó en silencio, pues no podría hablar. También *Isabel guardó silencio*: se ocultó durante cinco meses, diciendo: "¡Esto es lo que ha hecho por mí el Señor en los días en que se dignó quitar mi oprobio ante los hombres!" (*Ibid.*, 24 y ss).

Juan fue anunciado en el silencio del santuario, y su concepción estuvo rodeada de silencios elocuentes. Precisamente porque él iba a ser más tarde "*la Voz que clama en el desierto*" (Mt 3, 3; Mc 1, 3; Lc 3, 4; Jn 1, 23; Is 40, 3).

María, al recibir el anuncio de que sería la madre de Jesús, había sabido también, por el mismo ángel Gabriel, que su vieja prima estaba encinta. Y *llena de caridad, partió presurosa* hacia la casa de Isabel (Lc 1, 26-39), en la región montañosa de Judea.

Cuando María llegó a Ain-Karin, al hogar de Zacarías, saludó a Isabel, y en ese momento Juan "*saltó de gozo* en el seno de su madre" (*Ibid.*, 41 y 44): se cumplía así la promesa del ángel: Juan sería *lleno del Espíritu* desde el seno de su madre y *reconocería presente*, en el seno de María, *a aquel a quien había de anunciar*.

También Isabel "quedó llena del Espíritu Santo", y el Espíritu la impulsó a exclamar, di-

rigiéndose a María: "¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!... ¡Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dicha de parte del Señor!" (*Ibid.*, 41 y 45s). La respuesta de la Virgen María fue su cántico, que comienza con las palabras: "¡Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador!" (*Ibid.*, 46 y ss). Ese es el cántico que todos los días repite la Iglesia en la oración de Vísperas.

Dice el Evangelio de san Lucas que María se quedó tres meses en casa de Isabel, y luego regresó a su casa (1, 56). Si al momento de la Anunciación Isabel estaba encinta desde hacía ya seis meses (*Ibid.*, 1, 36), contando el viaje y los tres meses de permanencia de María en casa de Zacarías, es bien razonable suponer –aunque el Evangelio no lo diga expresamente– que la Virgen estuvo presente y asistió al parto de Isabel. Por lo demás, eso es lo que pedía la razón del largo viaje y la caridad de María.

2. EL NACIMIENTO

Nació el niño y Juan fue su nombre, el que le había dado el ángel antes de su concepción, y no el de su padre, Zacarías, como hubiera deseado la parentela. Al escribir el nombre del niño, pues aún estaba mudo, el sacerdote Zacarías recobró el habla y también él quedó lleno del Espíritu Santo y profetizó en la forma del cántico que comienza con las palabras: "¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel!" (Lc 1, 64, 76 y ss). La Iglesia repite todos los días ese himno en la oración matutina de laudes, en la *Liturgia de las Horas*.

No hay espacio para comentar detenidamente ahora ese cántico; sólo recordaremos algunas de sus frases.

Zacarías alaba a Dios "porque ha visitado y redimido a su pueblo, suscitándonos una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo" (*Ibid.*, 1, 68 y ss). Esa visita salvadora no es su hijo, Juan: es Jesús, cuyo nombre mismo significa "Salvador" (ver Mt 1, 21). Zacarías, iluminado por el Espíritu Santo, entrevió el misterio de la salvación en Cristo, y lo identifica con uno de sus rasgos bíblicos: es el advenimiento del hijo de David, del heredero de su trono eterno, como el ángel Gabriel lo había anunciado a María (Lc 1, 32) y como algunos judíos creyentes designaron a Jesús durante su vida terrenal (ver Mt 1, 1; 12, 23; 20, 30; 21, 9-11; 22, 41-46; Mc 10, 47; 11, 9 y ss; 12, 35-37; Lc 18, 38; 20, 41-44; 2 Sam 7, 11-16). Y sintetiza muy bien los

bienes de la salvación que Dios nos concede por su Hijo Jesucristo: "que, libres de manos enemigas, podamos servirle *sin temor*, en *santidad y justicia*, en su presencia, *todos nuestros días*" (Lc 1, 74s). ¡Cómo se percibe, en las palabras del anciano, el sentido religioso de la vida, profundo y vigoroso, tan propio de su corazón de sacerdote de la Antigua Alianza, "justo y sin tacha", buscando los caminos del Señor!

Ahora, Zacarías se va a referir a su hijo, Juan, pero siempre en relación con Jesucristo. "Y tú, niño, serás llamado *profeta* del Altísimo, pues irás delante del Señor para preparar sus caminos" (Lc 1, 76). Sí, Juan sería profeta, un verdadero profeta, "más que un profeta", como diría Jesús, dando testimonio de él (Mt 11, 9). Un hombre cuya tarea consistiría, por lo tanto, en *hablar en nombre de Dios*. Pero su misión tendría algo muy propio y único: mientras los demás profetas anunciaron "desde lejos", Juan sería el precursor inmediato, el heraldo que pregonaría la llegada inminente del que "había de venir" (Mt 11, 3). Iría unos pocos pasos delante de él, allanando sus caminos. Más adelante veremos que Juan mismo fue consciente de esta vocación y misión.

Y ¿qué anunciaría Juan al pueblo? "El conocimiento de la salvación que se alcanza por el perdón de los pecados, perdón que nace de las entrañas misericordiosas de nuestro Dios" (Lc 1, 77s). La santidad presupone la conversión, y la conversión es un don de Dios, un regalo que procede de su misericordia y cuyo fruto consiste en que el hombre goce del amor infinito de Dios, su padre compasivo. La predicación de Juan daría cumplimiento cabal a la profecía de su padre.

Pero ¿quién daría la plenitud de ese conocimiento? "La luz que viene de lo alto, y que nos visitará para iluminar a los que habitan en las tinieblas y en las sombras de la muerte, y para guiar nuestros pasos por el camino de la paz" (vs. 78 y ss). Zacarías anticipa aquí el tema de Cristo como Luz (ver Jn 1, 4. 5. 9; 3, 19; 9, 5; 12, 46; Ef 5, 8-10, 13); y es muy coherente que lo haga, pues su hijo, Juan, habría de bautizar, anunciando el bautismo cristiano, el cual siempre ha sido considerado en la Tradición de la Iglesia como una gracia de iluminación, o sea, gracia de verdad, que vence la fuerza del "poder de las tinieblas", o sea, a Satanás, cuya fuerza de seducción radica en la mentira (Jn 8, 44 y ss).

Es sugestivo que el cántico termine hablando del "camino de la paz" (Lc 1, 79). Eso hace recordar la afirmación de Jesús, cuando dijo: "Yo

soy el Camino" (Jn 14, 6); hace recordar también que, en los tiempos apostólicos, el cristianismo se llamó "el camino" (Hech 9, 1s; 18, 24, 22). ¿Qué camino? El de la paz. Nada más natural, puesto que Cristo es el "Príncipe de la paz" (Is 9, 5), el autor de la reconciliación de los hombres con Dios (2 Cor 5, 18-20; Rom 5, 10; Ef 2, 14; Miq 5, 5) y entre sí (Mt 5, 24; Rom 10, 12; Gal 3, 28); el que, con plena verdad, puede decir: "Os dejo la paz, os doy mi paz; no como la que da el mundo" (Jn 14, 27).

3. LA JUVENTUD

Juan no ejerció en el Templo de Jerusalén el sacerdocio judío heredado de su padre. Tal vez Dios lo quiso así para ir anunciando, con los hechos, que el culto de la *Antigua Alianza tocaba a su fin*. El Mesías, el Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza, Jesucristo (Hebr 9, 11 y ss. 15), no iba a ser descendiente de Aarón, la estirpe sacerdotal de Israel, sino de la familia real de David (ver Mt 1, 6. 16. 20; Lc 3, 31). Juan iba a ser un heraldo, un "evangelizador" en el más propio sentido de la palabra: su anuncio sería el de *gran novedad*, el de la *Buena Noticia*, el de la llegada de aquello que "muchos profetas y justos desearon ver... y no lo vieron, desearon oír, y no lo oyeron" (Mt 13, 17; Lc 10, 24).

Pocas cosas nos dice el Evangelio, para satisfacer nuestra curiosidad, acerca de la juventud de Juan. Pocas sí, pero elocuentes. "En toda la montaña de Judea se comentaban estas cosas; todos los que las oían las grababan en su corazón, diciendo: "¿Qué será este niño?" Porque, en efecto, "la mano del Señor estaba con él" (Lc 1, 65s). ¿En qué se notaría que la mano del Señor estaba sobre Juan? No lo sabemos, pero podemos suponer que hubo algunos signos externos que permitieron a los vecinos de Ain-Karin discernir la presencia de la "mano de Dios", o sea, del poder de Dios, de su fuerza victoriosa. Todo ello era un anuncio de la proximidad de la "fuerza de salvación" que colmaría dentro de poco las esperanzas de los "pobres de Yavé" (Lc 4, 18).

San Lucas señala unos pocos rasgos de la juventud del Bautista: "el niño *crecía* y su espíritu se *fortalecía*, y vivió en los *desiertos* hasta el día de su manifestación a Israel" (Lc 1, 80). Podemos pensar que el "crecimiento" se refiere a su desarrollo físico; diferente es la afirmación de que "su espíritu se fortalecía". Esas palabras anticipan la *firmeza*, la *reciedumbre*, la *santa intransigencia* que serían tan características de

Juan. Y "vivía en los desiertos": en lugares que ponen a dura prueba la resistencia de un hombre, lugares de silencio, lugares en los que hay apenas lo necesario para subsistir con austeridad y sacrificio; comía "langostas y miel silvestre" (¿cómo serían esas "tortas" de insectos y miel!) y se vestía con un cuero de camello ceñido con una correa (Mt 3, 4; Mc 1, 6). Con razón pudo decir Jesús: "¿Qué salisteis a ver al desierto?, ¿una caña agitada por el viento?, ¿un hombre vestido con elegancia?" Nada de eso, sino "un profeta, y yo os digo, más que un profeta. El es Elías, el que iba a venir" (Mt 11, 7-9. 14).

El testimonio de Juan comenzó, pues, con las voces del silencio y con su estilo de vida. Todos pudieron ver en él a un hombre *despojado de ambiciones* personales, porque su vida tenía un único sentido: estar *plena y totalmente consagrada a su misión de precursor*. Nadie había en Israel que tuviera la talla gigantesca de ese profeta *huraño*, absolutamente *sincero*, *ajeno al disimulo e indiferente al halago y a la adulación*.

La Iglesia aplica a Juan Bautista, en la liturgia de su fiesta, el texto profético de Isaías:

"¡Oídme, islas; atended, pueblos lejanos! Yavé desde el seno materno me llamó, desde las entrañas de mi madre recordó mi nombre. Hizo mi boca como espada afilada, en la sombra de su mano me escondió... Me dijo: 'Tú eres mi siervo, en quien me gloriaré'... Yavé me plasmó desde el seno materno para que fuera siervo suyo, para hacer que Jacob vuelva a él, y que Israel se le una... Te voy a poner como una luz para las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra" (Is 49, 1-6).

Juan fue una obra de la gracia de Dios. Para que brillara más claramente el poder de Dios, fue concebido al margen de toda esperanza humana, de modo que nadie pudiera equivocarse: Juan sería lo que iba a ser "porque la mano de Dios estaba sobre él" (Lc 1, 66). Los años de desierto fueron el tiempo necesario para que la gracia lo penetrara hasta los tuétanos de su ser, y así su misión fuera cumplida en plena fidelidad... Juan fue un hombre transparente.

4. EL PREDICADOR

El Evangelio de san Lucas construye una *portada solemne* como acceso al ministerio de Juan: "En el año quince el imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea y Herodes tetrarca de Galilea; Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y Traconítida; y Lisaniás, tetrarca de Abilene; en el pontificado de Anás y

Caifás...” (Lc 3, 1 s). Los grandes de este mundo sirven como *simples puntos de referencia* para ubicar la misión del hijo de Zacarías; sus nombres, de muy diversa importancia, han sido conservados también por la historia profana; pero es seguro que son muchos más los hombres que los recuerdan en relación con la historia de la salvación que por lo que hicieron o dijeron en este mundo: son sombras del pasado. Juan, no.

La misión de Juan *no empieza con una decisión suya*, como si tras maduras reflexiones hubiera llegado a la convicción de que era el momento de hacer algo, sino que *comienza con la iniciativa de Dios*: “Fue dirigida la Palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto” (Lc 3, 2). *La soledad y el silencio* fueron el marco apropiado para que Juan escuchara lo que Dios le decía: ¿Qué le dijo? No lo explicita el Evangelio, pero esa Palabra tuvo que ser muy poderosa, puesto que Juan se sintió con fuerzas para asumir una tarea gigantesca y para enfrentar dificultades no pequeñas. Lo que es más, Juan adquirió un *conocimiento muy hondo acerca de las cosas de Dios* y de los caminos por los cuales llegaría la salvación a Israel y al mundo. Tal vez esa palabra tuvo las características de aquellas que los místicos llaman “palabras sustanciales”, y lo condujo a la sabiduría; debieron ser palabras eficaces, que tuvieron hondo efecto.

Y comenzó a predicar. Tuvo éxito: “Acudía a él la gente de Jerusalén, de toda Judea y de toda la región del Jordán” (Mt 3, 5). “Todos los de Jerusalén” (Mc 1, 5). ¿Qué los atraía? Sin duda, la *autenticidad* de Juan, su *austeridad* de vida, pues “llevaba un vestido de piel de camello y se alimentaba de langostas (= saltamontes) y miel silvestre (Mc 1, 6; Mt 3, 4). Jesús diría más tarde que Juan “no comía pan ni bebía vino” (Lc 7, 33; Mt 11, 18), y se refirió a su pobre vestimenta, tan ajena a cualquier comodidad o refinamiento (Mt 11, 8). *La pobreza de Juan no era alarde* ni exhibicionismo: era simplemente el reflejo exterior de un hombre poseído por el absoluto de Dios, *purificado de toda ambición personal*, aun de las más legítimas, *soberanamente libre en su interior*, y, por lo mismo, *dotado de seguridad y libertad exteriores*. Me imagino que ver a Juan y tener la certeza de que se estaba ante uno que no podía sino *decir la verdad*, era una sola cosa. Es claro que Juan era insobornable, pues sólo le interesaba lo “único necesario” (Lc 10, 42).

Hay en la predicación de Juan varios *tópicos de interés permanente*:

- Su presentación es simple: “Soy la voz que clama en el desierto; *preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas*” (Mt 3, 3; Is 40, 3). Otros textos del Evangelio citan más ampliamente a Isaías: “Mira, envío mi mensajero delante de ti, el que ha de *preparar tu camino*” (Mc 1, 2; Lc 7, 27; Mal 3, 1). Juan *no trabaja por cuenta propia*: es sólo un pregonero, un heraldo.
- El *objetivo inmediato* de su predicación era la *conversión*, que supone *reconocerse pecador y cambiar de vida* (Mt 3, 6; Mc 1, 4s; Lc 3, 3). Signo de esa conversión era un bautismo, o sea, un baño en el río Jordán, símbolo de limpieza espiritual, así como, en otros tiempos, las aguas del mismo río habían devuelto la salud de Naamán, el general sirio leproso (2 Re 5, 10-14).
- A veces era *duro*, pues llegó a decir: “¡Raza de víboras! ¿Quién os ha enseñado a huir de la ira inminente?”, advirtiéndoles que “ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto, será cortado y echado al fuego” (Lc 3, 7. 9). Un texto paralelo sugiere que esa dureza estaba dirigida a los saduceos y fariseos que acudían al Jordán y que demostraban *pocas intenciones de conversión*, pues ponían su seguridad en el hecho de ser hijos de Abraham (Mt 3, 7-9): ante esa *falsa seguridad carnal*, el Bautista lanza una de sus frases lapidarias, que resuenan hasta hoy: “*¡Dios puede de estas piedras dar hijos a Abraham!*” (Mt 3, 9; Lc 3, 8). *La salvación es obra de la gracia y de la elección de Dios*.
- Con los que eran sinceros y pedían consejos concretos, era *muy explícito*: “La gente le preguntaba: pues, ¿qué hemos de hacer? Y él les respondía: el que tenga dos túnicas, que las reparta *con el que no tiene*; el que tenga que comer, que *haga lo mismo*. Vinieron también publicanos a bautizarse, y le dijeron: Maestro, ¿qué hemos de hacer? El les dijo: *No exijáis más de lo que está establecido*. Le preguntaron también unos soldados: Y nosotros, ¿qué debemos hacer? El les dijo: *No hagáis extorsión a nadie, no hagáis denuncias falsas, y conténtense con su sueldo*” (Lc 3, 10-14). Cosas *simples, claras, precisas*. A nadie le pidió que dejara su ocupación o que adoptara actitudes espectaculares, no; *simplemente la justicia y la caridad, en la trama cotidiana de su existencia*.

Juan *no sólo* tuvo oyentes y admiradores: tuvo también *discípulos*. No era difícil recono-

cer en él una *autoridad espiritual*, y por eso le dieron el respetuoso título de "maestro" (Lc 3, 12). No sabemos mucho acerca de lo que haya sido el tema de las conversaciones del Bautista con sus más íntimos, pero hay en el Evangelio un indicio muy interesante: "... estando (Jesús) orando en cierto lugar, le dijo uno de sus discípulos: Señor, enseñámanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos" (Lc 11, 1). Juan, hombre de Dios, no podría dejar de *introducir a los suyos* en el ejercicio de la oración. El *sabía orar*, y en la oración había comprendido los misteriosos designios de Dios; por eso, como *maestro de vida espiritual*, sabía que ningún progreso de sus discípulos sería profundo si no afianzaba en la contemplación.

Nada más ajeno a Juan que una *relación absorbente* con sus discípulos. Sabía que él no era el esposo, sino amigo, y que debía alegrarse cuando se presentara el esposo y la esposa se fuera con él (Jn 3, 26 y ss); así es que cuando llegó Jesús, la alegría del precursor "alcanzó su plenitud" (Jn 3, 29). Volvemos sobre esto en el acápite siguiente.

Sus discípulos le fueron fieles hasta el fin de su vida terrenal, y cumplieron con él el doloroso deber de dar sepultura a su cuerpo decapitado (Mt 14, 12; Mc 6, 29). Su recuerdo, su doctrina y su bautismo se difundieron mucho más allá de Judea: san Pablo encontró en Efeso, alrededor del año 54, un grupo de discípulos que no conocían sino el bautismo de Juan (Hech 19, 1-7).

5. EL PRECURSOR

Si Juan *predicó*, fue *para preparar* el camino de Jesús. Toda su ida se explica con esta *clave*: *Juan fue para Jesús*. Lo fue de modo *varonil, consciente, esforzado, desinteresado, sin ninguna concesión* a lo que pudiera parecer *sentimentalismo*. La vida en el desierto y las *renuncias* al sacerdocio hereditario, a su *tierra*, a la cercanía de su *parentela* e incluso al *matrimonio*, hicieron de él un hombre dispuesto al más completo olvido de sí mismo. Su gran éxito debía consistir, paradójicamente, en que *nadie se apegara a él*. Uno lo imagina con su brazo derecho, todo nervio, huesos y piel tostada por el sol, extendido hacia Jesús que viene acercándose, e indicándolo, mientras su boca pronuncia la *frase solemne que equivale a una profesión de fe*: "¡He ahí el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo!" (Jn 1, 29). Juan había comprendido el *sentido* más hondo de la venida de Cristo y

también el *modo concreto* de la salvación, a través de la humillación y de la muerte (ver Is 53, 2-12). Juan fue el *único en comprender esto* antes de la resurrección. Tal vez lo vislumbró también el anciano Simeón (Lc 2, 35).

¿Cómo se hubiera sentido fracasado Juan, si la gente se hubiera empeinado en quedarse con él! Pero el peligro era real: "como el pueblo (judío) estaba expectante, andaban todos pensando en sus corazones acerca de Juan, si no sería él el Cristo" (Lc 3, 15). Desde Jerusalén, los jefes del pueblo judío "enviaron donde él (Juan) sacerdotes y levitas a preguntarle: *¿Quién eres tú?*" (Jn 1, 19). Sabían, tal vez, que era el hijo de Zacarías, sacerdote, por lo tanto, pero *nunca lo habían visto llegar al Templo* de Jerusalén para ejercer su ministerio. A lo mejor ni siquiera lo sabían y pensaban que el hijo del viejo sacerdote y de su mujer estéril, luego de haber sido la alegría de sus padres, había desaparecido para siempre devorado por las soledades calcinadas del desierto. Pero lo que sí era seguro para todos era que ese hombre era *inquietante*: por su *santidad*, por su *autoridad moral*, por su *vigorosa estampa*, por su indudable *coherencia* con toda la tradición de los profetas de Israel; tradición que desde hacía tanto tiempo estaba sumida en un silencio que para muchos era angustioso y desconcertante.

Juan *percibió el peligro de confusión*, y a descartarlo de raíz dedicó muchas "declaraciones" y aclaraciones: ¡no podía soportar que lo confundieran con Cristo, creyendo que él "era la luz", en tanto que su papel no era sino el de "dar testimonio de la luz"! (Jn 1, 8). Le habría parecido una incalificable usurpación tolerar siquiera, con la complicidad del silencio, que alguien lo tuviera por más de lo que en realidad era. Una tal falsedad no se avenía con su carácter recio ni con su amor absoluto a la verdad. Ese amor a la verdad le dio libertad para poner las cosas en su lugar.

Considero que este *esfuerzo incesante de Juan para evitar ser confundido con Cristo* es un *rasgo de suma importancia*, una característica normativa para la conducta eclesial y apostólica; y por eso cito, a continuación, una serie de palabras y actitudes de Juan, que se iluminan mutuamente y corroboran su postura:

- "Yo os bautizo con agua para la conversión, pero Aquel que viene detrás de mí es *más fuerte que yo*, y no soy digno de llevarle las sandalias. El os bautizará en Espíritu Santo y fuego" (Mt 3, 11; Mc 1, 7s; Lc 3, 16; Jn 1, 26 y ss). ¡Qué amor lleno de respeto envuel-

ven estas palabras! Y su intención es clara: orientar hacia Cristo.

- Juan dice a Jesús: "¿Soy yo el que *necesito ser bautizado por tí, ¿y tú vienes a mí?*" (Mt 3, 14). Le desconcierta que Jesús le pida el bautismo, porque alguien podría deducir de eso que el bautizado es menos importante que el que bautiza.
- Cuando preguntan a Juan, "él *confesó* y no *negó*"; *confesó*: "¿Yo no soy el Cristo!" Y le preguntaron: "¿Quién eres pues? ¿Eres tú Elías?" El dijo: "¿No lo soy!" "¿Eres tú el profeta?" Respondió: "¿No!" "¿Qué dices de tí mismo?" Dijo él: Yo soy "voz del que clama en el desierto: rectificad el camino del Señor", como dijo el profeta Isafas" (Jn 1, 20-23; ver Is 40, 3 y ss).
- "Y Juan dio testimonio diciendo: "He visto al Espíritu que bajaba como una paloma, del cielo, y se quedaba sobre El. Yo no le conocía (a Jesús), pero el que me envió a bautizar con agua, me dijo: 'Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo'. Y yo lo he visto y doy testimonio de que éste es el Elegido de Dios" (Jn 1, 32 y ss).
- A unos discípulos suyos que le dicen: "Maestro, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, aquel de quien diste testimonio, mira: ¡está bautizando, y todos se van con El!", Juan respondió: "Vosotros mismos me sois testigos de que dije: "Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de El. El que *tiene a la novia es el novio*, pero el amigo del novio, el que lo acompaña y lo oye, se alegra mucho con la voz del novio. Esta es, pues, mi alegría, que ha alcanzado su plenitud" (Jn 3, 26-29).

Un hombre no se puede juzgar sólo por sus palabras. A veces somos capaces de decir hermosas palabras, las que, por desgracia, no resultan corroboradas por las obras, hechos o actitudes. No, así, Juan. Su proceder es rigurosamente coherente con sus palabras:

- Al día siguiente de su primer testimonio sobre Jesús, "Juan se encontraba de nuevo allí (al otro lado del Jordán), con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús que pasaba, dice (Juan): *¡He ahí el Cordero de Dios!*" Los dos discípulos *le oyeron hablar así y siguieron a Jesús...* Y se quedaron con El aquel día... "Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan (era, pues, discípulo suyo), y habían *seguido*

a Jesús" (Jn 1, 35-40). Así, Jesús recibe, como primeros discípulos, a unos que han sido orientados hacia él por Juan. ¿No tendría Juan Bautista buenos títulos para ser reconocido como *patrono de las vocaciones sacerdotales*? ¡Qué bien lo hizo! Los guió hacia Jesús *con delicadeza, sin presionarlos*, tratando que *ellos mismos lo descubrieran*, y El mismo... ¡se quedó solo!

- "Herodes, el tetrarca reprendido por Juan a causa de Herodías, la mujer de su hermano, y a causa de todas las malas acciones que había hecho, añadió a todas ellas la de encerrar a Juan en la cárcel" (de Maqueronte) (Lc 3, 19 y ss). "Juan, que estando en la cárcel había oído hablar de las obras de Cristo, envió a sus discípulos a decirle: ¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?" (Mt 11, 2s; Lc 7, 18-20). Algunos piensan que Juan haya podido estar desconcertado por lo que oía decir de Jesús. Respetando esa opinión, pienso más bien que este episodio expresa una *última tentativa* del precursor para obtener que sus discípulos *lo abandonen definitivamente* a él y se *vayan con Jesús*. Baso mi opinión en que estos textos hacen hincapié en las "obras" o milagros de Jesús, y pienso que Juan deseaba que sus discípulos vieran esas "obras", como de hecho las vieron, según el testimonio de S. Lucas (7, 21; implícitamente también Mt 11, 4 y ss), para que se *disiparan las últimas dudas* que pudieran tener, los *últimos apegos humanos*, los *últimos celos*, y adhirieran a Jesús para siempre.

Ahora es el momento de citar la *frase cumbre* de Juan Bautista, la que lo retrata *de cuerpo entero*, la que expresa, con la simplicidad de las cosas grandiosas, su *talla espiritual* verdaderamente *gigantesca*:

"¡Es preciso que El crezca y que yo disminuya!" (Jn 3, 30)

Dicho eso nada quedaba ya por agregar, sino *rubricar la palabra con la sangre*. Y así iba a suceder, para que nada faltara en la vida del precursor de lo que podía asemejarlo a su primo tan bien servido y tan amado. Le había dado todo durante su vida, y sólo le quedaba ofrecerle la vida misma en su gloriosa muerte.

6. EL MARTIR

Los evangelistas san Mateo y san Marcos son los que narran las circunstancias de la muerte de

Juan. La vida humana, salvo la propia, no tenía gran valor para Herodes Antipas, hijo del otro Herodes, "el Grande": el autor de la masacre de los niños inocentes de Belén, cuyo único delito consistió en ser aproximadamente de la misma edad de Jesús, de quien recelaba el Idumeo que pudiera quitarle el mísero trono obtenido con dudosos derechos. Ese mismo Herodes que había hecho estrangular a dos de sus hijos, y que había ultimado a la única mujer que tal vez había amado de verdad, a Mariamne, la princesa asmonea que podía legitimar su reinado sobre Israel, luego de haber ejecutado a sus padres.

Nos dice S. Mateo que Herodes Antipas quería matar a Juan (Mt 14, 5); años después "hizo matar por la espalda a Santiago, hermano de Juan", y maltrató a otros discípulos (Hech 12, 1s). Hizo tomar preso a Pedro, con intención de presentarlo al pueblo judío, para obtener su condenación y quizás también su muerte (Hech 12, 3 y ss). Era un hombre "pequeño", sin grandes intereses, egoísta y frívolo. Dependía, en gran manera, de lo que pensara que se fuera a decir de él: temía la opinión ajena, no porque le preocupara la verdad, sino simplemente porque no deseaba tener problemas. Amaba lo espectacular: tenía la esperanza de que Jesús hiciera algún milagro delante de él; y como no lo hizo se burló de Cristo, no sin haberlo acosado a preguntas, que Jesús no respondió (Lc 23, 8-11). Era un miserable, preocupado de pasarlo bien y de no perder el pobre feudo que Roma le había otorgado: no tenía moral, pero sí temores (Mt 14, 1s; Mc 6, 14; Lc 9, 7-9).

Herodes había tomado por mujer a la que era legítima esposa de su medio hermano, Herodes Filipo, precisamente el hijo de la desventurada Mariamne. Juan Bautista le dijo claramente, sin violencia, pero sin ambigüedad: "No te está permitido tener la mujer de tu hermano" (Mc 6, 18; Mt 14, 4). La mujer, llamada Herodías, odiaba al profeta con aborrecimiento y "quería matarlo, pero no podía, pues Herodes temía a Juan, sabiendo que era hombre justo y santo, y lo protegía: lo escuchaba, quedaba muy perplejo, pero lo oía con gusto" (Mc 6, 18s). Herodes vacilaba entre la justicia y el crimen; no quería ser injusto, tal vez por temor (Mc 6, 20), pero se le hacía difícil soportar el asedio de la adúltera que exigía la sangre del profeta que decía la verdad; quizás estaba hastiado como Sansón con Dalila (Jue 16, 4-17). Herodías conocía el lado flaco de Herodes: su sensualidad. Y lo aprovechó. Nada mejor que escuchar el relato detallado de San Marcos:

"Llegó el día oportuno, cuando Herodes, en su cumpleaños, dio un banquete a sus magnates, a los tribunos y a la gente principal de Galilea. Entró la hija de la misma Herodías, danzó y gustó mucho a Herodes y a los comensales. El rey dijo, entonces, a la muchacha: -'Pídeme lo que quieras y te lo daré'. Y lo juró: -'Te daré lo que me pidas, hasta la mitad de mi reino'. La muchacha salió y preguntó a su madre: -'Qué voy a pedir?', y ella le dijo: -'La cabeza de Juan el Bautista!'. Entrando de inmediato, apresuradamente, donde estaba el rey, le pidió: -'Quiero que me des, ahora mismo, en una bandeja, la cabeza de Juan el Bautista'. El rey se llenó de tristeza, pero no quiso desairarla a causa del juramento y de los comensales. Y al instante mandó el rey a uno de su guardia con orden de traerle la cabeza de Juan. El guardia fue, decapitó a Juan en la cárcel, y trajo su cabeza en una bandeja, y se la dio a la muchacha, y la muchacha se la dio a su madre" (Mc 6, 21-28).

¡Cuántas reflexiones provoca este relato estremecedor!

¡Qué grande es la fuerza del odio, de la pasión ciega! Y qué grande es su capacidad de espera para ejercer venganza.

¡Cuánto puede la seducción sensual de una mujer!

¡A qué extremos puede llevar la inconsideración al prometer, y qué peligroso es hacerlo bajo el influjo del alcohol y de la pasión!

¡Qué nefasto es el respeto humano, que puede conducir a menospreciar la ley de Dios con tal de no disgustar a unos hombres!

¡Qué perturbación en el juicio, como para estimar que la vida de un hombre santo e inocente vale menos que la mitad de un reino de opereta!

Juan, el profeta, virgen, muere víctima de la lascivia de un reyezuelo adúltero. Muere inocente, y por eso no se le juzga, sino que se le manda degollar sin juicio. Muere, como Jesús, por el delito de haber dicho la verdad (Mt 26, 63-66; Mc 14, 61-64; Lc 22, 67-71). Y muere víctima de su defensa de la santidad del matrimonio.

Algunos siglos más tarde, san Ambrosio dice sobre la muerte de Juan: "El justo es asesinado por los adúlteros, y son los reos los que aplican al juez la sentencia debida a un crimen capital. El premio de una bailarina es la muerte del Profeta. Y, finalmente, lo que in-

cluso los bárbaros consideraron horrendo, la sentencia de muerte se pronuncia en medio de un convite y ante los comensales. De la sala del banquete parte uno a la cárcel y desde la cárcel se trae al banquete y se exhibe el regalo digno de las fieras. ¡Cuántos crímenes juntos en un mismo delito!" (*Tratado sobre las vírgenes*, libro 3).

Recuerdo que, cuando yo era seminarista, me impresionaba profundamente una escultura de madera que se conservaba en el rico museo del Seminario Pontificio de Santiago y que representaba la cabeza de san Juan Bautista. Era una talla policromada, magistralmente realizada por un gran maestro del tiempo de la Colonia. Tenía el cabello largo y enortijado, la frente espaciosa, los rasgos del rostro enjutos, los ojos casi cerrados y la boca entreabierta, como si estuviera exhalando el último aliento. En el cuello re-

presentó el artista los elementos anatómicos que unen la cabeza al tronco, con las venas vertiendo aún un poco de sangre. ¡Saludable impresión para quienes recibiríamos el sacerdocio de Cristo!

Así fue Juan, la "voz que clama en el desierto" (Mt 3, 3), la "luz que ardía y brillaba" (Jn 5, 35), el que fue "profeta y más que profeta" (Mt 11, 9; Lc 7, 26), el que cifró toda su alegría en irse apagando, para que la luz de Cristo brillara en todo su esplendor (Jn 3, 30).

Verdaderamente, "el más grande entre los nacidos de mujer" (Mt 11, 11; Lc 7, 28).

P.S.: Reflexiones dedicadas a la memoria del gran teólogo Hans Urs von Balthasar, llamado a la casa del Padre el día 26 de junio de 1988, dos días después de la solemnidad de su Patrono, S. Juan Bautista, y tres días antes de recibir del Papa Juan Pablo II las insignias de cardenal de la santa Iglesia Romana.



Escultura de la cabeza de San Juan Bautista. Obra en madera de Juan de Juni (1507-1577). Iglesia Parroquial de Aldeamayor de San Martín (Valladolid).
...Mudo testimonio de fe inquebrantable, de defensor de la Verdad hasta sus últimas consecuencias, de luchador contra la corrupción y el adulterio y, por sobre todo, de infinito amor a Dios.